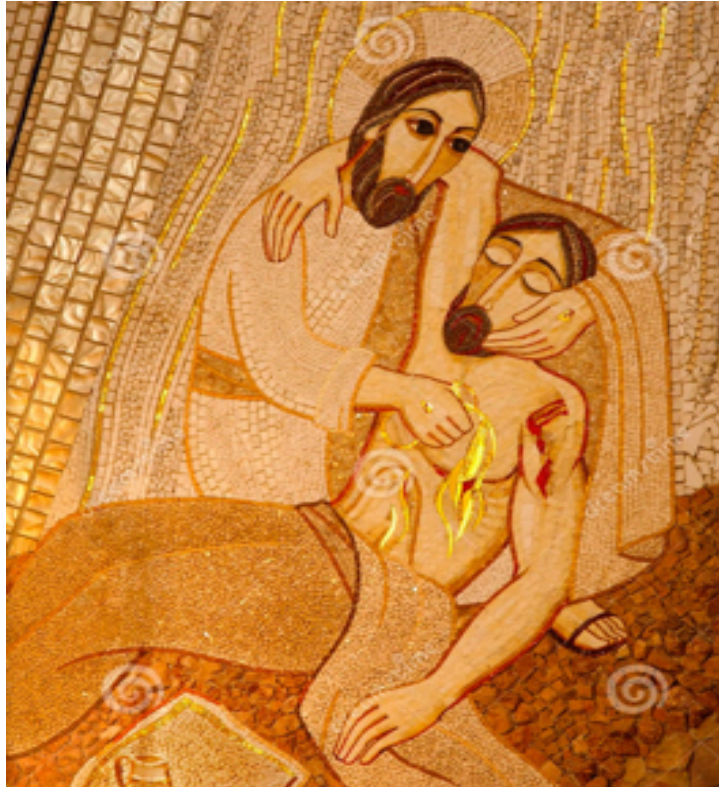


MEMORIA SÍNTESIS
DEL BACHILLERATO TEOLÓGICO

LA MISERICORDIA



Profesor: Angel Cordovilla Pérez

Alumna: Elia Fleta Mallol

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE COMILLAS
FACULTAD DE TEOLOGÍA
Madrid, Septiembre de 2015

INDICE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

LA MISERICORDIA CENTRO DE LA REVELACIÓN Y LA TEOLOGÍA CRISTIANA

- 1.1. LA RENOVACIÓN DE LA TEOLOGÍA FUNDAMENTAL EN EL VATICANO II
- 1.2. SENTIDO TEOLÓGICO DE REVELACIÓN: ESCRITURA, MAGISTERIO Y TRADICIÓN
- 1.3. EL MENSAJE BÍBLICO DE LA MISERICORDIA
 - 1.3.1. El AT prefiguraba ya la economía de salvación como misericordia
 - 1.3.2. La reacción misericordiosa de Dios contra el caos y la catástrofe del pecado
 - 1.3.3. El NT da testimonio de la revelación a través de la economía de la salvación
- 1.4. DIOS CONDUCE CON MISERICORDIA LOS DESTINOS DEL MUNDO

CAPÍTULO II

LA REVELACIÓN DEL DIOS DE LA MISERICORDIA

- 2.1. AUTOREVELACIÓN DE DIOS: LA MISERICORDIA COMO SU PRINCIPAL ATRIBUTO
 - 2.1.1. El Tratado de Dios y la misericordia
 - 2.1.2. La misericordia, reflejo de la Trinidad
- 2.2. “CONCEPTOS CLASICOS” SOBRE UNA TRINIDAD MISERICORDIOSA
- 2.3. EL DIOS QUE EN SU MISERICORDIA SUFRE CON LOS QUE SUFREN
 - 2.3.1. La misericordia inseparable de la justicia y la fidelidad
 - 2.3.2. Dios es amor, relación, comunión, vida en plenitud

CAPÍTULO III

EL HOMBRE CAPAZ DE GENERAR CULTURA DE MISERICORDIA

- 3.1. EL HOMBRE CREADO A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS
 - 3.1.1. El misterio del hombre iluminado desde el misterio de la encarnación
 - 3.1.2. El hombre ante el proyecto misericordioso de salvación de Dios

3.2. ¿QUIÉN ES CULPABLE DEL SUFRIMIENTO DEL INOCENTE?

3.2.1. El sin sentido del pecado

3.2.2. La misericordia como gracia que redime desvíos y conduce a Dios

CAPÍTULO IV

JESÚS NOS MUESTRA AL PADRE MISERICORDIOSO

4.1. EL CENTRO DEL MENSAJE DE JESÚS EN EL NUEVO TESTAMENTO

4.1.1. La revelación de Dios como Padre misericordioso en las parábolas

4.1.2. Jesús, Dios y hombre verdadero, anticipa en su persona el Reino del Padre

4.2. EL JESÚS PRO-EXISTENTE

4.3. LA ENCARNACIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN, MOMENTOS CLAVES DE LA MISERICORDIA DE DIOS

4.3.1. Jesús asume la historia de los desfavorecidos sin dejar de ser Dios

4.3.2. El amor a los enemigos, exceso de amor y misericordia

4.4. LA MISERICORDIOSA FIGURA DE MARÍA

4.4.1. El testimonio de María que presentan los evangelios

4.4.2. María ejemplo de misericordia

CAPÍTULO V

LA IGLESIA DEL AMOR MISERICORDIOSO

5.1. LA IGLESIA SACRAMENTO DE AMOR COMPASIVO

5.1.1. Iglesia del Padre misericordioso: Pueblo de Dios

5.1.2. La Iglesia del Hijo: Cuerpo de Cristo

5.1.3. La Iglesia del Espíritu Santo: Sacramento de misericordia

5.2. EL ANUNCIO DE LA MISERICORDIA DE DIOS

5.2.1. La praxis eclesial y la cultura de la misericordia.

5.2.2. La misericordia en el derecho canónico eclesial católico

CAPÍTULO VI

LOS SACRAMENTOS, MEDIACIONES QUE NOS CRISTIFICAN

6.1. LOS SACRAMENTOS CONTINUADORES DE LA MISERICORDIA

- 6.1.1. En el bautismo, la confirmación y la eucaristía: Dios nos acoge en su amor
 - 6.1.1.1. El bautismo y la confirmación
 - 6.1.1.2. La eucaristía
 - 6.1.1.2.1. La Eucaristía, acto sublime de amor y de misericordia
 - 6.1.1.2.2. La Eucaristía, banquete de reconciliación en la misericordia
- 6.1.2. La penitencia, excelencia de misericordia
 - 6.1.2.1. El pecado
 - 6.1.2.2. La conversión
 - 6.1.2.3. El perdón
- 6.1.3. El sacramento del orden como presencia de servicio en la misericordia
- 6.1.4. El sacramento del matrimonio como unión en la misericordia
- 6.1.5. El sacramento de la unción de los enfermos: un abrazo misericordioso en la debilidad

CAPÍTULO VII

LA MORAL CRISTIANA Y EL DINAMISMO VIRTUOSO

- 7.1. CARACTERÍSTICAS DE UNA MORAL CRISTIANA DESDE LA MISERICORDIA
- 7.2. LA NECESIDAD DEL AMOR Y LA CONFIANZA BÁSICA, COMO RAÍZ DE LAS VIRTUDES
- 7.3. EL DINAMISMO VIRTUOSO Y LA EXCELENCIA DE LA MISERICORDIA
- 7.4. UNA MORAL INSEPARABLE DE LA FE, LA LIBERTAD Y LA RESPONSABILIDAD
- 7.5. LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA A FAVOR DE LOS POBRES

CAPÍTULO VIII

LA ESCATOLOGÍA DE LA MISERICORDIA

- 8.1. CARACTERÍSTICAS DE UNA ESCATOLOGÍA DE MISERICORDIA

8.2. EL PECADO DA LA ESPALDA AL AMOR MISERICORDIOSO

8.3. LA MUERTE DE JESÚS SALVA CON AMOR MISERICORDIOSO

8.4. ¿ES LA ESCATOLOGÍA UNA SALVACIÓN PARA EL FINAL DE LA VIDA?

BIBLIOGRAFÍA

SIGLAS Y ABREVIATURAS

AG - *Ad Gentes*

Adv Haer - *Adversus haereses* (Ireneo de Lyon)

AT - Antiguo Testamento

AA - *Apostolicam Actuositatem*

Cf - Conferido

CFL - *Cristi fideles Laici*

DV- *Dei Verbum*

DH - Denzinger- Hünermann

DCE - *Deus caritas est*

DM - *Dives in misericordia*

DV - *Dominum et vivificantem*

De Trin - *De Trinitate*

Dir - Director

Ed - Editor (s)

GS - *Gaudium et Spes*

In Psal- *Enarratio in Psalm* (San Agustín)

LG - *Lumen Gentium*

MS - *Mysterium Salutis*

NT - Nuevo Testamento

Nº - Número

OA - *Octogesima adveniens*

OT - *Optatam totius*

SC - *Sacrosanctum Concilium*

RH - *Redemptor Hominis*

RP - *Recontiliato et poenitentia*

SS - *Spe Salvi*

S Th - *Summa theologica* (Tomás de Aquino)

UR - *Unitatis redintegratio*

INTRODUCCIÓN

El 12 de Abril de 2015, segundo domingo de Pascua, también llamado *de la Divina Misericordia*, el Papa Francisco comunicó en la Bula *Misericordiae vultus* el Jubileo Extraordinario de la Misericordia.

La apertura de la puerta del Año Santo 2015-2016, fue realizada el pasado 8 de diciembre en la solemnidad de la Inmaculada Concepción, cuando se cumplían cincuenta años de la clausura del Concilio Vaticano II. Por este motivo, nos ha parecido oportuno, elegir como tema de la presente memoria, la categoría de *la misericordia*, y dejarnos guiar en este tema por la última publicación del teólogo Walter Kasper, cuyo título es precisamente *La misericordia, clave del Evangelio y de la vida cristiana*. Así mismo, tendremos presente la encíclica *Dives in misericordia* de Juan Pablo II (1980), quien acercó de nuevo a la Iglesia la Divina Misericordia.

Esta categoría además es en el cristianismo un concepto síntesis: “La misericordia de Dios ocupa un puesto central en el mensaje cristiano. No es uno más entre los rasgos de Dios revelados por Jesús: Dios es misericordia”¹; por ello, es clave del Evangelio y de la vida cristiana, y al mismo tiempo caracteriza la vocación misma de la Iglesia.

Previo al desarrollo del tema, veamos qué es *la misericordia*. Si acudimos a la Sagrada Escritura, ésta utiliza un lenguaje analógico y algunas veces paradójico, ya que es la única manera que tiene el hombre para hablar de Dios desde su humanidad; al traducir *misericordia* al hebreo, utiliza la Escritura el término *rahamin*, que significa “entrañas”, ternura visceral materna, como el afecto profundo del corazón de una madre o de un padre con su hijo (Is 49,15). Misericordia, también es traducida por *hesed*, es decir “bondad”, término alusivo a un sentimiento de cariño fiel propio de las alianzas entre esposos, que hace alusión a los lazos matrimoniales; *hesed*, misericordia o amor, forma parte del vocabulario de la alianza, Dios ama con un amor inquebrantable, capaz de mantener una comunión para siempre, sin importar lo que acontezca: “Mi amor no se retirará de ti” (Isaías 54,10); la alianza de Dios con su pueblo es una historia de rupturas y de nuevos comienzos (Éxodo 32–34), su amor es incondicional y supone el perdón, sólo puede ser misericordia. También

¹ J. M^a URIARTE, *Acoger y ofrecer la misericordia: Cuaresma 1995*, Monte Casino, Zamora 1994, 9.

este término *hesed* hace alusión a las relaciones de cierta intimidad (1 Sam 20,8.14-15). Por último, traduce también la Sagrada Escritura misericordia por *hen*, que significa “gracia”, expresando el favor gratuito del don de Dios (Éx 33,12-17)². Como bien podemos apreciar, *misericordia* es un término de amplio espectro de significaciones, sin embargo, todas están enfocadas hacia la misma dirección: hacen referencia al amoroso cuidado de Dios por sus criaturas; al Dios amor y ser misericordioso, que abre su corazón hacia el mísero, inclinando su compasión y piedad hacia quien sufre o yerra³. La misericordia es pues una de las concreciones del amor de Dios.

Es importante para la evolución del término *misericordia* en las Escrituras, que se haya incluido el término *rahamim*, que proviene de *rehem*, referencia particular al seno materno, que también incluye la referencia a las entrañas de toda persona, apareciendo este término tanto en textos del AT como del NT; en el NT la misericordia brota del corazón⁴. En la Biblia el corazón es el símbolo del centro del hombre, donde se trenzan todas sus dimensiones: cuerpo, espíritu, su interioridad, la apertura hacia los otros y al mundo, el entendimiento, la voluntad y su afectividad. Ahora bien, si el corazón es capaz de mantener unidas estas dimensiones es porque en él es donde nos abrimos a la verdad y al amor, y dejamos que nos toquen y nos cambien desde lo más hondo. Si la fe transforma toda la persona, es precisamente porque la fe se abre al amor⁵. La misericordia brota también de ese corazón y afecta al hombre entero, todo lo que haga tendrá el enfoque y la fuerza misericordiosa de Dios.

La fe del pueblo de Israel en su Dios misericordioso, se manifiesta desde los comienzos primitivos de su historia, en el encuentro de Moisés con Yahvé en la zarza ardiente, cuando Dios le dice: “He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arranca su opresión y conozco sus angustias. Voy a bajar a liberarlo” (Éx 3, 7-8).

Para el Dios de la Alianza, la misericordia es antes que nada absoluta fidelidad a sí mismo. Cuando el pueblo de Israel peca y se aleja de Yahvé, abrazándose a los ídolos, Dios rico en misericordia, tiene paciencia compasiva con él, y si le castiga es con vistas a su conversión;

² Cf. G.O. COLLINS- G. EDWARDS, “Misericordia” en *Diccionario abreviado de Teología*, Verbo Divino, Estella 2002, 247.

³ Cf. C. BROVETTO, “Misericordia”, en *Diccionario Enciclopédico. Cristianismo, historia, teología, confesiones, protagonistas, Biblia, reformadores*, San Pablo, Madrid 2009, 654. Santander 2014, 47.

⁴ Cf. W. KASPER, *La misericordia, clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2012, 47.

⁵ Cf. FRANCISCO, *Lumen Fidei* n° 26, Encíclica, Libreria Editrice Vaticana, Roma 2013.

Yahvé “sufre” al tener que castigarlo: “Mi corazón se revuelve dentro de mí, y todas mis entrañas se estremecen” (Os 11,8). La historia de Dios con su pueblo comienza en la experiencia del éxodo del pueblo hebreo que sale de Egipto siguiendo a Moisés⁶.

La misericordia y la compasión muchas veces son utilizadas como sinónimos. Constante Broveto afirma que la misericordia “etimológicamente, es la virtud de quien abre su corazón al mísero”, este autor, coloca al lado de la misericordia: el amor, la caridad, el perdón, la salvación, y termina diciendo que el atributo de “*misericordioso*” es el que más nos hace entrever algo de la vida íntima de Dios⁷. Buscando alguna definición sobre la compasión, encontramos, que “la compasión es la capacidad de identificarse con el otro, pero no significa el compromiso propio de la misericordia que es librar al que sufre”⁸. Tenemos pues que la misericordia además de ser una de las concreciones del Dios Amor, manifiesta la decisión de liberar al mísero de su situación de opresión y dolor. Dios misteriosamente se identifica con el pobre y lo salva.

En esta memoria, síntesis teológica de contenidos dogmáticos, queremos que esté presente como fondo permanente el modo que tiene Dios de auto-revelarse en la historia como Dios compasivo y misericordioso, manera propia que revela una metodología de tres pasos, que aparecen claramente en el Éxodo 3,7-11: en primer lugar Dios ve y escucha la aflicción y el clamor de su pueblo; seguidamente se le conmueven las entrañas y luego actúa, haciéndose cargo de su situación de opresión.

Esta misma metodología de la misericordia, la encontramos también expuesta por Jesús en su parábola del buen samaritano en Lucas 10, 33-37: llegó junto a él, al verle tuvo compasión y acercándose le vendó sus heridas (...) le llevó a una posada y cuidó de él. Jesús al final de la parábola pregunta: “¿quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? y le responde: “el que practicó la misericordia con él”; Jesús dice entonces: “vete y haz tú lo mismo”, da un programa de vida.

Esta es la manera que tiene Dios de auto-revelarse, dice lo que él es: un Dios compasivo y misericordioso; ésta es la forma que tiene de transmitirnos cómo es posible hacer efectivo el amor y la compasión: a través de la misericordia; y al mismo tiempo nos dice cómo hacer

⁶ Cf. C. BROVETTO, “Misericordia”, en *Diccionario Enciclopédico*, op.cit., 655.

⁷ C. BROVETTO, “Misericordia”, en *Diccionario Enciclopédico*, op.cit., 954.

⁸ M-J. HUGUENIN, “La Iglesia de la misericordia”, *Selecciones de Teología*, 33 (1994) 131.

posible que llegue su salvación, que es su don gratuito. Este modo propio de actuar de Dios, revela que, al mismo tiempo que toma partido por su pueblo necesitado, comunica cómo es él en su esencia: “un Dios de amor y misericordia, compasivo y rico en piedad” (Sal 86,15). Por otra parte, Dios se auto-revela como *dabar*, lo que dice ya lo está haciendo, él es palabra y acontecimiento al mismo tiempo.

En nuestro trabajo pondremos singular atención a la Sagrada Escritura, asimismo al Magisterio y Tradición de la Iglesia.

Esta memoria la hemos dividido en ocho capítulos, concebidos a modo circular interrelacionados, tal como se conciben los cuatro grandes misterios del cristianismo y que intentaremos abordar: La Trinidad, la encarnación, la pascua de resurrección y la divinización del hombre:

- I. La misericordia centro de la revelación y la teología cristiana
- II. La revelación del Dios de la misericordia
- III. El hombre capaz de generar cultura misericordiosa
- IV. Jesús nos muestra al Padre misericordioso
- V. La Iglesia del amor misericordioso
- VI. Los sacramentos, mediaciones que nos cristifican
- VII. La moral cristiana y el dinamismo virtuoso
- VIII. La escatología de la misericordia

En el primer capítulo, *La misericordia centro de la revelación y la teología cristiana*, iniciaremos nuestra aproximación a la misericordia, comenzando por un acercamiento a la teología fundamental, sobre todo centrándonos en el gran cambio que se originó en el concilio Vaticano II, donde surge una nueva concepción que se centra en la auto-revelación de Dios en la historia, esto favorecerá el retorno y comprensión actualizada del Dios de la misericordia.

Seguidamente veremos el fundamento de la categoría *misericordia* en las Sagradas Escrituras tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, abordados en una complementariedad necesaria; viendo el plan salvífico de Dios en la Escritura, cómo su salvación comienza no en la confesión de la soberanía de Dios, sino en la imitación de sus

obras de misericordia mediante las cuales él manifiesta su Reino.

En el segundo capítulo, *La revelación del Dios de la misericordia*, veremos cómo los hombres buscan al Dios único, que se ha revelado en la historia como Dios Padre misericordioso y clemente (cf. Éx 34,6), a través de su Palabra y de su Espíritu vivo en el Magisterio de la Iglesia y la Tradición; asimismo, el modo en que Dios se comunica a la humanidad entera llamándola a la comunión plena con Él .

Veremos de qué manera, este Dios misericordioso concibe un plan de salvación que es manifestación conjunta de la Trinidad, nos revela su misterio a través de su Hijo Jesucristo, punto de partida del Tratado de Dios. Abordaremos, cómo la misericordia en este Tratado se manifiesta especialmente desde el Dios que se auto-revela en la historia y se opone al mal, dándose a conocer a sí mismo, como amor rico en compasión y misericordia.

Finalmente, tendremos presente en este capítulo, la importancia del lenguaje adecuado en el conocimiento de Dios, que surge de la experiencia religiosa. En este acercamiento veremos los conceptos clásicos que se han utilizado para hablar sobre la Trinidad, que aunque estén enmarcados desde una percepción más metafísica y expresen analógicamente la vida interna de Dios (Trinidad inmanente), trataremos de mirarlos también desde la revelación histórica de Dios (Trinidad económica) en su opción compasiva por el mísero y el débil.

En el capítulo tercero, nos acercaremos al hombre creado por Dios en libertad y con poder responsable sobre la naturaleza, en él reconocemos la vida humana como don y bendición de Dios, reconocemos al *hombre capaz de generar cultura misericordiosa* ya que ha sido creado a imagen y semejanza de un Dios misericordioso.

Veremos cómo el hombre, está llamado en libertad a optar o no por la misericordia, él es consciente de que si opta por ella aceptará el don gratuito de Dios y su plan de salvación, y de esta manera conocerá el misterio de su voluntad, ya que “dispuso Dios en su bondad y sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad” (cf. Ef 1,9). La respuesta del hombre no será sólo fruto de su esfuerzo sino sobre todo de la gracia de Dios, regalo de su misericordia y amistad, ya que él “movido por su amor, habla a los hombres como amigos” (cf. Éx 33,11).

Confirmaremos cómo solo en Jesucristo, en el misterio de su encarnación, el hombre esclarece su propio misterio; y en él, camino y verdad, vivirá su transformación hacia la

plenitud, siempre contando con la fuerza del Espíritu. Además en Jesucristo, podrá trabajar por una civilización de misericordia, poniendo por obra el programa de vida de Jesús: “Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso” (Lc 6,36), teniendo como máxima la promesa de que serán “bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7).

Veremos, cómo un hombre que ha entrado libremente en un dinamismo de respuesta afirmativa al don de Dios, en un dinamismo virtuoso de perfección constante en el amor, será capaz de descubrir y vivir la misericordia con tal singularidad en su vida, que todas sus acciones transmitirán compasión y misericordia; será constructor de ciudades y cultura de misericordia.

En el cuarto capítulo, abordaremos cómo *Jesús nos muestra al Padre misericordioso*. Jesucristo, el Hombre Perfecto, que se encarna entre nosotros haciéndose uno de tantos, se hace débil para fortalecernos, pobre para enriquecernos y rostro cercano de misericordia para darnos a conocer al Dios “íntimo”, a quien todo lo humano no le es indiferente.

Nos acercaremos a Jesús, Dios verdadero y hombre verdadero, que anticipa en su persona, sus palabras y obras; en su muerte y resurrección el advenimiento del Reino, en donde la misericordia ocupa un lugar central. Al Jesús, que como el Padre, le conmueve el sufrimiento y la necesidad humana; el dolor y la muerte le afectan, como la de su amigo Lázaro (Jn 11,35). Veremos cómo su misterio pascual, al igual que su encarnación, es un acontecimiento trinitario que nos revela la plenitud del Dios misericordia, y nos revela también, la relación de Jesús con el Padre, a quien llama *Abba*, y con el Espíritu, que impulsa su misión y le sacará de las entrañas de la muerte que asumió voluntariamente. Finalizaremos este capítulo con la figura de María como ejemplo de misericordia para el género humano. Mujer que colaboró con los primeros discípulos a crear y a cuidar la comunidad.

En el quinto capítulo, nos acercaremos a *La Iglesia del amor misericordioso*. Abordaremos la importancia de la nueva concepción de Iglesia impulsada por el Vaticano II (1962-1965). Recogeremos una metodología hasta entonces utilizada por la Acción Católica del “Ver, Juzgar y Actuar”; que actualiza la metodología que hemos mencionado anteriormente utilizada por Yahvé en Éxodo 3,7-11 y propuesta por Jesús en Lucas 10, 33-37.

En este capítulo veremos de qué manera en el Vaticano II la Iglesia se abre al mundo, opta por los desfavorecidos y hace que su mensaje llegue a todo hombre de buena voluntad; cómo toma una actitud inclusiva y dialogante. Asimismo abordaremos las características de una Iglesia que es amor misericordioso; capaz de anunciar su mensaje con la palabra y la vida: *martyria*; viviendo la importancia de la misericordia en la *koinonía* y la *diakonia* para la construcción de las distintas comunidades de la Iglesia; siendo capaz de celebrar en la *leiturgia*, como mediadora de la gracia y el amor de Dios. Una Iglesia que acompaña en la comunidad a los creyentes en las distintas etapas de su vida a través de los sacramentos; que anima a sus miembros a desarrollar un dinamismo virtuoso, en el que se madure la fe y el compromiso, que les lleve a la plenitud a la que están llamados, a su divinización.

En el capítulo sexto, nos acercaremos a *Los sacramentos, como mediaciones que nos cristifican*, concebidos en una Iglesia siempre en camino y en proceso de conversión permanente como Pueblo de Dios, Misterio de comunión, Sacramento y Cuerpo de Cristo, con presencia evangelizadora y de encarnación en cada cultura, en actitud misericordiosa con el género humano y su historia.

En el capítulo séptimo, *La moral cristiana y el dinamismo virtuoso*, veremos dentro del dinamismo virtuoso la moral cristiana desde los actos misericordiosos. Subrayaremos especialmente el plan de vida en la misericordia, planteado por el Papa Francisco en su Bula *Misericordiae vultus*, donde nos pide que al estilo del buen samaritano: abramos el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, nos acerquemos a ellos y les atendamos con obras concretas de amor y misericordia.

Por último, con el capítulo octavo: *La escatología de la misericordia*, concluiremos el recorrido de esta memoria, partiendo de la escatología que en sus inicios denominó a los temas que se refieren al final de los tiempos *de novissimis* (de las cosas últimas), hasta llegar a escatología presente, que se entiende de manera dinámica concibiendo la salvación permanente en el tiempo; salvación que es posible por el sí de Jesús al proyecto misericordioso del Padre.

Veremos, por lo tanto, una escatología centrada en la cristología, donde Cristo es el único que hace posible nuestra esperanza en la vida futura, gracias a su resurrección; ya que si Cristo no hubiera resucitado vana sería nuestra esperanza. Así mismo tendremos presente la

acción del Espíritu que actúa en la historia, haciendo posible que el género humano pueda continuar el talante misericordioso de la misión de Jesús; donde la resurrección pueda ser extensible a la humanidad que la cree posible.

Asimismo, tendremos presente la acción del Espíritu que actúa en la historia y hace posible que el género humano pueda continuar en ella el talante misericordioso de la misión de Jesús. Veremos cómo al final de los tiempos se revelará la calidad de nuestro amor misericordioso y este nos juzgará, haciéndose a la luz de Cristo tan evidente lo realizado en nuestra vida, que no lo podremos ocultar.

CAPÍTULO I

LA MISERICORDIA CENTRO DE LA REVELACIÓN Y LA TEOLOGÍA CRISTIANA

Porque Dios se revela al hombre éste le puede encontrar. Dios se da a conocer, revelándose a la humanidad: “Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo” (DV 2).

El término *revelación* proviene del latín *re-velatio*, que significa descorder un velo para que llegue la luz a lo que hay oculto, des-velando así la verdad que hay detrás. C.M. Edsmann va más allá, al decir que “la revelación pertenece a la auto-comprensión de toda religión que siempre se considera a sí misma creación divina y no meramente humana”⁹.

Desde un punto de vista teológico, la revelación es la auto-comunicación del mismo Dios Trinidad en Jesucristo y el don del Espíritu Santo, para la salvación del género humano en la historia¹⁰. *Revelación* en teología, nombra e implica una experiencia de gracia, un don gratuito de Dios, que permite a la persona que lo recibe rearticular y encausar su vida. El cristianismo es la única religión “cuya revelación se encarna en una persona que se presenta como la verdad viva y absoluta”¹¹, y esto la diferencia de las demás religiones que se dicen reveladas. En la revelación, al mismo tiempo que Dios se auto-comunica, transmitiendo su profunda verdad, también revela su plan de salvación, que es un plan de misericordia, y lo hace a través de su Hijo Jesucristo, mediador y plenitud de toda revelación¹².

Dios, habla y se comunica al hombre con el lenguaje de toda la creación: en efecto, “lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, se ha hecho visible desde la creación del mundo, a través de las cosas creadas” (Rom 1,20). Por lo tanto, el hombre, mediante el uso de su razón y conocimiento, aunque de manera indirecta e imperfecta, por medio del don de su entendimiento puede buscar las huellas de Dios en la creación visible que le rodea y de la

⁹ C.M. EDMANN, *Offenbarung I*: RGG 4 (1960) 1597. Cf. P. RODRÍGUEZ PANIZO, “Teología fundamental”, en A. CORDOVILLA PÉREZ (ed) *La lógica de la Fe*, Comillas, Madrid 2013, 51.

¹⁰ Cf. P. RODRÍGUEZ PANIZO, “Teología fundamental”, en A. CORDOVILLA PÉREZ (ed) *La lógica de la Fe*, op.cit, 54.

¹¹ R. LATOURELLE, “Revelación” en R. LATOURELLE- R. FISICHELLA (eds.), *Diccionario de Teología Fundamental*, Ed. Paulinas, Madrid 1992, 1233.

¹² Cf. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, CONSTITUCIONES, DECRETOS, DECLARACIONES, *Dei verbum* n° 2, BAC, Madrid 2004.

que él forma parte¹³. Dicho de otro modo, el hombre es *capax Dei*¹⁴; aunque, “a Dios nadie le ha visto” (Jn 1,18), el hombre a través del Hombre Perfecto: Jesucristo (cf. Ef 4,13), puede conocer a Dios, ya que Jesucristo ha venido entre otras cosas para ello: “él que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer” (Jn 1,18), y nos ha dado a conocer a Dios Padre, como Padre misericordioso, “(...) que es rico en misericordia y nos tiene un inmenso amor, aunque estábamos muertos por nuestros pecados, nos volvió a la vida” (Ef 2,4-6).

En la revelación Dios se acerca al hombre, se hace asequible, desciende de manera misteriosa haciendo posible la relación de amor con él. En el AT la expresión que prevalece para la comprensión de la revelación es el concepto de “Palabra de Dios”, que está presente tanto en la creación como dirigida al pueblo de Israel a través de la historia; en el NT la comunicación de Dios como punto central de la revelación se cumple plenamente en Jesucristo, el Logos encarnado, Palabra de Dios¹⁵.

La revelación como amor y misericordia implica dos movimientos: el primero es el de acercamiento; movimiento descendente, en el que Dios se manifiesta a sí mismo: “quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse” (cf. Ef 1,9). Este misterio del acercamiento de Dios, se hace extremo en la encarnación, Dios engendra a su Hijo para ser Dios con nosotros (Jn 1,14), para ser Dios verdadero y hombre verdadero. En Cristo desciende, se abaja como mediador y plenitud de toda revelación (DV 2.4); “siendo de condición divina, no hizo alarde de su categoría, sino que se despojó de su rango tomando la condición de esclavo” (Flp 2,6).

Pero la misericordia no implica solamente movimiento de abajamiento, que incluso, llega Jesús a bajar hasta los “infiernos” al *Seol*, lugar de los muertos. Hay también un segundo movimiento ascendente. Como consecuencia del abajamiento viene la exaltación, la glorificación, la resurrección, la ascensión hasta el Padre, “por eso Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre sobre todo nombre, de modo que al nombre de Jesús, toda rodilla se doble, en el cielo y en la tierra” (Flp 2,9). Es interesante ver cómo Jesús comparte esta glorificación de Dios con la humanidad, en un rasgo de amor y misericordia con la condición humana: “nos volvió a la vida junto con él (Cristo) -¡Por pura gracia habéis sido salvados!- nos resucitó y nos sentó con él en el cielo” (Flp 2,5-6). Jesús comparte la glorificación, produciendo la

¹³ Cf. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n° 2, Palabra, Madrid 1998.

¹⁴ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Asociación de Editores del catecismo, Madrid 1992, n°19.

¹⁵ S. PIÉ-NINOT, *La teología fundamental*, Secretariado trinitario, Salamanca 2001, 240-241.

visión de Dios y por lo tanto, la vida en abundancia. En expresión de Ireneo de Lyon podemos decir que “la gloria de Dios es que el hombre viva, y la vida del hombre es la visión de Dios: si ya la revelación de Dios por la creación procuró la vida a todos los seres que viven en la tierra, cuánto más la manifestación del Padre por el Verbo procurará la vida a los que ven a Dios”¹⁶. El fin último de la creación, y por lo tanto, del camino de la misericordia, es que Dios el creador sea por fin todo en todas las cosas (Cf. 1 Co 15,28) procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad (Cf. AG 2).

1.1. RENOVACIÓN DE LA TEOLOGÍA FUNDAMENTAL EN EL VATICANO II

La teología fundamental actual nació de la apologética clásica y de una necesidad de ésta de reformarse so pena de desaparecer. Los cambios realizados afectaron a su nombre, contenido, método e identidad. Actualmente la teología fundamental tiene como tarea, dar razón de la pretensión de verdad del cristianismo ante el radicalismo filosófico, la religión, la cultura y la realidad científica; esta tarea nos exige profundizar en los fundamentos de nuestra fe, devolviendo al creer la dignidad teológica y las condiciones de posibilidad de la fe cristiana en el hombre¹⁷.

Sin la constitución dogmática *Dei Verbum*, la teología fundamental no hubiera podido obtener la renovación que se deseaba en el concilio Vaticano II, ni tampoco la teología hubiera podido alcanzar los resultados que ahora podemos comprobar. La palabra clave de esta renovación es *recuperación*. El Vaticano II, en este movimiento renovador recupera: la persona de Jesucristo como revelador del Padre y presenta al mismo Cristo como su definitiva revelación; a la Iglesia como “ministra” de la Palabra, la Iglesia es ahora mediación de la revelación; y recupera asimismo al destinatario de la revelación, dejando de lado la defensa de los principios y las doctrinas y se re-sitúa en el creyente. También recupera la Sagrada Escritura, la teología vuelve a mirarla como gran referente, ayudada por la ciencia hermenéutica y bíblica, colocándola como base en su investigación y búsqueda (DV 24).

Para la teología fundamental su objeto de estudio es el acontecimiento de la revelación y la fe de los cristianos en ella. La teología fundamental está conformada por la revelación de este Dios, como su contenido normativo, y la fe de la comunidad que la acoge y la transmite

¹⁶ IRENEO DE LYON, *Adversus haereses*, IV, 20, 7, Apostolado Mariano, Sevilla 1999.

¹⁷ Cf. R. LATOURELLE, “Revelación” en R. LATOURELLE- R. FISICHELLA(eds.), *Diccionario de Teología Fundamental*, op.cit., 1437.

de generación en generación, en ella está presente la interpretación del Magisterio que vela por la transmisión de la auténtica fe apostólica¹⁸. Ahora bien, este objeto, que es ante todo el misterio de Dios en la dinámica y en la lógica de su auto-revelación, no es verificable y repetible como en las otras ciencias, ya que ha sido dado, debido a su carácter teológico, de “una vez para siempre” en la historia de la humanidad.

La *Dei Verbum* define revelación, como la auto-revelación del mismo Dios (DV 2). Del Vaticano II surge un modelo teórico-comunicativo de revelación, que supera al hasta entonces planteado por la teología escolástica, modelo teórico-instructivo (*manifestatio veritatis*). De esta manera, el concepto de revelación queda integrado a una dinámica de comunión: Dios habla a los hombres como amigos (Cf. Éx 33,11) trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía (Cf. DV 2). El es un Dios cercano y misericordioso.

Dios ha querido hablar a los hombres, utilizando el propio lenguaje humano, dejando que los mismos hombres pudieran expresar lo que él nos quería decir, se ha auto-revelado pasando por el lenguaje humano. Y desde aquí podemos entender cómo su Palabra y su presencia está viva en las Sagradas Escrituras, “Dios es el autor que inspira los libros de ambos testamentos” (DV 16). Por esto la Teología tiene su alma y fundamento en la Escritura unida a la Tradición, desde el Magisterio de la Iglesia tiene la función de explicar y transmitir esta Palabra como alimento de la fe del pueblo, guiándolo hacia la comunión y la misericordia.

La teología fundamental está bajo una doble dimensión, a través de la cual llega a sus destinatarios: una dimensión dogmática, que ayuda los creyentes a comprender el contenido de su fe y a mantener el cuerpo dogmático en la tradición apostólica; y una dimensión apologética, vivida en el sentido que la expresaba el apóstol San Pablo: “creí por esto hablé” (2 Cor 4, 13) dando a conocer al Jesús de los evangelios y su doctrina.

La teología fundamental sabe que Dios ha hablado a la humanidad en la historia; sabe también, que Jesús de Nazaret tiene conciencia de ser el Hijo del Padre misericordioso, y que él mismo es Palabra definitiva que se dirige al hombre y la historia. La teología fundamental sabe que puede probar la solidez histórica de Jesucristo, apoyada en diversas ciencias como la arqueología y la historia; que puede valorar el sentido hermenéutico de los textos sagrados y la intención de los autores, comprobar la credibilidad de los testigos y la coherencia de sus testimonios, consolidar los hechos en una tradición ininterrumpida.

¹⁸ R. FISICHELLA, *Teología fundamental*, Verbo Divino, Estella 2009, 62-63.

La revelación, por lo tanto, se concibe como un acontecimiento histórico que culmina en la singularidad de Jesús de Nazaret, y se entiende como una decisión libre y gratuita de donación de Dios¹⁹. Esta concepción que se fraguó antes del Vaticano II y fue transmitida y acogida por este concilio, es la que ha hecho posible que podamos volver a Dios como Padre misericordioso, a conocerlo y a profundizar en este atributo, que durante muchos siglos no tuvo la suficiente importancia por estar la Iglesia muy centrada en la apología de la fe.

Juan Pablo II retomó el atributo de Dios como Divina Misericordia y propagó su devoción por el mundo en su encíclica *Dives in misericordia* en 1980. Años más tarde, el entonces Cardenal Ratzinger, reflexionando en una conferencia en Roma sobre los motivos que tuvo Juan Pablo II para su encíclica sobre la misericordia, dijo lo siguiente: “bajo el título *Dives in misericordia*, se puede creer que la idea de tratar esta temática le vino al Papa de la devoción a la religiosa de Cracovia Faustina Kowalska, a la que posteriormente elevó al honor de los altares. Poner en el centro de la fe y de la vida cristiana la misericordia de Dios fue el gran deseo de esta santa mujer”²⁰.

1.2. SENTIDO TEOLÓGICO DE REVELACIÓN: ESCRITURA, MAGISTERIO Y TRADICIÓN

Dios se reveló muchas veces en el Antiguo Testamento a los Patriarcas y a los Profetas. En el Nuevo Testamento se ha revelado por Jesucristo (cf. Hb 1,1-4). La revelación se realizó primero oralmente, luego se puso por escrito, porque se pretende que no se pierda la doctrina y que pueda ser conservada. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, fueron escritos algunos elementos de la revelación, dando lugar a los 72 libros de la Sagrada Escritura. Ahora bien, no todo lo revelado por Dios está contenido en la Escritura. Un ejemplo claro es el Nuevo Testamento, que no recoge toda la predicación de Jesucristo, por esto, el evangelista Juan (Jn 20,30) escribió:

“Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos que no están en este libro; y estas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”.

Esa revelación no escrita es lo que denominamos Tradición, que no es solo lo acontecido y

¹⁹ R. FISICHELLA, *Teología fundamental*, op. cit., 69.

²⁰ BENEDICTO XVI, Conferencia “ Las catorce encíclicas del Santo Padre Juan Pablo II”. Congreso “ Juan Pablo II: 25 años de Pontificado. La Iglesia al servicio del hombre” Pontificia Universidad Lateranense, Roma 2003.

no escrito, sino que abarca a los apóstoles, que al transmitir lo que recibieron, “avisan a los fieles que conserven las tradiciones aprendidas de palabra o por carta (cf. 2 Tes 2,15)”²¹; por ejemplo, la misma vida y milagros de Jesús, antes de ponerse por escrito, fueron Tradición oral transmitida de generación en generación, y así lo fue para la primera generación cristiana. Cuando apareció la Escritura, la Tradición continuaba incluyendo otras muchas cosas, como el modo de vivir de las primeras comunidades, las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, las celebraciones litúrgicas y las devociones nacidas a lo largo de la historia, con el fin de que se conservaran íntegras las enseñanzas de Jesús y los apóstoles, y de que fuesen fielmente custodiadas e interpretadas.

Jesús instituyó su Iglesia sobre los apóstoles, quienes, para cumplimiento de este cometido en el tiempo, eligieron sucesores para que el evangelio recibido se conservara siempre vivo y entero en la Iglesia, los apóstoles de Jesús nombraron como sucesores a los obispos, “dejándoles su cargo en el magisterio”²². Los sucesores de los apóstoles son los obispos presididos por el Papa, sucesor de san Pedro en la sede romana. Sus enseñanzas se denominan Magisterio de la Iglesia.

Existe pues, una unidad inseparable entre la Sagrada Escritura y la Tradición, porque ambas provienen de una misma fuente: “la Sagrada Tradición, pues, y la Sagrada Escritura constituyen un solo depósito sagrado de la palabra de Dios, confiado a la Iglesia”²³; por este motivo, la interpretación de los textos de las Sagradas Escrituras no pueden hacerse sólo individualmente, sino que deben ser siempre confrontados, con la Tradición eclesial. Esto es decisivo para una correcta exégesis dentro del Magisterio de la Iglesia.

El Magisterio enseña la verdad sobre la Sagrada Escritura y la Tradición a todos los fieles de la Iglesia a través de los tiempos, tiene la misión de interpretarlas de modo auténtico. La Tradición la podríamos manipular si no tuviéramos la necesaria relación con la Sagrada Escritura. Sin la Sagrada Escritura y la Tradición, el Magisterio no podría interpretar, guiar y cuidar el paso de la fe desde los Apóstoles a las distintas generaciones.

Existe una integración y armonía entre estos tres elementos, Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio de la Iglesia. Los textos inspirados por Dios, han sido confiados a la comunidad

²¹ DV n°8.

²² Cf. DV n°7, citando a IRENEO DE LYON, en *Ad. Haer.* III, 3,1.

²³ DV n°9.

de los creyentes -a la Iglesia de Cristo-, para alimentar la fe y guiar la vida de la caridad y de la misericordia, “pero el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios escrita o transmitida ha sido confiado únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia”²⁴. El respeto profundo de las Escrituras, condiciona la misma validez y eficacia de la hermenéutica bíblica. La interpretación de la Escritura sólo es válida cuando es fiel a la Tradición y al Magisterio de la Iglesia Católica.

1.3. EL MENSAJE BÍBLICO DE LA MISERICORDIA

Toda la Sagrada Escritura es historia de misericordia, historia de salvación; es el camino de Dios con la humanidad. Podemos decir que es la historia de amistad entre Dios y el hombre, una historia de amor, historia de misericordia: “Las misericordias del Señor, cada día cantaré” (Sal 88). Las experiencias más profundas de esta relación de misericordia, entre Dios y su pueblo, se dan en los momentos en que la infidelidad y el dolor son más fuertes, es entonces cuando Dios se acerca y manifiesta su rostro paternal misericordioso: “(...) de ti recuerdo tu cariño juvenil, el amor de tu noviazgo; cuando tú me seguías por el desierto”²⁵.

El NT desde sus inicios, con el misterio de la encarnación, nos habla de misericordia: “(...) a todos lo que le recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios” (cf. Jn 1,12) estas palabras nos acercan a un Dios amor, pero también a un Dios que se compadece de su pueblo y quiere hacer posible su plan de salvación, pensado desde toda la eternidad; es un Dios que expresa de este modo su talante misericordioso. Dios se acerca a su pueblo, se abaja: “he bajado para librarlo (...)” (Éx 3,8); y su Hijo Jesús también se abaja “vino a los suyos (...) se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn 1,11).

1.3.1. El AT prefiguraba ya la economía de salvación como misericordia

En el AT aparece treinta veces el término “*misericordioso*”, pero sólo dos veces está dirigido al hombre. La palabra *misericordia*, como ya vimos, tiene su origen en las palabras hebreas *hesed* y *rahamin*. Este segundo vocablo, que en la terminología del AT sirve para definir la misericordia, *rahamin* = *rah mim*, presenta un matiz distinto que *hesed*; mientras que *hesed* expresa los caracteres de la fidelidad de Dios hacia sí mismo y la responsabilidad del propio amor (que son caracteres masculinos), *rah min*, pone de manifiesto el amor de la madre

²⁴ DV n°10.

²⁵ Jer 2, 2.

(*rehem*= regazo materno); desde el vínculo más profundo y originario, mejor, desde la profunda unidad que une a la madre con el niño, brota una relación particular con él, un amor particular. Este amor es gratuito y no depende de mérito alguno por parte del hijo²⁶.

La mentalidad judía, a diferencia de la griega (la nuestra), que es abstracta y bastante conceptual, la hebrea por el contrario es dinámica y práctica. El judío necesita relacionar todo concepto abstracto con algo concreto y dinámico para poderlo entender y vivenciar; en los libros del AT se enmarca a la misericordia de Dios dándole rasgos masculinos y femeninos. Dios ama y se hace responsable de este amor. Las Sagradas Escrituras, teniendo en cuenta lo dicho, utilizan siempre un lenguaje analógico para que el hombre pueda acercarse respetuosamente y comprender algo la inabarcabilidad de Dios. *Hesed* = *hed* significa también “gracia” o “amor”, esto es así precisamente en base a la fidelidad incondicional de Dios. *Hesed*, manifiesta un Dios de suma bondad, esta bondad es vivida entre dos personas, por lo tanto requiere fidelidad mutua; Dios es fiel a sí mismo y a su alianza, su amor invita a ser fiel al pueblo, aunque a su manera.

El pueblo de Israel, al vivir por experiencia esta fidelidad de amor del Dios misericordioso, se da cuenta que el amor de Dios es más fuerte que el pecado de Israel y que es un amor dinámico que le salva. Esta fidelidad para con la “hija de mi pueblo” infiel (cf. Lam 4,3.6) es, por parte de Dios, fidelidad a sí mismo. Esto aparece frecuentemente sobre todo en el recurso frecuente al binomio *hesed we emet* (=gracia y fidelidad), que podría considerarse una endíadis (cf. Éx 34,6; 2 Sam 2,6; Sal 25,10).

El texto característico de la misericordia divina, que expresa la experiencia del pueblo israelita es el siguiente: “El Señor es clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fiel; que mantiene su amor eternamente” (Éx 34,7), contiene, de alguna manera, los dos términos antes mencionados *hesed* y *rahamin*. Queremos resaltar, que la misericordia, es la concreción del amor, que por un lado es bondad y gracia fiel y por otro brota del amor gratuito materno que surge de una necesidad interior, exigencia del corazón. En la misericordia, esa necesidad del corazón, como don y gratuidad, luego se recogerá en el NT refiriéndose a Jesús de Nazaret.

En nuestra lengua española, “*miserericordia*” se origina en la lengua latina y es el resultado de la suma de dos términos distintos: *miser* que significa *miserio*, *pobre*, y *cor* que se traduce

²⁶ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n°52, op.cit.

por *corazón*. El corazón en la Biblia, como vimos, denota el centro de la persona, es sede de los sentimientos y del juicio²⁷; de hecho, la Biblia da un paso más allá y habla teológicamente también del corazón de Dios, un corazón divino que se entristece por el ser humano.

La categoría *misericordia* tiene en el AT una larga trayectoria. Debemos remontarnos hasta ella para que resplandezca más plenamente la misericordia revelada por Cristo. Israel fue el pueblo de la alianza con Yahvé, pero este pacto lo rompió muchísimas veces. Al mismo tiempo, como pueblo fue tomando conciencia de su infidelidad y del precio que pagaba como consecuencia de ella, se dio cuenta que en los momentos de mayor debilidad, era cuando desde su pecado más clamaba y apelaba a la misericordia de Dios.

En el AT Dios se revela constantemente como un Dios misericordioso en las acciones de la historia de la salvación, donde su bondad y compasión están por encima del castigo y de toda destrucción (MV 6). La misericordia divina que aparece mencionada en el libro del Éxodo en el capítulo 34, versículos del 6 al 7, que ya hemos citado, recoge los trece atributos (*middôt*) de Dios, sobresaliendo sobre todos ellos, junto a la justicia y el amor, la misericordia (*hesed*), es ésta una fórmula tardía, fruto de la reflexión del pueblo israelita sobre el ser, aprehendido por experiencia, de Dios:

“Adonay, Adonay, Dios misericordioso (raham) y clemente, tardo a la cólera y rico en misericordia (hesed) y fidelidad, que mantiene su misericordia (hesed) por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la culpa de los padres en los hijos y en los nietos hasta la tercera y cuarta generación”.

La misericordia de Dios, por lo tanto, no es algo abstracto, sino una realidad experimentada y expresada de forma orante²⁸. Los salmos recogerán estas experiencias vividas por el pueblo de Israel y las oraran cantándolas en sus liturgias: “Dios es compasivo y misericordioso” (Sal 86,15); “Es clemente y compasivo” (Sal 103,8); “Tiene la ternura del padre para con sus hijos” (Sal 103,13); “(...) en él está la misericordia” (Sal 130); otro salmo que nos recuerda el pasaje donde Jesús reconoce su vocación-misión de misericordia, semejante a la de Dios Padre, es el Salmo 146, que reza así: “El Señor libera a los cautivos, abre los ojos de los ciegos y levanta al caído; el Señor protege a los extranjeros y sustenta al

²⁷ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 48.

²⁸ A. FERNANDEZ, “Misericordia” en *Diccionario de Teología Moral*, Monte Carmelo, Burgos 2005, 904-905.

huérfano y a la viuda” (Sal 146,7). Nos trae a la memoria el pasaje de Lucas 4,18.

Los profetas y los salmistas pregonan la misericordia que Dios tiene con su pueblo, una misericordia que es “lenta en la cólera y rica en piedad” que prevalece sobre el pecado y la infidelidad del pueblo. Por esto, la misericordia es algo dinámico que transforma, cambia, promueve, renueva, hace crecer y no es para nada algo pasivo. El Salmo 50 y el 136 son los más característicos, son Salmos que piden y cantan la misericordia de Dios, porque “es eterna su misericordia” se reza recordando todo lo que hizo Dios por su pueblo en la historia de la salvación.

El pueblo de Israel, tiene la experiencia de que su Dios es misericordioso, tanto es así, que se dirige a Dios rezándole con confianza: “Inclina tu oído, Señor, escúchame, que soy humilde y pobre; guarda mi vida, pues soy un fiel tuyo; tú eres mi Dios, salva a tu siervo que confía en ti. (...) Tú eres bueno e indulgente, eres todo misericordia para cuantos te invocan (...) No hay ningún Dios como tú, Señor, ni obras como las tuyas (...) pues tú eres grande y haces maravillas.” (Sal 136).

En Moisés y Abrahán, Dios se revela como un Dios que invita a salir, y él mismo se ofrece como guía de esa salida: “Sal de tu tierra (dijo a Abrahán), de entre tus parientes y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que yo te indicaré” (Gn 12,1). En el Horeb Dios se revela como un Dios que le importa el sufrimiento de su pueblo, le afecta y hace algo por remediar la situación a través de Moisés: “He visto la opresión de mi pueblo en Egipto (...) y he bajado a liberarle”. Se manifiesta como “un Dios que se humilla y desciende”²⁹, y en Jesús, como veremos en el NT, Dios humilla y enaltece (Flp 2). Dios guía el camino y acompaña al pueblo por el desierto, tiene presente sus necesidades y peligros como Dios misericordioso que es, “Dios no lo llevó por el camino de Filistea, aunque era más corto, pues pensó: Si esta gente tiene que luchar, se acobardará y volverá a Egipto; así que hizo dar un rodeo al pueblo por el camino del desierto hacia el mar de las cañas” (Éx 13,17).

1.3.2. La reacción misericordiosa de Dios contra el caos y la catástrofe del pecado

Si además de aproximarnos a la palabra misericordia desde el campo lingüístico, nos acercamos a la historia de la salvación, leyéndola desde la perspectiva de la misericordia como hizo el pueblo de Israel (Sal 136-135), seremos conscientes, de cómo Dios en la

²⁹ W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 52.

historia de salvación, haga lo que haga su pueblo, al final él no permite que el mundo ni el ser humano se precipiten sin más a la catástrofe, ni caigan en desgracia perdiéndose³⁰. Antes bien, desde el principio toma medidas contra ello y reiteradamente interviene para poner coto al caos y a la catástrofe. Dios frente al pecado original y todos los pecados de la humanidad, permite repetir con estupor las palabras de la Sagrada Liturgia: “¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!”³¹.

Al acercarnos a los textos de la Escritura, que nos presentan la historia de salvación, vemos cómo, ya desde el momento de la creación Dios tiene una actitud misericordiosa. Dios crea al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza y les confía la creación para que se hagan cargo de ella (cf. Gn 1,27-30), pero el hombre y la mujer hacen mal uso de su libertad; ellos pueden aceptar el don de Dios o pueden escoger otro camino, pero querían ser como Dios, eligen el mal sobre el bien (cf. Gn 3,5). Se alejan de Dios, y en adelante su vida en la tierra será bastante difícil. Después llega el fratricidio de Caín sobre Abel (cf. Gn 4), y el mal crece en el mundo ¿Acaso, la misericordia de Dios, no tiene en cuenta el mal?, ¿tiene Dios poder frente al mal?, ¿de dónde viene el mal? Si definimos el pecado, decimos que es tomar libremente una actitud de rechazo sostenido al plan de Dios, rechazo a su don gratuito. Aunque en estos textos iniciales de la Biblia (Génesis) no hablen de la misericordia, podemos “afirmar que la misericordia divina está operante (...) la compasión es el modo en el que Dios se opone y resiste al mal”³². Tenemos entonces que la compasión y la misericordia es el modo como Dios se opone y resiste al mal. Con Noé y el diluvio, Dios vuelve a dar nuevas oportunidades a la humanidad, trata de iniciar un nuevo comienzo (Gn 8,23; 9,15), pero en el corazón humano continúa la arrogancia, la desmesura (*hybris*) invade de nuevo el corazón humano³³; seguidamente tendremos el episodio de la torre de Babel, el desencuentro entre los hombres que desean llegar hasta el cielo. Pero Dios se opone a pesar de todo al caos y a la catástrofe con su compasión y su misericordia.

Con la vocación de Abraham se inicia una etapa diferente, “una historia alternativa”, la verdadera historia salvífica de Dios con los seres humanos (cf. Gn 12,3), aparece ahora la palabra “*bendición*” hacia el pueblo, y con ella el bienestar, la paz y la vida en plenitud que

³⁰ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 50.

³¹ *Misal Romano*, “Himno Exsultet de la Vigilia pascual”, Libros litúrgicos Conferencia Episcopal Española, Madrid 2011.

³² W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 50-51.

³³ W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 50.

disfruta del favor de Dios. Abrahán comienza una nueva historia de salvación, una historia de bendición³⁴. Vemos nuevamente, cómo la misericordia divina continúa presente. Dios movido por la compasión otorga nuevos espacios de vida y bendición para los seres humanos, e incluso se relaciona de otra manera con ellos: “Yo os haré pueblo mío, y seré para vosotros vuestro Dios” (Éx 6,7). Su amor y la misericordia adquieren talante de fidelidad gratuita que conmueve, Dios hace con ellos una alianza.

En la *Dei Verbum* se dice que los libros del AT “manifiestan a todos el conocimiento de Dios y del hombre, y las formas de obrar de Dios justo y misericordioso con los hombres, según la condición del género humano en los tiempos que precedieron a la salvación instaurada por Cristo”³⁵. El misterio de la libertad humana es insondable: podemos huir de Dios y abandonarle; pero aunque nosotros le seamos infieles, él nos será siempre fiel. Su misericordia es más fuerte que nuestra miseria, o dicho de otra manera, su corazón late junto a nuestra miseria y nos salva. Su bondad es infinita.

1.3.3. El N. T. da testimonio de la misericordia a través de la economía de la salvación

El Dios que nos revela Jesucristo es un “Dios rico en misericordia”³⁶. Por lo tanto, la manera de ser y actuar del Dios misericordioso está contenida en la revelación del Dios salvador, realizada por Jesús en el Nuevo Testamento. Él nos ha revelado de muchas maneras este atributo característico de Dios en numerosos pasajes evangélicos: (Lc 15,11-32) (Mt 6,26) (Mt 7,11). Jesucristo da a la misericordia divina un significado definitivo y a toda la tradición que ha heredado del Antiguo Testamento, no sólo la explica al pueblo de su tiempo usando analogías y parábolas relacionadas con la vida transmitiendo que su Padre es compasivo y rico en misericordia, sino que además, él mismo la encarna y personifica: Cristo es la misericordia en persona, es el rostro misericordioso y salvador del Padre. “De este modo en Cristo y por Cristo, se hace también particularmente visible Dios en su misericordia”³⁷.

La salvación no comienza en la confesión de la soberanía de Cristo, sino en la imitación de sus obras de misericordia mediante las cuales él ha realizado el Reino. Quien las cumple da testimonio con su propia vida de que ha recibido la realeza de Jesús, porque ha hecho

³⁴ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 51.

³⁵ DV n°15.

³⁶ Cf. Jn 1, 18; Heb 1,1 s.

³⁷ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n°2, op. cit.

espacio en su corazón a la caridad de Dios. Al final de la vida seremos confrontados sobre la práctica del amor, sobre la proximidad y sobre la ternura hacia los hermanos, seremos juzgados por nuestra misericordia³⁸. La misericordia, es pues, condición para la salvación, hace de la historia una experiencia de salvación. Jesús transmite la misma “metodología de misericordia” que Dios utiliza en el AT (Éx 3,7): ve, se conmueve y actúa haciéndose cargo. Jesús ofrece esta misma forma de comportarse misericordiosamente desde su persona, reflejando y acercando el rostro del Padre misericordioso (Lc 10,25-37). Jesús actúa de la misma manera que el Padre, de hecho él mismo dice, “quien me ve a mí ve al Padre” (Jn 14,9).

En el evangelio Jesús hace de la misericordia uno de los temas principales de su predicación. Como de costumbre, también aquí enseña Jesús en parábolas y en lenguaje analógico que entiende fácilmente la gente sencilla, comunica cómo es su Padre, el Dios compasivo y misericordioso (Éx 34,6) (Sal 86,15). Por ejemplo, tenemos la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32) o la del buen samaritano (Lc 10,25-37), que ponen de manifiesto el amor misericordioso bajo circunstancias cotidianas y cercanas. También, en otro texto del evangelio, presenta de otra manera la misericordia, basta tener ante los ojos al buen pastor en busca de la oveja extraviada (Jn 10,1-10), para darnos cuenta del amor compasivo del Padre que nos transmite Jesucristo. Juan Pablo II decía que el evangelista de la misericordia era Lucas, es el que expresa en su evangelio, con más detalles, la actitud misericordiosa de Dios Padre³⁹. Cristo, al revelar el amor misericordioso de Dios, exigía a sus oyentes que se dejaran guiar por la misericordia.

San Pablo en su primera carta a los Corintios 13,4-7, al hablar sobre el amor, pone una serie de atributos que lo definen y concretan en la práctica: “el amor es paciente y bondadoso; no tiene envidia, no es orgulloso; (...) no es grosero, ni egoísta; no se irrita ni lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que encuentra su alegría en la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta” (1 Cor 13,1-13). No menciona la misericordia, pero en la encíclica *Dives in misericordia* dice Juan Pablo II que hacer presente al Padre en cuanto amor y misericordia, pone de manifiesto la medida del amor⁴⁰. Alguien que es paciente, bondadoso, (...) que no se irrita ni lleva cuentas del mal, que no se alegra de la

³⁸ Cf. FRANCISCO, Homilia del Papa en la canonización de nuevos santos de la Iglesia, Roma, 23 de Noviembre de 2014.

³⁹ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n° 3, op. cit.

⁴⁰ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n°8, op. cit.

injusticia (...) que todo lo excusa”, sólo puede ser alguien que es misericordioso y compasivo, alguien que ama de forma excepcional como el mismo Jesucristo. De este modo, se hace particularmente visible y cercano el rostro Dios misericordioso, cuando ponemos de relieve el principal atributo de la divinidad: “es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia”⁴¹.

1.4. DIOS CONDUCE CON MISERICORDIA LOS DESTINOS DEL MUNDO

Las religiones han acompañado todas las etapas de la historia de la humanidad; han estado presentes configurando la vida y la cultura de los pueblos. Existe una estrecha relación entre el fenómeno religioso y el propio hombre, el conocimiento y praxis de las religiones pueden aportarle al hombre datos que le ayuden a su propio conocimiento y del mundo que le rodea⁴². “El estudio de las religiones nos ha convencido de que toda verdadera religión no es más que un conjunto de mediaciones, acumuladas por una tradición, a través de las cuales los sujetos que se reconocen en ella tratan de recuperar, de hacerse cargo, de una Presencia que se les está dando permanentemente, y que con todas esas mediaciones religiosas tratan de reconocer”⁴³.

En su búsqueda, el hombre descubre en su experiencia religiosa, a un Dios que es compasión y que le ama entrañablemente, que pone su mirada sobre él y sobre el mundo preocupado por su situación; pero no se queda ahí, le ofrece una solución para acercarle de nuevo a él. Dios a través de su Hijo unigénito le revela su proyecto, que no es un conjunto de verdades intelectuales, sino su propia auto-comunicación, le entrega a la vez su propia persona por medio de una revelación encarnada que construye y hace presente el reino de Dios.

Su deseo amoroso y compasivo de salvación brota del centro de la comunión trinitaria. Por lo tanto, para recibir y realizar su proyecto en la historia necesitamos su amor y gracia, su misericordia; no podemos ejecutarlo solos. Dios nos conoce profundamente, ya que él nos ha creado, sabe muy bien hasta dónde llegan nuestros límites y posibilidades, por esto sabe de nuestra miseria vital y de la necesidad que tenemos de su asistencia para acoger su salvación. Él es un Dios que actúa en la historia, se ha ofrecido gratuitamente para guiarnos en esta historia de salvación, que podemos llamar también la historia de sus misericordias

⁴¹ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II, q.30, a.4. Alianza ed. Madrid, 1959.

⁴² Cf. J. MARTÍN VELASCO, *El hombre y la religión*, PPC, Madrid 1990, caps. I-II.

⁴³ J. MARTÍN VELASCO, *La experiencia cristiana de Dios*, Trotta, Madrid 1995, 13.

CAPÍTULO II

LA REVELACIÓN DEL DIOS DE LA MISERICORDIA

“Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad”⁴⁴ ¿Quién sería capaz de afirmar con certeza algo del misterio de Dios, si no se hubiera él adelantado a revelarse a sí mismo? La *Dei Verbum* en su capítulo primero aborda esta pregunta, Dios es quien ha dado siempre el primer paso acercándose a la humanidad, quien se ha humillado y descendido auto-revelándose⁴⁵. Él ha sido quien amó primero, quien manifestó su misericordia y su compasión a los hombres. El Dios revelado por Jesucristo hizo todo por amor, de tal manera, que al hacerlo así revela a la vez su propia identidad y en él todo se hace posible.

2.1. AUTOREVELACIÓN DE DIOS: LA MISERICORDIA COMO SU PRINCIPAL

ATRIBUTO

En Dios la misericordia debe ser considerada su principal atributo⁴⁶. Dios no puede revelarse de otro modo distinto a lo que él es: amor y misericordia. La misericordia en sí misma, en cuanto perfección de Dios infinito, es también infinita. Tanto el amor como la misericordia, no son solamente una manera de ser de Dios, son también su manera de actuar. Él hace llegar su amor y misericordia con su sola presencia, aunque para ayudarnos utiliza también las palabras. Dios al acompañar a su pueblo teje una historia de misericordias que Israel reconocerá (Sal 135.137). Podemos afirmar que “la misericordia hace de la historia de Dios con su pueblo una historia que le salva de la idolatría y la perdición”⁴⁷.

La misericordia y la compasión de Dios corresponden con la verdad profunda del amor que es Dios mismo y también “con la verdad interior del hombre y del mundo que es su patria temporal”⁴⁸. La misericordia como proviene y es Dios mismo no se agota y destaca en la practica por la prontitud de Dios Padre en abrazar a los hijos que retornan a él⁴⁹. También es

⁴⁴ DV n° 2.

⁴⁵ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 52.

⁴⁶ W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 92.

⁴⁷ FRANCISCO, *Misericordiae Vultus* n° 7, op. cit.

⁴⁸ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n°13, op. cit.

⁴⁹ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n°13., op. cit.

infinita, la manera fácil, pronta y fuerte del perdón que brota de su corazón. En realidad no hay pecado humano que supere esta fuerza.

Dios que es todo amor en sí mismo, toda su actividad brota del amor, es un Dios que “es en su ontología esencial, amor, compasión y misericordia, alrededor de este atributo están todos los demás”⁵⁰, bajo el signo de la misericordia se desarrollará la historia de salvación como ya hemos visto en el capítulo anterior. Por lo tanto, la misericordia es una categoría clave para comprender quién es Dios; quién es la Trinidad; quién es el pueblo y qué salvación nos ha traído Jesucristo.

Nos equivocáramos si sostuviéramos que la Sagrada Escritura, y en general el cristianismo, solo repitiera lo que los filósofos descubrieron desde antaño sobre la compasión humana y que las distintas tradiciones religiosas han sistematizado. No estamos de acuerdo con Nietzsche cuando afirma, que el cristianismo, no es más que “un platonismo para el pueblo”⁵¹, ya que el cristianismo tomó mucho de la tradición de la humanidad, pero no la asumió tal cual, sino que la pasó por la crítica, la reflexionó y la adaptó desde el punto de vista evangélico, dándole de esta manera profundidad⁵².

El Dios de la misericordia y de la ternura puso su mirada compasiva sobre el mundo y sus habitantes, éstos caminaban muchas veces como “ovejas sin Pastor” (Mt 9,36), y les ofreció un proyecto de vida que salva, un proyecto que provenía desde lo más profundo de su amor misericordioso. Dios ofrece gratuitamente este plan de vida al hombre, para salvarle de la posibilidad de un no sostenido a Dios, del dolor sin sentido y de la muerte. Para poder hacer factible su economía de salvación se implica como Trinidad: el Padre engendra a su Hijo y lo hace Emmanuel “Dios con nosotros”, Jesucristo es el gran revelador del rostro misericordioso del Padre. El Padre y el Hijo envían al Espíritu, que es gracia capaz de hacer posible lo imposible en la salvación del género humano. Este modo propio de actuar de Dios, como comunidad trinitaria bien avenida en el amor, que se revela al mismo tiempo que toma partido por su pueblo necesitado, dice mucho de cómo es Dios en su esencia: un Dios misericordioso, compasivo y rico en piedad (cf. Sal 86,15). “¿Acaso puedo abandonarte, Israel? (...) el corazón me da un vuelco, todas mis entrañas se estremecen” (Os 11,8). Es un

⁵⁰ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 92.

⁵¹ Cf. F. NIETZSCHE, *Más allá del bien y del mal: prelude de una filosofía del futuro*, Alianza, Madrid 2012, 566.

⁵² Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 47.

Dios que le importa su pueblo y cada una de sus criaturas. Dios se auto-revela además, como un Dios que lo que dice ya lo está haciendo (*dabar*).

Por otra parte, el pueblo de Israel sabe por experiencia que la misericordia y la salvación de Yahvé están inter-relacionadas, se dan la mano y por esto las unen en su oración: “Muéstranos Señor tu misericordia y danos tu salvación” (Sal 84). Dios es vivido en la historia como Dios misericordioso que salva (Sal 136), donde el pueblo puede reconocer fácilmente todo lo que ha hecho el Señor por él, a cada misericordia reconocida de salvación cantará: “eterna es su misericordia”. Este será un salmo muy importante para Israel, lo cantarán en el *Hallel*. Se dice que Jesús y sus discípulos entonaron el salmo 136 al final de la última cena⁵³.

La misericordia y la salvación aparecen unidas en múltiples textos de las Escrituras: “en tu misericordia he confiado; mi corazón se regocijará en tu salvación” (Sal 13,5); “Dios mismo dijo a Moisés: te he constituido rey para mostrar en ti mi poder salvador y para hacer famoso mi nombre en toda la tierra. Así pues, Dios muestra su misericordia a quien quiere” (Rom 9,17-18).

2.1.1. El Tratado de Dios y la misericordia

La misericordia ha sido un tema bastante olvidado en el tratado de Dios, abordada únicamente como uno de los atributos divinos que derivaban de su esencia metafísica. Por otro lado, la concepción escolástica de un Dios perfecto, inalterable, de absoluta plenitud de ser, no podía aceptar un Dios compasivo; aunque contradijese al Dios bíblico que se compadece de su pueblo y “*sufre*” (*pati*) por él.

La teología escolástica por desgracia, abandonará poco a poco la referencia preferencial a las Sagradas Escrituras, e influenciada por la filosofía greco-romana no aceptará a un Dios que “sufre” con sus criaturas en sentido pasivo; a partir de ahora, solo se hablará de compasión y misericordia con referencia a Dios en sentido activo, un Dios que se opone al sufrimiento de sus criaturas y lo remedia⁵⁴. La excesiva centralización de esta teología en la apologética frente a las herejías, la alejará de la concepción del Dios que se auto-revela en la historia, donde las misericordias con su pueblo son manifiestas; la alejará también de un Dios que siente ira en su oposición al mal. Si acudimos a Séneca, pensador romano, bastante cercano

⁵³ A. FERNANDEZ, “Misericordia” en *Diccionario de Teología Moral*, op.cit., 905.

⁵⁴ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *S.th.* I, q.21 a. 3. Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op.cit., 21.

en muchos aspectos al cristianismo, decía de la compasión que “es una enfermedad del espíritu, que se contrae al contemplar las desgracias de los demás, o una depresión causada por los males de los demás, que cree que suceden a quienes no lo merecen”⁵⁵.

Para los estoicos existían cuatro “pasiones” (*adfectus*), una especie de cuatro pecados capitales del espíritu: *aegritudo* (tristeza), *cupiditas* (deseo), *metus* (temor) y *uoluptas* (placer). Para los estoicos, las pasiones son impulsos sin medida que provienen del deseo de querer más de lo necesario; y de la inteligencia (adaptación al medio) que aleja al hombre de la naturaleza y de la suya propia, aunque la inteligencia para los estoicos está un paso adelante del instinto⁵⁶. Tenemos entonces que, el control sobre las pasiones y el mantenerse en equilibrio, es una de las cualidades que debe identificar al sabio, quien debe estar por encima del bien y del mal.

Desde el tiempo de los Padres de la Iglesia hasta nuestros días se ha recorrido un largo camino. La época patrística se centró, en general, en una lectura alegórica que siguió hasta el medioevo y en la cual cada uno de los personajes de la Sagrada Escritura es interpretado con un valor cristológico-ecclesial.

De entre los Padres de la Iglesia queremos fijar la mirada hacia el siglo III, en Orígenes (Alejandría 185-253). Orígenes tiene numerosos comentarios y homilias sobre el AT y el NT. En sus homilias sobre Ezequiel, concretamente la número VI, presenta el padecer como una actitud positiva en Dios, contradiciendo la tradición filosófica y cristiana de su época, afirmaba la impassibilidad como una característica divina. Su postura aparece titulada en el texto que hemos consultado como “pasión del amor divino”, la “*passio caritatis*”. Orígenes comienza diciendo: “Voy a tomar un ejemplo de los hombres”⁵⁷, nos parece que el problema central de la *pasión divina* se encuentra en el lenguaje sobre Dios, aquí el papel de la *analogía* es fundamental, a la que Orígenes denomina “*lenguaje acomodado*”, lenguaje que aparece en función de la economía de la salvación, en la economía algo le *sucede* a Dios, que él denomina *pasión*.

Es el amor de Dios lo que nos acerca y nos permite comprender que Dios llegue a ser algo

⁵⁵ SENECA, *Sobre la Clemencia*, Alianza Editorial, Madrid 1990, 109.

⁵⁶ Cf. A. J. CANO LÓPEZ, *Las teorías de las pasiones en David Hume*, Tesis doctoral facultad de filosofía Universidad de Murcia, 2008.

⁵⁷ ORIGÉNE, *Homélie sur Ézéchiél*, homilie VI, 6, (introd. trad. Marcel Borret) Les éditions du Cerf, París 1989, 229-230.

incompatible con su naturaleza: “Dios no es pasible, porque no es un hombre que se enoja; pero tampoco es impasible, porque no es como un hombre que no se inmuta”, el lenguaje, según Orígenes, aunque es limitado habla verdaderamente de Dios. Hablar de pasión en Dios tiene sentido y es verdad⁵⁸. Y si hablamos de pasión en el hombre tiene sentido teológico y aunque remite a algo plenamente humano, habla también de su semejanza con Dios, nos dice que el amor no acaba con la muerte, nos lleva al amor sin límite. Después de esta explicación vamos ahora al texto de Orígenes:

“Cuando le hablo a un hombre y le ruego algo, para que se compadezca de mí, si no tiene misericordia, no padece nada por lo dicho por mí; si en cambio es de ánimo sensible y en él nada lo endurece con un corazón rígido, me escucha y tiene misericordia de mí, y se enternecen sus entrañas ante mis ruegos. Quiero que comprendas algo semejante sobre el Salvador: Bajó a la tierra porque tuvo misericordia del género humano (...) También el mismo Padre, el Dios del universo, que es longánimo, lleno de misericordia y compasivo (Sal 102,8), ¿acaso no padece en cierto modo? ¿acaso ignoras que, cuando administra las realidades humanas, padece una pasión humana? En efecto, el Señor, tu Dios, tomó tus maneras tal como hombre tomaría a su hijo (Dt 1,31). Pues, Dios toma nuestras maneras tal como el Hijo de Dios lleva sobre sí nuestras pasiones. El propio Padre no es impasible. Si se le ruega, se compadece y se duele, padece por una cierta caridad, y, llega a estar en las (condiciones) en las que no puede estar de acuerdo con la magnitud de su naturaleza, y, por nosotros, soporta las pasiones humanas”⁵⁹.

Orígenes nos habla de la pasión que remite al “amor que no pasará”, haciendo referencia al texto de San Pablo de la primera carta a los Corintios capítulo trece, que sitúa el tema en el ámbito de la relación entre Dios y el género humano; la donación de Dios es don gratuito y extremo, hace que salga de sus “límites” y de las “magnitudes de su naturaleza”, y todo lo hace por amor.

Este texto de Orígenes será retomado más tarde en la teología que surge después de la segunda Guerra Mundial, en los años anteriores y posteriores al Vaticano II. Por ejemplo, Jürgen Moltmann (de la Iglesia reformada) publicará *El Dios Crucificado* el Viernes Santo de 1972, obra que significó por su enfoque un gran acontecimiento y motivó numerosos debates teológicos. La obra de Moltmann inició un nuevo debate sobre el Dios que “sufre” de Orígenes, relacionándolo esta vez con el sufrimiento de Jesús en la cruz. La cruz nos trae el misterio incomprensible de Dios, no por su misterio y lejanía respecto a la razón y a la experiencia humana, sino justamente por todo lo contrario, por su cercanía y solidaridad con

⁵⁸ Cf. S. FERNANDEZ EYZAGUIRRE, “Passio Caritatis according to Origen in Ezechielem Homiliae VI in The light of Dt. 1,31”, *Vigiliae Christianae*, 60, (2006) 135-136.

⁵⁹ ORIGÈNE, *Homélie sur Ézéchiél*, homilie VI, 6, op.cit., 229-230.

el mundo, especialmente con quienes son víctimas de la violencia y del pecado de los hombres, Dios muere crucificado. Estamos de acuerdo con el profesor Angel Cordovilla cuando opina sobre el texto de *El Dios crucificado que*:

“Moltmann tiene razón cuando afirma que la muerte de Jesús en la cruz es un acontecimiento teológico (muerte del Hijo) en el que se pone en juego la divinidad de Dios y desde el que hay que repensar todo atributo divino. Ahora bien, la introducción de la cruz en el ser trinitario de Dios como si se tratara de una lucha de Dios contra Dios, creo que va mucho más allá de los datos del Nuevo Testamento en los que se afirma la implicación de Dios en la muerte de Cristo”⁶⁰.

Moltmann no ha sido el primero ni el único teólogo al que le ha impresionado el misterio sobrecogedor de un Dios Crucificado. En el siglo III, en la primitiva Iglesia, Tertuliano destacó en sus escritos la dimensión provocadora del cristianismo para la sociedad de la época, frente a las doctrinas gnósticas. Según Tertuliano, en Cristo se halla lo asombroso de Dios, lo impensable, lo aparentemente indigno de él, lo que negaría su realidad y dignidad divinas; un Dios que nace, un Dios crucificado, un Dios que muere: “este Dios crucificado, que ha asumido el dolor de la creación padeciendo él mismo el sufrimiento de los hombres, y de este Dios de la esperanza, que alienta nuestro compromiso en la lucha por la liberación de toda injusticia y todo mal de este mundo”⁶¹. Dentro de la patrística, tenemos también a Clemente de Roma (siglos I-II) que sobre el tema de la misericordia de Dios escribe a los corintios: “El Padre bueno y misericordioso en todo siente aprecio por quienes le temen”⁶². También Ireneo de Lyon (siglo II), define misericordia como atributo especial de Dios⁶³.

La misericordia para los Padres de la Iglesia se definía en actitudes cotidianas que formaban parte del compromiso de vida cristiano; la misericordia brota del amor maduro capaz de encargarse al estilo de Jesús, de tomar responsabilidades, de salir de sí mismo para acoger a la comunidad y sobre todo comprometerse por sacar adelante a los miembros más débiles de ella. Desde los comienzos de la Iglesia la acción misericordiosa con los huérfanos y las viudas, sobre todo con los más pobres y míseros, formó parte de su praxis tradicional. Esta práctica fue pasando de generación en generación hasta nuestros días, padeciendo diferentes acentos, según las distintas épocas.

⁶⁰ A. CORDOVILLA PÉREZ, Introducción EN J. MOLTMANN, *El Dios crucificado, la cruz de Cristo como base y crítica de la teología cristiana*, Sígueme, Salamanca 2010, 20.

⁶¹ Cf. TERTULIANO, *De carne Christi* V, 1 y V, 3. 7 en J. MOLTMANN, *El Dios crucificado, la cruz de Cristo como base y crítica de la teología cristiana*, op. cit., 21.

⁶² CLEMENTE DE ROMA, 1Clem 28,1. Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 87.

⁶³ Cf. IRENEO DE LYON, *Demonstratio praedicationis apostolicae* 60. Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 87.

Ya dijimos que para Séneca la compasión era una debilidad, una enfermedad que no puede estar en el hombre sabio: “La enfermedad no recae sobre el sabio: su mente está serena y no puede sucederle nada que la ofusque (...) siempre conservará el mismo aspecto, plácido, inalterable, cosa que no podrá hacer si diera cabida a la depresión”⁶⁴. Mil años después, San Bernardo de Claraval, con el espíritu de los santos Padres, encontró la admirable fórmula: “Dios no puede padecer, pero puede compadecer”⁶⁵. San Agustín subraya con otros acentos la misericordia, haciéndola exigente y necesaria para la vida del cristiano:

*“Porque aunque merece alabanza por su obra y acto de caridad el que se duele y compadece de un miserable, con todo eso más quisiera él, si es legítima y verdaderamente misericordioso, que no hubiera males de que compadecerse. Porque así como es muy posible que la benevolencia sea malévol a o quiera algún mal a otro, así lo es también que el verdaderamente misericordioso desee que haya miserables para que él ejercite su misericordia”*⁶⁶. San Agustín también habla del “dolor laudable” “sufrido” por Dios: “Así es cierto que hay un dolor laudable, pero ninguno hay amable. Porque Vos, Dios y Señor mío, que amáis tan finamente a nuestras almas, por eso más pura y perfectamente que nosotros sin comparación alguna, tenéis misericordia porque no va acompañada de dolor ni pena. Pero ¿quién hay que pueda llegar a tanto?”⁶⁷.

Al ser la misericordia principal atributo de Dios y una manera propia de revelarse: “la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan”. Sin embargo, Dios no se limita a revelarse solamente como Dios del pueblo de Israel, sus promesas siempre tienen una dimensión universal. A Abrahán le promete ser una bendición para todos los pueblos (cf. Gen 12,2ss; 18,18).

Después de la segunda Guerra Mundial, cuando se reveló al mundo todo el sufrimiento padecido por millones de personas en los campos de concentración, los teólogos se preguntaban: ¿Dónde estaba Dios? ¿Cómo pudo permitir aquello? Partiendo tanto de la mística de la *Kábala* Judía de la *Zimzum*⁶⁸ y de la teología *kenótica* luterana de los siglos XVI y XIX, se llegó en teología sobre todo en algunos momentos, a una respuesta que afirmaba que Dios se había vaciado hasta tal punto de sí mismo, que había renunciado a su

⁶⁴ SENECA, *Sobre la clemencia*, op. cit, 109.

⁶⁵ J. RATZINGER, *La Iglesia al servicio del hombre*, en Congreso Juan Pablo II: 25 años de pontificado, Roma, 8-10 de Mayo.

⁶⁶ AGUSTÍN DE HIPONA, *Las confesiones*, I. III, c. II, nº3, (trad. A. UÑA JUÁREZ) Tecnos, Madrid 2010.

⁶⁷ AGUSTÍN DE HIPONA, *Las confesiones*, I. III, c. III nº 5, op.cit.,

⁶⁸ Cf. G. SCHOLEM, *Las grandes tendencias de la mística judía*, Ciruela, Madrid 2012.

omnipotencia para estar al lado de los impotentes y oprimidos⁶⁹. Ya nos acercamos a esta teología cuando hicimos alusión a J. Moltmann.

En esta misma línea se ha pronunciado Hans Jonas⁷⁰, este autor establece una diferencia ante lo acontecido en Auschwitz, entre la postura que toman los judíos y la de los cristianos: “porque para el cristiano, que espera la verdadera salvación en el más allá, este mundo es de todos modos en buena parte diabolizado y siempre objeto de desconfianza a causa del pecado original, especialmente el mundo humano. En cambio, para el judío, que ve en este mundo el lugar de la creación divina, de la justicia y la redención, Dios es en primer lugar el Señor de la historia y por eso, también para el creyente, *Auschwitz* pone en cuestión todo el concepto tradicional de Dios”⁷¹.

Es interesante ver, cómo a pesar de las distintas posturas ante el sufrimiento humano de judíos y cristianos, ambas tradiciones religiosas no consienten la idea de un Dios impasible: “con los conceptos de un Dios *sufriente* y que deviene está estrechamente relacionado el concepto de un Dios que está preocupado, o sea un Dios que no está alejado, separado y cerrado en sí mismo, sino involucrado en aquello por lo que se preocupa. Cualquiera que haya sido el estado «originario» de la divinidad, ésta dejó de ser cerrada en sí misma en el momento en que entró en relación con la existencia del mundo, creando este mundo o permitiendo su surgimiento”⁷². Dios además, en su misericordia, se revela como el totalmente Otro y al mismo tiempo, paradójicamente, como el totalmente cercano.

2.1.2. La misericordia, reflejo de la Trinidad

En este punto, siguiendo la propuesta de Walter Kasper en su libro sobre la misericordia, intentaremos entender *la misericordia divina como espejo de la esencia trinitaria de Dios*: “La doctrina de la Trinidad es la cauta interpretación de una frase de la primera carta de Juan: (1 Jn 4,8.16), en la que el Nuevo Testamento resume una vez más todo su mensaje, “*Dios es amor*”⁷³. Aunque de esta frase no se puede deducir la profesión de fe en la Trinidad, tampoco podemos englobar la profesión de fe, en el Dios trino, solamente en una verdad racional como hizo Hegel. Nos podemos acercar al misterio de la Trinidad mediante una fe inteligente, con una fe que busca comprender (*fides quacrens intellectum*). Si Dios es

⁶⁹ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 93.

⁷⁰ Cf. H. JONAS, *Pensar sobre Dios y otros ensayos*, Herder, Barcelona 2012, 149 y ss.

⁷¹ H. JONAS, *Pensar sobre Dios y otros ensayos*, op. cit., 149.

⁷² H. JONAS, *Pensar sobre Dios y otros ensayos*, op. cit., 152.

⁷³ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 95.

amor, su esencia más íntima es el amor y la misericordia. Para acercarnos a este atributo esencial de Dios y de la Trinidad solo tenemos la analogía con el amor humano, aunque la semejanza sea mayor que la semejanza como ya vimos. No obstante, aunque el amor humano sea una débil imagen del amor divino, al menos nos ayuda a aproximarnos a la comprensión de que el Dios único de Jesucristo no es un Dios solitario, sino que es en sí mismo vida y amor de tres personas siendo un solo Dios (Trinidad inmanente); es un Dios que en sí es comunidad bien avenida en la economía de la salvación. Es un Dios trinitario que es amor, que no se queda en sí mismo, se abre, sale y se dona al género humano por amor; por su misericordia en el misterio de la salvación⁷⁴ (Trinidad económica).

Dios, por lo tanto, es amor que se comunica; es el amor vivido y ofrecido que no se queda *ad intra* en su ser inmanente, sino que por su amor y su misericordia necesita salir *ad extra*, como ser que ama-salvando, haciéndose cercano como Trinidad misericordiosa con el género humano y la creación entera. Es por lo tanto, amor que se auto-comunica hacia afuera con el género humano.

El misterio de la salvación proviene del amor que brota del Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo. Es amor y la misericordia que con el Hijo desciende sobre nosotros: “Dios rico en misericordia es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre; cabalmente su Hijo, en sí mismo, nos lo ha manifestado y nos lo ha hecho conocer (...) es un Dios, que es rico en misericordia, y “por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida” por Cristo”⁷⁵.

Dios-trino es amor creador por el que nosotros somos; es amor redentor por el cual somos salvados; es amor santificador y plenificador por el cual nosotros somos recreados. La Trinidad es el amor revelado, puesto en práctica por Cristo (cf. Jn 13,1) y “derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (Rm 5,5). La Trinidad realizando la salvación en la historia hace factible la misericordia y el amor a la humanidad. En estas últimas décadas, el misterio de la Trinidad tanto en la teología protestante como en la católica se ha intentado abordar desde una actitud creyente, de fe que quiere comprender *fides quacrens intellectum*; como Teología que demuestra fidelidad a su misión: no solamente recoge los datos de la fe, sino que procura también comprenderlos y penetrar en ellos cada vez más en la vida. Decía

⁷⁴ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 96-97.

⁷⁵ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* nº1, op. cit. Citando Ef 2,4.

sobre esto San Anselmo: “No busco comprender para creer, esto es, no busco comprender de antemano, por la razón, lo que haya de creer después, sino que creo primero, para esforzarme luego en comprender. Porque creo una cosa: si no empiezo por creer, no comprenderé jamás” (*Proslogion* 1: PL 158, 227).

Si nos acercamos a este misterio de forma analógica al amor humano, la semejanza es mayor que la semejanza, vemos cómo “el misterio del amor consiste en que solo en la unidad con el otro llegamos a ser plenamente nosotros mismos y alcanzamos nuestra propia realización”⁷⁶; al hacer referencia al amor humano, el amor divino es solo una tenue imagen del amor que vivimos nosotros, la semejanza es mucho mayor de lo que esperamos, pero nos aproxima al amor de lo que puede ser la intimidad del Dios Trino: comunidad de amor y por tanto comunidad de misericordia.

2.2. “CONCEPTOS CLASICOS” SOBRE UNA TRINIDAD MISERICORDIOSA

Para acceder al misterio de Dios en sí lo podemos hacer a través de su proyecto misericordioso de salvación. De esta manera, para el acceso y comprensión de los conceptos clásicos sobre la Trinidad vistos desde de la misericordia, nos acercaremos a las categorías de *misión*, *procesiones*, *relaciones*, *persona* y *perijóresis* tratando de verlas desde la salvación misericordiosa y compasiva de Dios en favor de sus criaturas, acercándonos a cómo se revela Dios históricamente en Jesucristo y en el Espíritu Santo⁷⁷.

Comenzaremos con el concepto de *misión*. Éste tiene su origen en la Sagrada Escritura y expresa cómo Dios envía a su Hijo y al Espíritu para realizar la salvación que es un plan que brota de su misericordia. Definimos *misión* como las formas de manifestación y donación de Dios, o sea, el cometido de las personas divinas, teniendo como fin la salvación del hombre. Es interesante ver como la *misión* de las personas trinitarias nos da a conocer una forma de presencia misericordiosa y compasiva de Dios en la historia, y además nos dice cómo se origina la *misión* en Dios Padre y tiene un fin en la presencia del Hijo, en quien todo será recapitulado (Ga 4,4) (Jn 3,17). También la *misión* nos dice, cómo la presencia del Espíritu Santo guía con su gracia todo este proceso de salvación (Ga 4,6) (Jn 14,16)⁷⁸.

La *misión* nos presenta a la Trinidad trabajando en común unidad y revelándose en un amor

⁷⁶ W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 95.

⁷⁷ A. CORDOVILLA PÉREZ, “El misterio de Dios”, op. cit., 107.

⁷⁸ Cf. A. CORDOVILLA PÉREZ, “El misterio de Dios”, op.cit.,150.

misericordioso a través del ser y cometido de cada una de las personas en la *misión salvadora*. Cada *misión* nos presenta una forma distinta de aparecer de Dios: la primera de una forma visible, encarnada en Jesucristo; y la segunda de una forma inmanente, conformando e inhabitando a la persona por la gracia del Espíritu.

A estas *dos misiones* les corresponden *dos procesiones*. Las *procesiones* tienen que ver con la fecundidad interna de Dios, con su ser más íntimo, son entendidas como el “ámbito de las *relaciones personales totalmente simétricas* entre el Padre, el Hijo y el Espíritu”⁷⁹. Expresan la *relación* íntima de Jesús con el Padre: Dios Padre que engendra al Hijo por amor, no lo crea, porque procede de la misma sustancia que el Padre por quien todo fue hecho. La *procesión* nos habla de la *inter-relación* amorosa entre Padre y el Hijo⁸⁰ y de la *misión* temporal que acepta el Hijo obedeciendo al Padre al elegir su plan de salvación que es un proyecto de misericordia para con las criaturas, Jesús acepta libremente morir en la cruz con absoluta confianza en la misericordia del Padre (al que llama *Abba*).

Expresan también las *procesiones* las *relaciones* con el Espíritu Santo, que procede del Padre y además del Hijo, para hacer posible la salvación en la historia. El Padre engendra al Hijo y el Padre y el Hijo envían al Espíritu⁸¹. Sabemos que hay *dos procesiones* en Dios porque hay *dos misiones* y éstas manifiestan cómo es Dios en sí: donación de palabra y amor misericordioso. Las *procesiones* son en definitiva maneras de entender las *relaciones* de origen entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y dan lugar a las *relaciones divinas*.

Las diferencias entre las personas no se dan en el orden ontológico, donde todas son iguales, sino en el orden de las *relaciones*, y su función específica en la *misión*. Dios Padre es *persona (prosopon)*, es el origen de todo sin origen, esto significa que “el origen está en una *persona* no está en el azar, ni en una sustancia”⁸². En la *persona* de Dios está la fuente de la historia de la salvación y la fuente de la misericordia: Dios es amor en sí mismo tanto en la relación trinitaria (*ad intra*) como en la relación con sus criaturas (*ad extra*); Dios es una *persona* y no una sustancia, solo la persona es capaz de ser y dar amor y misericordia; desde aquí podemos definir y mantener el origen personal de la divinidad. Dios se manifiesta como

⁷⁹ A. CORDOVILLA PÉREZ, “El misterio de Dios”, op.cit.,153.

⁸⁰ Se utiliza la analogía, aunque no sea del todo adecuada, para darse a entender. Fué utilizada tanto por San Agustín como por Sto. Tomás.

⁸¹ Aquí en este punto, estaría la discusión teológica del *Filioque*: si el Espíritu procede del Padre (postura ortodoxa armenia), o procede del Padre y el Hijo (postura católica). Concilio ecuménico de Florencia 1439.

⁸² A. CORDOVILLA PÉREZ, “El misterio de Dios”, op. cit., 151.

donación *personal* como don, palabra, amor, misericordia y compasión⁸³. Las personas del Hijo y del Espíritu hacen palpable la presencia de Dios Padre en las criaturas y en la historia, ellas tienen su fuente de origen en la persona del Padre.

Por último, el concepto *perijóresis* expresa la intercomunicación de Dios como comunidad de amor de tres personas distintas, pero al mismo tiempo, expresa la unidad de Dios respetando la diferencia entre las personas. Es una presencia en *inhabitación* recíproca: un movimiento circular rotatorio de diferenciación e interrelación entre iguales; no es que sean lo mismo, sino que el uno está en el otro por amor⁸⁴. Esta intercomunicación en el ser y en el actuar de Dios se refleja también en su manera de amar compasiva y misericordiosa en su plan de salvación.

El término *perijoresis* que apareció por primera vez en la teología al ser utilizado por Gregorio Nacianceno (siglo IV) cuando intentaba explicar las dos naturalezas de Cristo, originariamente provenía de la física estoica que intentaba expresar con esta palabra la unión y diversidad en el hombre del cuerpo y el alma. Actualmente se utiliza para subrayar la unidad en Dios destacando la diferencia de las personas en la Trinidad; lo utilizan teólogos contemporáneos como Moltmann, Boff, Kasper, Pannenberg, Greschake⁸⁵. La *perijoresis* nos dice que Dios es amor y este amor lo expresa cada persona de la Trinidad estando amorosamente en cada persona: la una en la otra y viceversa; al ser un amor compasivo, el componente de compasión se expresa entre las personas trinitarias. Esta compasión y misericordia contenidas en el amor divino, nos ayuda a comprender la resurrección de Jesucristo y su permanencia entre nosotros a través de los tiempos. La *perijoresis* del amor divino, al encarnarse Dios en la historia, abre su amor trinitario a las criaturas a través de Jesucristo (el hombre para los demás, pro-existente) y las incluye en su dinámica de amor misericordioso haciendo posible en ellas la salvación, la resurrección, la divinización.

2.3. EL DIOS QUE EN SU MISERICORDIA SUFRE CON LOS QUE SUFREN

Según la Sagrada Escritura y la Tradición Patrística, el que Dios tenga compasión y misericordia, que le afecte nuestro dolor y situación de desamparo y sufrimiento no es una imperfección o debilidad, sino más bien una expresión de su omnipotencia. El mismo amor

⁸³ Cf. A. CORDOVILLA PÉREZ, “El misterio de Dios”, op.cit.,152.

⁸⁴ Cf. A. CORDOVILLA PÉREZ, “El misterio de Dios”, op.cit.,164.

⁸⁵ Cf. A. CORDOVILLA PÉREZ, “El misterio de Dios”, op.cit.,165.

que Dios es le lleva a entrar en estas actitudes de solidaridad con el género humano; por lo tanto, la encarnación es un acto fuerte de amor, que le hace a Dios bajar de su condición para ponerse a la altura del más miserable de los hombres, él pasa libremente por la pasión y la muerte en cruz como acto extremo de amor. Jesucristo Dios y hombre verdadero, elige este camino por voluntad propia, en obediencia amorosa al Padre y por misericordia hacia el género humano⁸⁶.

Recogiendo todo lo visto hasta ahora, nos preguntamos: ¿Si Dios se compadece, es que el dolor humano le afecta? ¿Es legítimo hablar de un Dios que sufre con nosotros?⁸⁷. En el momento de la pasión, al sufrir Jesucristo ¿sufren las demás personas de la Santísima Trinidad? La filosofía greco-romana negó la pasibilidad de Dios, porque de esta manera Dios era perfecto. En la filosofía antigua no se podía entender que Dios se viera afectado por el sufrimiento humano; Dios era concebido trascendente, absoluto, separado del mundo y de los seres humanos⁸⁸.

Después de la segunda Guerra Mundial y de las atrocidades padecidas por tantos hombres, mujeres y niños, un Dios concebido impasible, no podía dar sentido a tanto dolor, destrucción y sufrimiento. El teólogo alemán Karl Rahner escribía: “Señor, te llamamos porque desesperamos de nosotros mismos; sobre todo cuando, tranquilos y presos en nuestra finitud, nos juzgamos sabios. Hemos llamado a tu infinitud y hemos esperado una vida interminable fiados en la venida de tu infinitud”⁸⁹. Esta finitud del tropezarnos con nuestra propia debilidad e impotencia cada día, y a veces en situaciones extremas, nos hace clamar la misericordia de Dios, volver a él el rostro. “La misericordia divina no expresa debilidad, sino omnipotencia. Además de ser trascendente, santo y eterno, Dios es también misericordioso. Mas aún, su omnipotencia se manifiesta precisamente en la misericordia”⁹⁰.

Por lo tanto, Dios es a la vez omnipotente y misericordioso, sin la omnipotencia se destruiría la idea misma de Dios, un Dios impotente no sería un Dios verdadero y un Dios sin la misericordia sería déspota y despreciable⁹¹. La misericordia de Dios no está condicionada, de manera gratuita Dios se deja afectar y mover por el dolor y el sufrimiento del ser humano,

⁸⁶ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 121.

⁸⁷ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 119.

⁸⁸ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 119.

⁸⁹ K. RAHNER, “Dios que has de venir”, en *Palabras al silencio, oraciones cristianas*, Ed. Verbo Divino, Estella 1988.

⁹⁰ A. AMATO, *El Evangelio del Padre*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998, 47.

⁹¹ W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 121.

libre responde a la situación de dolor del género humano. Como ya hemos visto, cuando Orígenes hablaba del sufrimiento de Dios por amor, y dice que aquí tiene el origen la historia de salvación, y en este sufrimiento “primero sufrió y luego descendió a nosotros. ¿Qué clase de sufrimiento padeció por nosotros? el sufrimiento de la caridad”⁹².

Dice Benedicto XVI que “el hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder con-padecer él mismo con el hombre. Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer”⁹³. Estas palabras nos ayudan a entrar en la profundidad del misterio de Dios en clave de misericordia. El amor de Dios nos llama a una profunda gratitud desde el asombro y la perplejidad que produce.

Sabemos que Dios ha padecido y cargado con mi culpa por amor y que él siempre está a nuestro lado realmente como Padre misericordioso; nosotros le importamos, yo le importo: “cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme -cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar-, él puede ayudarme”⁹⁴.

2.3.1. La misericordia inseparable de la justicia y la fidelidad

En el AT, la misericordia de Dios se halla unida a otras formas de revelación divina y no puede ser considerada de forma autónoma. Cuando se revela a Moisés se pone de manifiesto que la misericordia de Dios está unida a la fidelidad y a la bondad (*hesed*) de Dios.

Cuando Dios se revela a Oseas la misericordia divina aparece unida a la santidad de Dios; en hebreo el término *qadôs*= santo proviene de un verbo que significa separar, apartar, por lo tanto la santidad de Dios establece una radical diferencia con respecto a todo lo creado: “Yo daré órdenes a los cielos y ellos enviarán la lluvia sobre la tierra, me compadeceré de No-compadecida. Diré a No-mi-pueblo: “Tú-mi-pueblo”, y él dirá: “Tú-mi-Dios”. Te desposaré conmigo para siempre” (Os 2,21-25), en este texto de Oseas se pone de manifiesto la diferencia y superioridad de Dios sobre todo lo creado y al mismo tiempo este Dios es cerca-

⁹² ORIGÈNE, *Homélie sur Ézéchiél*, homilie VI, 8. (Introd. trad. Marcel Borret) op.cit., Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 122.

⁹³ J. RATZINGER, *La Iglesia al servicio del hombre*, en Congreso Juan Pablo II: 25 años de pontificado, Roma, 8-10 de Mayo.. Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 122.

⁹⁴ BENEDICTO XVI, *Spe salvi* n°32, op.cit. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* n° 2657, op.cit.

no y compasivo: “con todo, yo enseñé a andar a Efraín, y lo llevé en mis brazos (Os 11, 3)⁹⁵.

Esta misma santidad es a la que hace referencia el profeta Isaías al decir: “Santo, santo, santo, es el Señor todopoderoso, toda la tierra está llena de tu gloria” (Is 6,3). La aclamación “Santo, santo, santo” aparece dos veces en la Biblia: una en el AT como hemos visto en Isaías y la otra en el NT en Apocalipsis: “Santo, santo, santo, Señor Dios todopoderoso el que era, el que es y el que está a punto de llegar” (Ap 4,8); en las dos ocasiones es cantada por criaturas celestes y ocurre ante un hombre que tiene la visión del trono de Dios. La misericordia si la relacionamos con la santidad de Dios, siendo un Dios omnipotente, inabarcable, todopoderoso, por su misericordia se hace cercano al hombre debido a la grandeza de su amor y su compasión, más que minimizar a Dios hace que la persona divina se engrandezca más.

Dios se opone con ira al mal, con “*ira divina*”, ira que no significa otra cosa que la resistencia que opone Dios a toda forma de pecado e injusticia, que más que ofenderle a él, desvía el corazón del hombre del suyo: “Cuarenta años estuve disgustado con aquella generación, y dije: “es un pueblo de corazón extraviado, que no conoce mis caminos” (Sal 95,10); según esto, la relación de la misericordia con la justicia divina (*hedaqah*), es correlativa a la santidad de Dios⁹⁶.

Por lo tanto, el Dios del AT es un Dios que por ser tres veces santo, (en hebreo significa santísimo), castiga el mal y recompensa el bien. Esta actitud divina, más que atemorizar, tranquiliza y llena de esperanza al pueblo. Y esta esperanza se conecta con la esperanzada venida del Mesías y a una esperanza escatológica.

La misericordia no es un mensaje de una gracia barata, Dios espera de nosotros que actuemos de acuerdo con el derecho y la justicia; que vivamos siendo imágenes de Dios: convirtiéndonos en santos como lo es Dios Padre, lento en la cólera y rico en piedad, que concede segundas oportunidades pero que a la vez es justo. Su justicia está más allá de la culpa y el castigo, pero no más allá de la justicia. La justicia de Dios corresponde con su fidelidad, tiene relación con su alianza. Dios no falla es siempre fiel. En la revelación del Nombre se habla de bondad (*hesed*) o misericordia y al mismo tiempo de fidelidad; “creer”

⁹⁵ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op.cit., 57.

⁹⁶ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 58.

es de alguna manera encomendarse confiadamente a la fidelidad y a la misericordia divina⁹⁷.

2.3.2. Dios es amor, relación, comunión, vida en plenitud

Si Dios es amor y este es su principal atributo, Dios es también relación, comunión, vida en plenitud. Si la misericordia es el principal atributo de Dios *ad extra*, entonces, podemos afirmar, que bajo la misericordia se desarrolla la entera historia de la salvación⁹⁸. Por esta razón puede Dios asumir la historia sin dejar de ser Dios e integrarla dentro de sí sin vaciarla de su contenido y propiedad, llevándola a su plenitud.

El amor y la misericordia de Dios son el fundamento tanto de la creación como de la salvación; todo esto tiene sus consecuencias en los seres humanos. El hombre tiene que ser comprendido, en última instancia, no como sustancia autónoma e individual, sino como amor, como relación, un ser con los demás; en este sentido la relación como categoría primigenia de lo real definirá su salvación⁹⁹. La afirmación de que las personas son relaciones, nos acercará al mismo ser trino de Dios: Padre, Hijo y Espíritu, personas en inter-relación amorosa *ad intra*, e inter-relacionadas en el plan de salvación *ad extra* por amor y misericordia hacia género humano. En este sentido, el hombre, creado a imagen y semejanza del Dios-trino no es un ser aislado y autónomo sino un ser en relación; por lo tanto, el amor aparece en la base del sentido de su propio ser¹⁰⁰. Su salvación dependerá de como han sido sus relaciones con Dios y con los demás hombres, con todos los seres de la creación; el hombre se enfrentará con la calidad de sus relaciones “al final de los tiempos”, y juzgará su capacidad de libre donación y relación comparándose con hombre perfecto: Jesucristo.

El juicio se hará sobre la lógica del amor (dar-recibir-devolver), vivida en plenitud por el Dios-trino y acercada al hombre por el Hijo Jesucristo, el rostro cercano y comprensible de Dios¹⁰¹. Contrastaremos con corazón limpio, viendo al Dios Trinidad que actúa con amor y misericordia en el mundo en su plan de salvación: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5,8), sabremos entonces que Jesucristo es la “imagen del Dios invisible” (Col 1,15), “el que me ve a mí, ve al Padre que me ha enviado” (Jn 14,9).

⁹⁷ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 59.

⁹⁸ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit. 100.

⁹⁹ Cf. A. CORDOVILLA PÉREZ, “El misterio de Dios”, op. cit., 165.

¹⁰⁰ Cf. W. KASPER, *El Dios de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca 2011, 445.

¹⁰¹ Cf. A. CORDOVILLA PÉREZ, “El misterio de Dios”, op.cit., 168-169.

CAPÍTULO III

EL HOMBRE CAPAZ DE GENERAR CULTURA DE MISERICORDIA

El hombre no puede vivir sin amor. Sin amor no se comprende a sí mismo y no encuentra sentido a su vida. Por lo tanto, el ser humano no es feliz si el amor no se le revela, si no experimenta el amor y participa de él vivamente¹⁰². Desde aquí, también podemos decir, que el hombre no puede vivir sin la misericordia, de hecho el Dios Creador, “no quiso dejar a la humanidad en soledad y a merced del mal”¹⁰³ sino que acudió en su ayuda desinteresadamente por amor, “porque es eterna su misericordia” (Sal 136). De esta manera, la misericordia divina es amor que perdona; que rescata y salva; que sana y lleva a la humanidad a su plenitud.

La relación con Dios nos salva si aceptamos su don de amor y misericordia: “esta relación con Dios puede ser ignorada, olvidada o removida, pero jamás puede ser eliminada. Entre todas las criaturas del mundo visible sólo el hombre es «capaz» de Dios (*homo est Dei capax*) »¹⁰⁴. Sin embargo el hombre, que ha sido creado un ser libre, aunque con libertad finita¹⁰⁵, puede ir voluntariamente contra Dios, contra los demás hombres, contra la creación y contra sí mismo; y esto sucede cuando se desvía del camino que Dios le propone, rechazando sostenidamente su don, desechando la posibilidad del encuentro profundo con él y de su salvación.

A pesar de todo, Dios es respetuoso de la libertad de sus criaturas, él sigue siendo fiel ofreciendo su amor y misericordia sin nada a cambio; con una compasión sin límites seguirá caminando a su lado, dándole su amor y su gracia que son mucho más grandes que sus pecados. Nadie podrá nunca poner ninguna clase de límites y obstáculos al amor, compasión y perdón de Dios¹⁰⁶.

¹⁰² Cf. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis* n°10, Palabra, Madrid 1999.

¹⁰³ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 3 op. cit.

¹⁰⁴ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, I, 1ª secc., 1ª. Cf. GS12. Cf. Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, n°34.

¹⁰⁵ P. RODRÍGUEZ CASTELAO, “Antropología teológica”, en A. Cordovilla (ed), *La lógica de la fe*, op. cit., 181-182. El hombre realiza su vida como resultado de dos factores interdependientes que convergen y constituyen la realidad: el destino (que condiciona su libertad), y su capacidad de auto-realización (que la posibilita). Que el hombre sea una libertad finita quiere decir que su vida sucede en la historia.

¹⁰⁶ Cf. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n°3, op. cit.

El Papa Francisco afirma que la misericordia es una vía, que une a Dios y al hombre, porque abre a la humanidad el corazón a la esperanza de ser amada sin tener en cuenta sus múltiples pecados¹⁰⁷.

Vimos en el capítulo anterior, como la compasión y la misericordia de Dios hacia el género humano son gratuitas, brotan de su ser-hacer que es amor (Éx. 34,6). Cuando la persona acepta el don que Dios le da, que es Dios mismo, el amor y la misericordia hacen que la persona se movilice y se comprometa en comunidad en la construcción de una sociedad diferente, que promueva una cultura de misericordia, justicia y paz: “aunque la paz sea un don que Dios concede a su pueblo, la construcción de la paz es también tarea de los hombres; para ello es preciso vivir con sentimientos de reconciliación, con espíritu de justicia y con actitudes de solidaridad y misericordia hacia los más débiles y necesitados de la sociedad”¹⁰⁸. De este modo, la construcción de una cultura de paz y misericordia, requiere personas: capaces de trabajar con otras (teniendo en cuenta la gran diversidad de nuestras ciudades); necesitará de personas capaces a la vez de caminar humildemente de la mano de nuestro Dios (cf. Mi 6,8) con la mirada y el corazón renovados: “ (...) quienes reciben en su corazón la buena noticia del Reino adquieren una nueva visión del mundo y de la vida”¹⁰⁹.

Una comunidad de personas empeñada en la edificación de una cultura de misericordia, contará para esta misión, con la fuerza y sabiduría del amor cuya fuente proviene directamente del Dios trino: “Jesús exhorta a sus discípulos a amar a sus enemigos, a ser buenos con todos más allá de los límites de las exigencias y los derechos: "sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; perdonad y seréis perdonados; porque con la medida con que midáis seréis medidos" (Lc 6,36-38). Por todo ello los pacíficos son llamados “hijos de Dios” y Jesús los valora anunciando que son bienaventurados: "bienaventurados los que buscan la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mt 5,9)”¹¹⁰.

Podemos decir que cada persona encuentra su propio bien asumiendo el proyecto que Dios tiene pensado para ella desde el conocimiento y el amor compasivo que Dios le tiene; cuando la persona lo realiza es más libre (cf. Jn 8,32). Esto mismo lo podemos decir también

¹⁰⁷ Cf. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n°2, op. cit.

¹⁰⁸ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Constructores de la paz* n° 38, 20 Febrero 1986.

¹⁰⁹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Constructores de la paz* n° 34, op. cit.

¹¹⁰ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Constructores de la paz* n°34, op. cit.

de los grupos sociales, que encuentran el bien cuando asumen el proyecto que les hace más humanos y fraternos. Quienes asumen el proyecto de Dios se hacen y actúan como él es: compasivo y misericordioso; caen en la cuenta desde la praxis como este proyecto genera un estilo de vida y de sociedad distinto, donde la misericordia y el amor lo abarcan y lo cambian todo de dentro hacia afuera. Dios con su presencia produce otra visión y enfoque de la realidad, otra manera de vivir: “todos los hombres perciben el impulso interior de amar de manera auténtica; el amor y verdad nunca los abandonan completamente, porque son la vocación que Dios ha puesto en el corazón y en la mente de cada ser humano”¹¹¹.

Antes de seguir adelante quisiéramos aclarar qué entendemos por *cultura de misericordia*. Comenzaremos retomando una definición que nos recuerde escuetamente qué entendemos por misericordia en teología:

“Es uno de los atributos comunicables de Dios, expresa la bondad y amor de Dios por el culpable y miserable. Incluye la piedad, compasión, gentileza, paciencia. Es a la vez libre (no limitada por una resistencia exterior) y absoluta (como que cubre todas las áreas de la vida humana)”.¹¹²

Seguidamente, definiremos lo que entendemos por cultura, para ello tomaremos una definición de cultura realizada por la UNESCO en la “Conferencia Mundial sobre las Políticas Culturales”, que se realizó en México (1982) en la que decía:

“La cultura puede considerarse actualmente como el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o un grupo social. Ella engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales al ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias y que la cultura da al hombre la capacidad de reflexionar sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. A través de ella discernimos los valores y efectuamos opciones. A través de ella el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevas significaciones, y crea obras que lo trascienden”.

Conjugando estas dos definiciones intentaremos responder qué entendemos *por cultura de misericordia*: decimos pues que *cultura de misericordia* es la que posibilita en los ciudadanos, seres con rasgos espirituales, materiales, intelectuales y afectivos; ser mucho más humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos en toda su actividad, pero al

¹¹¹ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* n°1, Palabra, Madrid 2009.

¹¹² BURTON L. GODDARD, “ Misericordia” en *Diccionario de Teología*, E.F. HARRISON (ed.), Libros Desafío, Michigan 1999, 396.

desarrollar su actividad la cualifican con el estilo misericordioso y compasivo de Dios, más concretamente, con los sentimientos de Cristo Jesús (Flp 2,5) que es el “rostro de la misericordia del Padre”¹¹³. En *la cultura de misericordia* sobresale el amor incondicional compasivo y misericordioso de tal manera en las actividades de la vida, que resulta para muchos “escandaloso” porque realiza los valores del Reino de Dios que van a contracorriente con lo que se pretende normalmente en nuestras sociedades: éxito, fama, poder, dinero. En *la cultura de misericordia* se promueve el amor sin límites hasta dar la vida; se trabaja por hacer concreta la justicia, la acogida del necesitado, el perdón y paz; donde los míseros, los débiles de la sociedad, e incluso los “enemigos”, tienen una atención preferencial.

Situaremos este capítulo tercero, dentro de la concepción antropológica cristiana, que reflexiona sobre la condición humana ante Dios. Desde la fe cristiana que concibe al hombre como un ser vivo y sexuado creado y amado por Dios, concebido por la divinidad como un ser libre e inteligente. Concebimos al ser humano como un ser que se hace, se forja y se construye a sí mismo dirigiendo su destino mediante su trabajo sobre la tierra; a la vez genera una cultura humana y misericordiosa dentro de un mundo en evolución. Al haber sido creado a imagen y semejanza de Dios está transido y referido permanentemente a él. La Antropología Teológica concibe al ser humano de tal manera que no habla de él en general (esencialismo) ni se enreda y se pierde en sus múltiples condicionamientos (relativismo), sino que coloca su punto de partida en la existencia real y concreta del ser humano; tiene presente su pasado y futuro para situarle en el presente; y además tiene en cuenta sus dimensiones horizontales y verticales que le vertebran como hombre en el tiempo y el espacio, siempre desde, ante, en y hacia Dios¹¹⁴.

3.1. EL HOMBRE CREADO A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

La antropología cristiana entiende que el hombre es criatura de Dios, creado a imagen y semejanza suya. Esta semejanza ha sido inserta en la naturaleza humana. Sin embargo, ha sido “deformada” por el pecado, por lo tanto, el plan de amor y plenitud de Dios ha sido truncado y ha imposibilitado una cultura fraterna, justa y misericordiosa.

¹¹³ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* nº1, op.cit..

¹¹⁴ Cf. P. FERNÁNDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, en *La lógica de la fe*, A. CORDOVILLA PÉREZ (ed.) Comillas, Madrid 2013, 178.

La *imago Dei* constituye la estructura ontológica y es el fundamento para el ejercicio de la libertad y de la responsabilidad. El hombre es concebido en la antropología cristiana como el *homo viator*, hombre peregrino, viajero continuo en el camino de la vida. Como un ser llamado a la perfección que todavía no posee; es un ser en proceso de formación permanente y de transformación; un ser en camino dentro de la historia hacia su plenitud. Así, la historia de cada persona es un camino de “formación”, o mejor, de “transformación”: desde su estado original de primer Adán “deformado” por el pecado, hasta llegar a lograr la imagen del hombre nuevo (segundo Adán) en Jesucristo. Cada ser humano es “querido por sí mismo” para ser sujeto de un diálogo en la vida con Dios. Como fruto de ese diálogo, debido a la interrelación de la libertad humana y la gracia divina, el hombre irá adquiriendo la nueva fisonomía cristológica.

Antes de entrar en la relación Creador-criatura, aclararemos que entendemos por *creación*: lo concebimos como un término filosófico-teológico fruto de la elaboración racional del hombre, donde afrontando su experiencia de contingencia (situaciones límite) y haciéndose presente la posibilidad de no-ser y la ausencia de sentido en la vida, puede elegir libremente entre el sin sentido (suicidio) o el vivir con sentido. En la Antropología Teológica partimos del sí al sentido de la vida. Desde esta postura creyente surgirán los relatos creacionales, éstos definirán la *creación* como vida con sentido, concibiendo la historia con una meta de plenitud. Además, es importante constatar, que en los relatos creacionales se expresará el agradecimiento de la existencia¹¹⁵. El Dios de la vida crea y recrea todo lo que existe por amor y no se desentiende de su creación en ningún momento. Su amor y su misericordia son eternas: “Como puede comprobarse por todo el Antiguo Testamento a lo largo de los siglos, se coloca la experiencia fundamental del pueblo elegido, vivida en tiempos del éxodo: el Señor vio la miseria de su pueblo, reducido a la esclavitud, oyó su grito, conoció sus angustias y decidió liberarlo”¹¹⁶.

Otro dato importante a subrayar sobre la *creación*, es que en la antropología cristiana se concibe como *creatio continua*, es decir, que la creación no solamente se entiende como un acto puntual del pasado remoto, sino que es entendida también como una relación especial, absolutamente trascendente e inmanente del Creador con todo lo existente. Esta relación hace posible y fundamenta la existencia cotidiana de todas y cada una de las criaturas en el

¹¹⁵ Cf. P. FERNÁNDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op.cit.,188-189.

¹¹⁶ Cf. Éx 3, 7 s.

constante devenir del tiempo y del espacio en la historia¹¹⁷. Es una historia que revela las constantes misericordias de Dios con sus criaturas.

Es una creación que existe por la fuerza de la *palabra de Dios*: “ porque él *dijo*, y fue hecho; él mandó, y *existió* ” (Sal 33,9); aquí es importante el verbo Bará = traer a la existencia, aplicado a la acción creadora de Dios. Es concebida como una *creación en Cristo*. Se reconoce el señorío de Jesús como Señor de todo lo existente: “todo fue creado por él y para él” (Col 1,16) y todo será recapitulado en él, “para que Dios sea todo en todas las cosas” (1 Cor 15,28). Jesucristo es el centro y referencia de todo lo creado: “Él es el primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas (...) él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia” (Col 1,15-17). Jesucristo es quien nos redime y nos da la posibilidad de restaurar nuestra *imago Dei* desfigurada por nuestra infidelidad a Dios y a su proyecto. Jesucristo nos revelará un Padre misericordioso que salva y redime con amor y misericordia: “Jesucristo ha enseñado que el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que está llamado a “usar misericordia” con los demás”¹¹⁸.

También es una *creatio ex nihilo* (creación de la nada). Es un error tomar esta expresión literalmente, como si de *la nada* significara *de un algo que es nada*. La nada no puede ser entendida como si fuera *la singular materia* a partir de la cual el Creador produce el mundo¹¹⁹, ya que primero sería la nada y después el acto creador de Dios. En los dos relatos judíos de la creación (provenientes de dos tradiciones distintas) no aparece la concepción de la creación de la nada. Más bien hace suponer al leerlos de todo lo contrario, la formación de un cosmos (orden) a partir de un caos primigenio. La creación de la nada (*creatio ex nihilo*) aparece en la literatura judía en el período helénico en el segundo libro de los Macabeos (2 Mac 7,28), también aparece desarrollada por los cabalistas judíos y teólogos del cristianismo y el islam, podríamos decir que es patrimonio de las tres grandes religiones; termina con la idea de la divinidad de la materia o de su preexistencia¹²⁰.

¿Qué queremos decir cuando afirmamos que Dios ha creado todo de la nada? Lo primero que queremos aclarar es que no puede coexistir *la nada* con Dios ni *el mal* con Dios. Sería caer en dualismos incompatibles con la concepción judía y cristiana. La teología cristiana

¹¹⁷ Cf. P. FERNÁNDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op.cit., 197.

¹¹⁸ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* nº14, op. cit..

¹¹⁹ Cf. P. FERNÁNDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op.cit., 191-193.

¹²⁰ Cf. P. FERNÁNDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op.cit., 191-192.

pre-nicena fue poco a poco percibiendo que la creencia en un Dios Creador implicaba ver la creación de forma total y absoluta, y no una transformación de lo existente. La omnipotencia de Dios y su libertad absoluta es lo que está detrás de la formulación de *la creatio ex nihilo*, bajo esta expresión subyace la expresión en negativo de lo que afirma en positivo el término griego *Pantocrator* (*Pantos*= *todo*, *cratos*= *fuerza, poder*) con este término se designa en el arte bizantino a la imagen con que se representa al Todopoderoso, Padre e Hijo, es decir, Creador y Redentor. La *creación de la nada* significaría que la totalidad de todo lo existente, ahora y siempre, “se encuentra en una relación de dependencia ontológica con respecto al fundamento de todo cuanto existe”¹²¹. Por lo tanto, nada hubo antes, ni ahora, ni habrá al margen del poder creador de Dios: “pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor” (Rom 8,38-39). El poder absoluto de Dios no es déspota y absolutista, “es el poder absoluto del amor de Dios, de su gracia, del perdón y la misericordia”¹²².

Según dicen las Escrituras, Dios coloca la criatura humana en el centro y en la cumbre de la creación: el primer hombre, *primer Adán*, en hebreo *Adam*, fue “formado del barro de la tierra” *adamah*, Dios le insufla en las narices el aliento de la vida (cf. Gn 2,7) “ (...) y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó” (Gn 1, 27). En la relación Creador-criatura, la palabra *criatura* la aplicamos no solamente al ser humano sino a todo lo que existe; el ser humano que pertenece a la creación es responsable de ella. Los seres humanos, a diferencia de las otras criaturas, son llamados a la vida en un acto creador de Dios recibiendo la “forma” de Adán, pero llamados a conformar gradualmente una nueva imagen de Dios (cf. Gen 5,3); “según el Nuevo Testamento, la imagen creada presente en el Antiguo Testamento debe ser completada con la *imago Christi*”¹²³.

Tenemos entonces, que el hombre está por creación referido a Dios, es capaz de conocer y amar a su Creador y ha sido constituido por él de tal manera que es señor responsable de todas las criaturas terrenas para regirlas y servirse de ellas glorificando a Dios. De ahí que, por ser creado a imagen de Dios, el hombre tiene la dignidad de persona y no es considerado

¹²¹ Cf. P. FERNÁNDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op.cit., 194-195.

¹²² P. FERNÁNDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op. cit., 195.

¹²³ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Comunión y servicio: la persona humana creada a imagen de Dios*, nº11, 2014.

solo algo, sino alguien¹²⁴. La criatura es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente, capaz de entrar en comunión con otras personas, que solo podrá ser persona con otros. Es llamada por la gracia a una alianza con su Creador; a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser de la creación puede dar¹²⁵; por lo tanto, el hombre es un ser constitutivamente abierto hacia arriba¹²⁶, abierto al amor y a la misericordia.

Existe una gran diferencia entre el Creador y su criatura, conviene tener clara conciencia de esta alteridad, sin embargo, a pesar de esta diferencia abismal, el amor de Dios establece un puente de comunicación. En la relación de amor y misericordia entre Dios y su criatura, Dios está mucho más allá, “es sublime y no lo abarcamos” (cf. Sal 138); el Dios Creador es para nosotros un Dios que es Omnipotente y omnipresente, es decir, Dios lo puede todo mientras que el hombre solo puede hacer cosas. En relación al tiempo, Dios está presente en todos los sitios y los trasciende mientras que el hombre tiene una presencia puntual y exclusiva. Esta absoluta trascendencia de Dios es la que permite su absoluta inmanencia¹²⁷.

La creación nos habla permanentemente de una relación Creador y criatura¹²⁸. Al ser Dios el creador del hombre es conocedor en profundidad de su situación; Dios por su amor y misericordia incondicional, toma partido libremente por la humanidad entera y se acerca a su criatura, con una postura de solidaridad permanente ante su situación de sufrimiento, de sinsentido y perdición. Esta situación mísera de la criatura, proviene de su misma limitación humana, así como también del mal uso de su propia libertad. Podemos afirmar certeramente, que sin la misericordia de Dios, no existiría su plan de salvación, ya que la salvación brota del amor misericordioso incondicional de Dios hacia el hombre y la creación entera. “¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha merecido tener tan grande Redentor, si Dios ha dado a su Hijo, a fin de que él, el hombre, no muera sino que tenga la vida eterna”¹²⁹.

El hombre es capaz, viviendo y actuando “en la línea del plan original del Creador”, como dice la *Laborem exercens*¹³⁰ de construir una cultura donde el amor y la misericordia sean su referente inspirador y cambien progresivamente todo desde la óptica de Dios. Encontramos

¹²⁴ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 356 y 358.

¹²⁵ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 357.

¹²⁶ Cf. J.L. RUÍZ DE LA PEÑA, *Antropología teológica fundamental*, Sal Terrae, Santander 1988, 24.

¹²⁷ Cf. P. FERNÁNDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op. cit., 190-191.

¹²⁸ Cf. P. FERNÁNDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op. cit., 197.

¹²⁹ Cf. Jn 3, 16. Cf. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis* n° 10, op. cit.

¹³⁰ JUAN PABLO II, *Laborem exercens : El trabajo humano* n°4, Ediciones Paulinas, Madrid 1981.

en las enseñanzas del Vaticano II que: “la actividad humana, así como procede del hombre, así también se ordena al hombre. Pues el hombre, cuando actúa, no sólo cambia las cosas y la sociedad, sino que también se perfecciona a sí mismo”¹³¹.

Los creyentes, entonces, tienen la certeza de que tanto la actividad individual como colectiva pueden mejorar las condiciones de vida para toda la humanidad; el hombre que ha sido creado a imagen de Dios y ha recibido de él el mandato de hacer posible en el mundo la justicia, el amor misericordioso y por lo tanto la santidad¹³², sabe que se encuentra en la línea de lo que Dios quiere una sociedad donde los más débiles, marginados y despreciados de ella son considerados personas gratas porque son los que más claramente nos reflejan el rostro de Jesús: porque cada cosa que hicieréis por uno de estos, a mí me lo hacéis (cf. Mt 25,40).

Ahora bien, Dios ha creado al hombre no para vivir solo y aislado, sino para que formara una familia; el hombre es un ser comunitario. Solo puede llegar a ser hombre gracias al grupo que le acoge y le ama como es¹³³. Dios con su misericordia y compasión le ha dado la oportunidad de participar en su plan de salvación; el hombre puede libremente recibir la gracia que Dios le ofrece, su don de salvación gratuito que le ayudará a “reformular” su imagen deformada, por el pecado; o puede decir no y negarse a participar y aceptar su plan.

Al final de los tiempos, la imagen de Dios que tiene cada ser humano, sólo si él lo quiere, será plenamente “transformada” a semejanza de Cristo; “sabemos que cuando él se manifieste seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es” (1 Jn 3,2).

3.1.1. El misterio del hombre iluminado desde el misterio de la encarnación

Dice la *Gaudium et spes*¹³⁴ que el misterio del hombre sólo puede esclarecerse, al propio hombre, en el misterio del Verbo encarnado. Jesucristo, el Hijo de Dios, a través de su encarnación “se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre”¹³⁵. Es importante, pues, tener presente que la encarnación es un acto de amor y de misericordia de Dios con el género humano; que el misterio del ser humano recibirá luz y claridad del misterio de la

¹³¹ GS n° 35.

¹³² GS n° 34.

¹³³ Cf. GS n° 33.

¹³⁴ GS n° 22.

¹³⁵ GS n° 22.

encarnación; y que el hombre que busca conocerse y comprenderse a sí mismo deberá desde su limitación, su vida y muerte, aproximarse a la persona de Jesucristo ya que solo él es capaz de revelar el hombre al mismo hombre, en el misterio de la redención¹³⁶.

La encarnación, nos revela también la manera de amar de Dios, nos ayuda a conocer su forma de acercarse y de expresar su misericordia con nuestra condición humana caída: “revelada en Cristo, la verdad acerca de Dios como “Padre de la misericordia”, nos permite “verlo” especialmente cercano al hombre, sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad”¹³⁷. El amor de Dios por su criatura tiene una serie de características que lo hacen particular: “engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad”¹³⁸.

Dios en la encarnación engendra al Hijo que es hombre verdadero y Dios verdadero como lo define el Concilio de Calcedonia (año 451)¹³⁹. Jesucristo es imagen visible de Dios invisible (Col 1,15); él es considerado modelo de referencia ya que es el hombre perfecto; él nos ha restituido la semejanza divina que fue deformada por el pecado¹⁴⁰. Jesucristo también, en su ser y en su vida, hace visible la misericordia de Dios, es el rostro cercano de su misericordia. En este misterio de la encarnación, el Creador se hace criatura sin hacer alarde de su categoría de Dios (cf. Flp 2,6), al contrario se despoja de su grandeza (cf. Flp 2,7). En la encarnación, el amor de Dios Padre desciende haciéndose concreto en la humanidad, engendrando y enviando al Hijo (cf. Jn 13,1); recrea desde su amor todas las cosas haciéndolas nuevas por la fuerza y sabiduría del Espíritu (Rm 5,5); de esta manera, el amor y la misericordia del Dios trino nos redimen¹⁴¹. La encarnación hace patente la presencia y acción trinitaria en el amor y la gracia dentro del mundo, hacen palpable la misericordia y la compasión por el género humano.

¹³⁶ Cf. GS n° 22.

¹³⁷ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n°2, op.cit.

¹³⁸ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* n°6, Palabra, Madrid 2005.

¹³⁹ “Hay que confesar a un solo y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: perfecto en la divinidad, y perfecto en la humanidad; verdaderamente Dios, y verdaderamente hombre < compuesto > de alma racional y cuerpo; consustancial con el Padre según la divinidad, y consustancial con nosotros según su humanidad, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado (Heb 4,5); engendrado del Padre antes de los siglos según su divinidad, y en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, la madre de Dios, según la humanidad” H. DENZINGER, P. HÜNERMANN, *El magisterio de la Iglesia*, op.cit., n° 301. 162-163.

¹⁴⁰ Cf. GS n° 22.

¹⁴¹ Cf. BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* n° 5, Palabra, Madrid 2009.

Es en la encarnación, por la misericordia de Dios, donde el hombre recupera la dignidad y el valor propio de su humanidad. Debe entrar en Cristo con todo su ser, tratando de asimilar y re-enfocar su vida desde toda la realidad de la encarnación y de la redención para poder encontrarse a sí mismo en profundidad y verdad. En Jesucristo, este hondo proceso dará sus frutos, no sólo de adoración a Dios, sino también de maravilla de sí mismo¹⁴².

Antropología y Cristología son por este misterio de la encarnación inseparables. Cristo no es sólo un modelo para la existencia humana y un ejemplo de cómo se debe vivir según el plan de Dios, sino que unido a todo hombre toca en su interior la raíz de su propia existencia, transformándole desde lo más profundo de sí mismo, desde el interior. Nos ayuda a abrir el individualismo mediante una comunicación que nos construye como personas; y nos ayuda a ver que trabajando con otros es posible construir una cultura alternativa de misericordia y amor.

La Constitución *Gaudium et Spes* nos dice que “Cristo, el nuevo Adán, manifiesta plenamente al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” y esto lo hace “en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor”¹⁴³. Según esto, la dignidad del hombre no puede tener lugar sin la referencia total de su existencia a Dios. El hombre y su vocación suprema se desvelan en Cristo mediante la revelación del misterio del Padre y de su amor. Siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II y teniendo en cuenta las necesidades de los tiempos, Juan Pablo II dedicó su encíclica *Redemptor Hominis* a la verdad sobre el hombre, verdad que nos es revelada en Cristo, en toda su plenitud y profundidad. Luego, más adelante intenta descubrir en el rostro de Jesucristo el rostro del Padre, que es “misericordioso y Dios de todo consuelo” (2 Cor 1,3).

3.1.2. El hombre ante el proyecto misericordioso de salvación de Dios

A diferencia de los otros seres de la creación, el ser humano tiene intelecto, como decía Boecio en la definición que hace del término persona “es sustancia individual de naturaleza racional”¹⁴⁴. A lo largo de su vida el mismo hombre es el que realiza las decisiones orientando su vida y su trabajo. Como ya dijimos anteriormente, el hombre es libre para elegir y realizar el proyecto misericordioso de salvación que Dios le propone, o tomar otros

¹⁴² Cf. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, n° 10, op.cit.

¹⁴³ GS n° 22.

¹⁴⁴ S. BOECIO, *Sobre la persona y las dos naturalezas*, (Introd. CLEMENTE FERNÁNDEZ) BAC, Madrid, 1979, 557.

derroteros lejos de él. De todos los seres de la creación solamente el hombre es el único capaz de tener una relación personal con su Creador y trabajar colaborando con él en su proyecto de salvación.

El ser humano al trabajar en el proyecto de Dios al mismo tiempo se constituye y madura como persona. La Iglesia ha hallado en el libro del Génesis una fuente certera que asegura que el trabajo constituye una dimensión esencial para la vida del hombre sobre la tierra: “ (...) haciéndose mediante su trabajo cada vez más dueño de la tierra y confirmando todavía mediante el trabajo su dominio sobre el mundo visible, el hombre en cada caso y en cada fase de este proceso se coloca en la línea del plan original del Creador”¹⁴⁵. El hombre es colaborador del plan de Dios: un plan que le salva y restaura, aunque teniendo siempre en cuenta que, solo Dios crea y el hombre hace; esta es una frase de Ireneo de Lyon: “*Deus facit; homo autem fit*”¹⁴⁶.

¿Cómo el hombre puede trabajar en el proyecto misericordioso de salvación de Dios? Para responder a esta pregunta primero conviene aclarar qué entendemos por salvación: “Solemos entender por salvación *el rescate* de una situación adversa que afecta a los aspectos fundamentales de la existencia humana”¹⁴⁷. Ya vimos cómo el pecado del hombre alteró la *imago Dei* del primer Adán, y cómo Jesucristo (el segundo Adán) ha venido a restaurar esa imagen desdibujada y alterada por el pecado con su propia *imago Christi*.

Jesús vino a renovar la imagen de Dios en nosotros, lo que nos permite ser personas santas. Por lo tanto, el proyecto de salvación del Padre es un proyecto de misericordia que nos capacita (por ser hijos adoptivos) a colaborar con Cristo en la restauración de la *imago Dei*, en nosotros y en toda la humanidad, mediante la vivencia del amor, la compasión y la misericordia.

Es solamente la fuerza del amor y la misericordia de Dios en Cristo y en nosotros la que es capaz de restaurar, salvar, redimir, hacer nuevo todo y reestructurarlo en Dios. De esta manera, en la medida que participemos de su amor, participaremos en su proyecto salvador: “por lo que se refiere a los colaboradores que desempeñan en la práctica el servicio de la caridad en la Iglesia, no han de inspirarse en los esquemas que pretenden mejorar el mundo

¹⁴⁵ JUAN PABLO II, *Laborem exercens* nº4, op. cit.

¹⁴⁶ IRENEO DE LYON, *AH* IV,11, 2. Cf. J. PRADES LÓPEZ, *Dios ha salvado la distancia*, Ed. Encuentro, Madrid 2003, 85.

¹⁴⁷ R. BERZOSA, “Salvación” en *Diccionario de Teología*, C. IZQUIERDO (dir), EUNSA, Pamplona 2006, 903.

siguiendo una ideología, sino dejarse guiar por la fe que actúa por el amor (cf. *Ga* 5,6). Han de ser, pues, personas movidas ante todo por el amor de Cristo, personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo”¹⁴⁸. El cristiano conformándose, por lo tanto, en la imagen del Hijo, Primogénito de toda criatura, va recibiendo primero las fuerzas y la unción del Espíritu (Rom 8,23) que le restauran y capacitan, y de esta manera ir viviendo de acuerdo con la ley nueva del amor del Padre, la única capaz de salvarnos y salvar. El Papa Francisco nos pide, para el Año Santo de la Misericordia, participar del proyecto de salvación de Dios, que es un proyecto de misericordia:

El primer paso es día tras día, dejarnos tocar por la compasión de Dios y así también nosotros llegaremos a ser compasivos con todos. Realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven miserablemente en las contradictorias periferias existenciales¹⁴⁹; el segundo paso es abrir nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y escuchar su grito de auxilio (...) curar las heridas, aliviarlas con el óleo de la consolación, vendarlas con la misericordia con la solidaridad y la debida atención¹⁵⁰; y un tercer y un último paso sería, dejar que nuestras manos estrechen las manos de los míseros para que sientan el calor de nuestra cercanía, de nuestra amistad y nuestra fraternidad; que su grito se vuelva nuestro grito y justos hacer posible que se rompa la barrera de la indiferencia y el egoísmo¹⁵¹.

Este plan de misericordia es el proyecto restaurador y salvador de Dios, por lo tanto, no puede haber salvación sin amor y sin misericordia. El amor de Dios y su misericordia es la manera que tiene Dios de salvar, además, a través de su Hijo Jesucristo nos hace capaces de entrar como colaboradores en su proyecto. Estamos llamados por Dios a tener presente en nuestras vidas la misericordia, para poder ser signos vivos del amor compasivo al estilo de Padre y del mismo Jesucristo; de esta manera viviremos, casi sin darnos cuenta en el día a día haciendo posible la salvación a través de su misericordia, ya que: “siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, serenidad y de

¹⁴⁸ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* n° 33, op. cit.

¹⁴⁹ Cf. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 32, op. cit.

¹⁵⁰ Cf. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 15, op. cit.

¹⁵¹ Cf. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 15, op. cit.

paz. Es condición para nuestra salvación”¹⁵². Seremos de esta manera, al estilo de Jesús, rostros visibles de su misericordia y salvación.

3.2. ¿QUIÉN ES CULPABLE DEL SUFRIMIENTO DEL INOCENTE?

Dice la Sagrada Escritura en el libro del Génesis, que cuando Dios creó el mundo “vio que todo era bueno” (cf. Gn 1,31). Dios creó todo por amor como no podría ser de otra manera, ya que él es amor. Ahora bien, si Dios es bondad suprema y todo lo hizo bien; entonces ¿de dónde proviene el mal? En la historia del pensamiento existen tres maneras de concebir el mal: el mal visto como una realidad divina o quasi-divina que trasciende todas las cosas del mundo creado; el mal como naturaleza; y el mal como voluntad.

El mal en el cristianismo no es divino ni tampoco quasi-divino, no trasciende el mundo, y no es coeterno con Dios generando una división entre el bien y mal como fuerzas opuestas en el mundo. Todo lo que ha sido creado por Dios tiene un único principio, origen y fundamento en el amor sin mancha de Dios¹⁵³. Creemos que es importante, antes de continuar, aclarar lo qué entendemos por *mal*: lo primero que podemos decir es que *el mal* y *lo malo* no puede sustantivarse, *el mal* es algo valorativo o relacional. Aristóteles negaba que *el mal* existiera entre las realidades eternas¹⁵⁴.

Para Plotino *el mal* no está presente en lo que es ni en lo que está más allá del ser, solo está presente en las realidades materiales porque estas están mezcladas con el no-ser¹⁵⁵. A nivel teológico, Orígenes decía que no podemos pensar ni por un momento que *el mal* provenga de Dios, ni que *el mal* tiene una subsistencia propia (*hypostasis*); Orígenes afirmaba que *el mal* no existe como si fuese un ser vivo, nunca aparece ante nosotros como una substancia¹⁵⁶. Para el cristianismo Dios es enemigo del mal.

Para San Agustín admitir la existencia del *mal* era admitir el dualismo maniqueo; por lo tanto, para él el mal no tiene entidad ontológica respecto a Dios, no tiene otro rango que el de la privación del bien “*privatio boni*”; es la ausencia de lo que debería ser. Por lo tanto,

¹⁵² FRANCISCO, *Misericordiae vultus* nº2, op. cit.

¹⁵³ Cf. P. FERNANDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op. cit., 218-219.

¹⁵⁴ ARISTÓTELES, *Met.* VIII, 9, 1051 a. en J-Y LACOSTE, *Diccionario crítico de Teología*, AKAL, Madrid 2007, 732.

¹⁵⁵ Cf. PLOTINO, *EN.* I, VIII, 3, en J-Y LACOSTE, *Diccionario crítico de Teología*, AKAL, Madrid 2007, 732.

¹⁵⁶ Cf. ORÍGENES, *De princ.* 11, 9, 2, en J-Y LACOSTE, *Diccionario crítico de Teología*, AKAL, Madrid 2007, 732.

Dios no es su causa¹⁵⁷, el mal no es querido por Dios. San Agustín expresa con gran claridad su experiencia del *mal* en él y cómo Dios permanece fiel a su lado con un amor incondicional y con gran misericordia: “(...) entretanto, vuestra misericordia, fiel siempre conmigo, andaba como volando alrededor de mí, aunque a lo lejos, porque estando yo entregado a tantas maldades y siguiendo los impulsos de mi sacrílega curiosidad, que, alejándome de Vos, me conducía y llevaba a cometer innumerables bajezas y perfidias (...) Vos, Señor, infinitamente misericordioso, disponíais que en todos mis desórdenes hallase mi castigo”¹⁵⁸. Queremos dejar claro, que Agustín no niega la existencia del mal, lo que niega es su soporte óntico. No es un ser.

Santo Tomás de Aquino retoma y profundiza lo dicho por Agustín de Hipona: el mal no es una esencia o naturaleza, ni una forma, ni un ser: el mal es una ausencia de ser; no es una simple ausencia o negación, sino una privación: la privación de un bien que debería existir en una cosa¹⁵⁹. El mal para Santo Tomás existe realmente como si fuese una herida o un impedimento o mutilación del ser; para el Aquinate el mal aparece cada vez que una cosa es privada de algún ser o de algún bien que debería tener. Para Santo Tomás “*el mal* existe en *el bien*, de otro modo, el sujeto o portador del *mal* es bueno en cuanto tiene el ser en él. Y el mal actúa por *el bien*, puesto que *el mal*, siendo en sí mismo privación o no-ser, no tiene causalidad propia. *El mal*, pues, es eficaz pero no por sí mismo, sino por *el bien* que hiere y del cual es parásito, por *el bien* deficiente o desviado, cuya acción, por tanto, es viciada”¹⁶⁰. De esta manera, cuanto más poderoso es el bien así de poderoso será *el mal*, no en virtud de sí mismo sino en virtud de ese bien.

Ahora bien, no es conveniente desvincular *el bien* y *el mal* de la persona, de su anclaje óntico, atribuyendo a ambos la misma importancia y simetría; *el mal* es predicado, mientras que el bien es un sustantivo. *El bien*, por lo tanto, coincide con el ser porque procede de Dios mismo. Por otro lado, la realidad no es neutra, sino que está tocada por la bondad debido a su condición de criatura creada por la divinidad: “y vio Dios que todo era bueno” (Gn 1,31). El mal no es el mundo (según Agustín) ni la materia, ni la carne; no tiene corporalidad física. “La naturaleza no es neutra, está transida por la bondad de su condición

¹⁵⁷ AGUSTÍN DE HIPONA, *Las confesiones*, III, 7, 12, op. cit.

¹⁵⁸ AGUSTÍN DE HIPONA, *Las confesiones*, I. III, c. III, nº 5, op. cit.

¹⁵⁹ Cf. TOMAS DE AQUINO, *S. the.* I, q. 48. a. 1. en J-Y LACOSTE, *Diccionario crítico de Teología*, AKAL, Madrid 2007, 732.

¹⁶⁰ J. MARITAIN, “Santo Tomás de Aquino y el problema del mal”, conferencia 1944, Milwaukee USA.

de criatura; la naturaleza es radicalmente buena y que el mal “carece” de naturaleza”¹⁶¹. De esta manera, la persona que no es capaz de vivir la misericordia y el amor, tiene ausencia del bien de la misericordia, la persona es así porque ella misma lo quiere y ha lo decidido así.

3.2.1. El sin sentido del pecado

La cultura hebrea no tiene ningún término específico para “pecado”, sino que utiliza distintas terminologías tomadas de la vida ordinaria del pueblo y de las relaciones humanas, por ejemplo: tropiezo, odio, injusticia, maldad... etc. De todas maneras el término *jataah*= *pecado*, *culpa* aparece 293 veces en el AT¹⁶². En el Nuevo Testamento el término *hamartia* indica no solamente el acto pecaminoso del hombre, sino que incluye al mismo tiempo su condición, también está presente la idea de salvación del pecado realizada por Cristo y ofrecida a toda la humanidad¹⁶³.

La vida personal y social, así como el actuar humano en el mundo están siempre asechados por el pecado, pero Jesucristo, “padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y además, abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido”¹⁶⁴. En teología no puede separarse la esencia del pecado de la dimensión antropológica del hombre; la relación existente entre el pecado y la persona aborda de forma especial su conciencia de pecado. El pecado en última instancia siempre constituye una ofensa contra Dios y sus mandamientos, los cuales no van solo concebidos como obligaciones con el Señor, sino también para con el prójimo y con nosotros mismos.

Los pecados del hombre en su devenir histórico no son más que la repetición de un primer pecado, que está en el origen y raíz de todos los demás ¹⁶⁵. Sin embargo, a pesar de todo, el pecado es el acto humano que paradójicamente más nos acerca a la manera de amar de Dios: a su misericordia y compasión: “del perdón de las ofensas deviene la expresión más evidente del amor misericordioso”¹⁶⁶. Expresa muy claramente toda esta vivencia de amor misericordioso de Dios para con sus criaturas lo que pregonamos en el *Exultet* o Pregón

¹⁶¹ P. FERNANDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op. cit., 220-221.

¹⁶² A. ROPERO “pecado” en A.ROPERO BERDOZA (ed), *Gran Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Clie, Barcelona 2013, 1915.

¹⁶³ Cf. T. ROSSI, “Pecado” en *Diccionario Teológico Enciclopédico*, Verbo Divino, Estella 1995, 750. Cf. P. FERNANDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op. cit., 231.

¹⁶⁴ GS n° 22.

¹⁶⁵ Cf. A. ROPERO, “Pecado” en A. ROPERO BERDOZA (ed), *Gran Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, op. cit., 1917.

¹⁶⁶ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 9, op. cit.

Pascual: “Necesario fue el pecado de Adán, / que ha sido borrado por la muerte de Cristo./ ¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!”¹⁶⁷.

Según el Diccionario Teológico del Nuevo Testamento, “el concepto de pecado designa el múltiple fenómeno de los yerros humanos, que llegan desde la más insignificante trasgresión de un mandato hasta la ruina de toda la existencia”¹⁶⁸. Es pues el pecado un acto humano, estructuralmente desordenado, que nos aleja de la relación con Dios (con los otros y con nosotros mismos) y de su plan de salvación misericordiosa; expresa, por lo tanto, voluntariedad e intención deliberada.

Existe diferencia entre pecado original (muy discutido actualmente) y pecado actual; pecado material (considerado en su objeto) y pecado formal (considerado en la conciencia que tiene la persona de haberlo o no cometido), entre pecado venial, mortal y de muerte, entre pecado individual y social; entre pecado de comisión y de omisión; entre pecado contra Dios, contra uno mismo y contra el prójimo; entre pecados de pensamiento, palabra y obra; entre pecado espiritual y carnal¹⁶⁹. Como ya hemos visto, el pecado y el mal no tienen su origen en Dios, que todo lo creó es bueno: “el hombre, al examinar su corazón, se descubre también inclinado al mal e inmerso en muchos males que no pueden proceder de su Creador, que es bueno (...) de ahí que el hombre está dividido en su interior.

Por esto, toda la vida humana, singular o colectiva, aparece como una lucha entre el bien y el mal”¹⁷⁰. Adán y Eva fueron creados buenos, en esta primera pareja no se encuentra el origen del mal, ni tampoco el mal tiene una causa externa en forma de serpiente, que más tarde se denominó demonio (Gn 3).

El llamado *pecado original* “no es llamado pecado en sentido estricto, sino pecado en sentido análogo. Es un pecado contraído, no cometido, es un estado y no un acto”¹⁷¹. El pecado más bien tiene su origen en el acto de idolatría del ser humano, acto por el cual la

¹⁶⁷ *Misal Romano*, “Himno Exsultet de la Vigilia pascual”, Libros litúrgicos Conferencia Episcopal Española, op.cit.

¹⁶⁸ L. COENEN “Pecado” en L. COENEN-E. BEYREUTHER-H. BIETENHARD (eds), *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, I v., Sígueme, Salamanca 1998-1999, 214.

¹⁶⁹ Cf. T. ROSSI, “Pecado” en *Diccionario Teológico Enciclopédico*, verbo Divino, Estella 1995, 750. Cf. P. FERNANDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op. cit., 231.

¹⁷⁰ GS n°13.

¹⁷¹ P. FERNANDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op. cit. 233.

criatura usurpa lo que no es suyo y se pervierte reconociéndose como ser superior¹⁷². El pecado es pecado porque daña al hombre y a su mundo, por esto Dios lo rechaza ya que “quien ultraja a la criatura ultraja al Creador” (Prov 14,31). El pecado rompe la armonía de amor entre Dios y su criatura, quiebra su proyecto y hace que surja desde el amor de Dios su compasión y misericordia ante la debilidad y el pecado de sus criaturas.

3.2.4. La misericordia como gracia que redime desvíos y conduce a Dios

En antagonismo con la posibilidad del mal y toda la realidad del pecado, está la posibilidad que Dios nos brinda de salvación y del don gratuito de su gracia (*kharis*), “la gracia no es sino el amor de Dios manifestado en Cristo de forma incondicional e insuperable”¹⁷³. Por lo tanto, la reacción de Dios ante el pecado de su criatura, es de compasión y misericordia, su plan de rescate surge desde su amor.

La gracia, en hebreo *jesed*= *bondad, benevolencia*, aparece 245 veces en el AT. Es el primer término importante referido al trato de Dios con el mundo, se refiere tanto al ámbito de la creación como al de la historia de la salvación, donde el hombre caído es elevado por su amor misericordioso a la condición de hijo de Dios. Gracia en el AT proviene de la raíz hebrea *janán*= *doblarse, inclinarse* en bondad hacia alguien que inspira compasión: “Que Yahvé haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia” (Nm 6,25)¹⁷⁴. La inclinación divina a elegir a alguien sin que este lo merezca: “ (...) ahí tienes un sitio junto a mí, pides ponerte sobre la roca; cuando pase mi gloria, te meteré en una hendidura de la roca y te cubriré con la palma de mi mano” (Éx 33,21).

El termino gracia en el NT (*kharis*) no aparece en los evangelios de Marcos ni de Mateo, sin embargo, su contenido está presente en la manera como Dios es condescendiente con los más débiles (cf. Mt 11,5; Lc 4,18-19). Las acciones de Jesús no se dirigen a los poderosos sino a los débiles, ciegos, cojos, leprosos, sordos, cautivos, muertos y pobres. “No he venido a llamar a *los justos, sino a los pecadores* (...) Porque el Hijo del Hombre *ha venido* a salvar lo que se había perdido” (Mc 2,17).

El sentido último que Dios ha dado a su creación y que recoge el cristianismo es el

¹⁷² Cf. A. ROPERO, “Pecado” en A. ROPERO BERDOZA (ed), *Gran Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, op. cit., 1918.

¹⁷³ P. FERNANDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op. cit., 247.

¹⁷⁴ Cf. A. ROPERO, “Gracia” en A. ROPERO BERDOZA (ed), *Gran Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, op. cit., 1051.

acontecimiento de Jesucristo. Dios combate el mal de la creación desde lo que acontece en su Hijo, desde su vida entera, pero en concreto, su pasión, muerte y resurrección. Jesús nos enseña a ser misericordiosos según el ejemplo de su Padre (cf. Lc 6,36)¹⁷⁵, siente al igual que su Padre compasión hacia los débiles y pecadores reflejando en sus actos misericordiosos el amor compasivo de Dios (cf. Lc 7,36; Lc 19,1-10). Todo esto lo veremos con detenimiento en el capítulo IV; en este punto nos centraremos en cómo Dios se solidariza con el lado oscuro del ser humano y de su pueblo, cómo desde su amor compasivo y misericordioso idea en Jesucristo su plan de gracia y salvación.

“El mismo Dios vino a liberar y fortalecer al hombre, renovándolo interiormente y arrojando fuera al príncipe de este mundo (cf. Jn 12,31), que lo retenía en la esclavitud del pecado”¹⁷⁶; el pecado hace que el hombre se vea impedido de llegar a su propia plenitud, por lo tanto le disminuye. Mediante el don gratuito de la gracia de Dios, la creación entera se verá liberada de la esclavitud, esperando su liberación toda la creación está expectante y gimiendo con dolores de parto (cf. Rom 8,18-22).

Podemos decir desde la dimensión antropológica, que la creación entera es obra de la gracia y, consecuentemente ella misma es gracia. De esta manera, no habría diferenciación entre creación y gracia; por lo tanto, podemos concluir que la acción creadora de Dios es una con su acción salvadora: Dios crea y Dios en Jesucristo y el Espíritu re-crea. Como ya dijimos, Dios crea el mundo por amor, Dios crea por la donación de sí mismo a lo distinto de sí. Si él es en sí mismo Trinidad de amor activo en relación perfecta que supera todos los límites de la unidad, podemos afirmar que Dios mismo es Gracia por antonomasia, “*Gracia increada*”¹⁷⁷. Santo Tomás afirma en sus escritos que la gracia “significa el amor que se siente hacia alguien. Y así se dice de un soldado tiene la gracia del rey, esto es, que el rey lo encuentra grato”¹⁷⁸.

Dios ama profundamente a sus criaturas, lo distinto de sí, dándose plenamente en la creación a aquello que ama “no hay otro fundamento para la creación fuera del amor constituyente de Dios”¹⁷⁹. De la misma manera, por medio del don de su gracia, Dios salva al género humano

¹⁷⁵ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 131.

¹⁷⁶ GS nº 13.

¹⁷⁷ Cf. P. FERNANDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op. cit., 248.

¹⁷⁸ TOMAS DE AQUINO, *S.th.*, I-II, q.110, a. 1. Cf. P. FERNANDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op.cit., 248.

¹⁷⁹ P. FERNANDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op. cit., 249.

mediante su amor compasivo, levantándole desde su condición racional sobre su condición natural y la hace partícipe del bien divino.

Se podría decir que la gracia de Dios es el amor en exceso de Dios por sus criaturas, un amor que se compromete por su bien y plenitud hasta el final. “La medida del amor de Dios es carecer de medida (Rom 5,15-21)”¹⁸⁰. La salvación de Dios es producto de este amor sin medida que se acerca al hombre con misericordia y compasión haciendo posible su transformación.

¹⁸⁰ P. FERNANDEZ CASTELAO, “Antropología Teológica”, op. cit., 250.

CAPÍTULO IV

JESÚS NOS MUESTRA AL PADRE MISERICORDIOSO

El misterio de la fe cristiana ha encontrado su síntesis en la misericordia. Ésta se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret; él es el lugar concreto de la revelación y es el rostro cercano de la misericordia del Padre ¹⁸¹.

Nuestro Dios, después de haberse revelado a Moisés como un Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en piedad (cf. Éx 34,6), ha seguido dándose a conocer de diferentes modos a través de la historia de la salvación y “cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer” (Ga 4,4) para revelarnos de manera definitiva su amor¹⁸². Dios enseñó a andar a su pueblo y lo acompañó en el camino que le señalaba, aunque tuvo muchas veces Dios que reconocer: “no han comprendido que era yo quien los cuidaba. Con cuerdas de ternura, con lazos de amor, los atraía; fui para ellos como quien alza a un niño hasta sus mejillas y se inclina hasta él para darle de comer” (Os 11,3-4). Es propio de Dios amar con misericordia y a través de esta actitud compasiva manifiesta con claridad su omnipotencia; la misericordia no expresa debilidad, sino todo lo contrario, da a conocer el poder y la grandeza de Dios¹⁸³.

Dice González de Cardedal que la cristología “es el tratado teológico que da cuenta y razón de la confesión de fe: “Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios” (Mt 16,16; Jn 20,31; 1 Jn 2,22; Hch 9,22) mediante la narración de los hechos de su vida particular (*facta*) y la proposición de su verdad universal (*logos*)”¹⁸⁴. Jesús acerca en todo momento el corazón compasivo y amoroso de su Padre, lo refleja con claridad en la totalidad de su vida, palabras, gestos y en toda su persona¹⁸⁵. Jesucristo en todo revela la misericordia de Dios¹⁸⁶.

4.1. EL CENTRO DEL MENSAJE DE JESÚS EN EL NUEVO TESTAMENTO

¿Cuál es el centro del mensaje que Jesucristo ha venido a traernos? Para conocer el centro de su mensaje acudimos al texto evangélico donde Jesús da a conocer cuál es la misión a la que se siente llamado y que su Padre le ha encomendado:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena

¹⁸¹ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* nº 1, op. cit.

¹⁸² FRANCISCO, *Misericordiae vultus* nº 1, op. cit.

¹⁸³ TOMAS DE AQUINO, *S.th.* II-II, q.30, a. 4. Cf. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* nº 6, op.cit.

¹⁸⁴ O.GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, BAC, Madrid 2001, 3-4.

¹⁸⁵ Cf. DV nº4.

¹⁸⁶ Cf. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* nº 1, op. cit.

*noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos, a libertar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor*¹⁸⁷.

Jesús nos dice que ha sido ungido por el Espíritu para anunciar (como rey, profeta y sacerdote) la Buena Noticia de que los más pobres serán liberados de todo lo que les quita dignidad; que verán los que están en la oscuridad; serán libres los cautivos y se proclamará el año de gracia del Señor (donde el perdón de las deudas y la reconciliación se hacen necesarias para comenzar de nuevo). Jesús, de esta manera, será el rostro visible del amor compasivo del Padre y su misericordia será una actitud permanente en su vida, haciendo visible las buenas noticias del Reino comenzando su misión desde los más necesitados de la sociedad. El centro del mensaje de Jesús en el NT es la salvación que llega a todos desde la misericordia y la compasión de Dios. Este es el centro de su misión: la salvación por la misericordia.

Jesús refleja en su vida de forma coherente lo que predicó en la sinagoga de Nazaret, poniéndose siempre de parte de los más pobres y despreciados de su tiempo, devolviéndoles la dignidad y recordándoles que son hijos de Dios. Todo esto lo hace un Jesús que es Dios verdadero y hombre verdadero, aceptando las consecuencias de sus actos. Jesucristo es elegido por Dios Padre para ser el artífice principal de su plan de salvación con el género humano. Él es el hombre-Dios (Dios con nosotros)¹⁸⁸; es el Jesús histórico (eje histórico) y el Cristo de la fe, el kerigmático (eje ontológico); Jesús de Nazaret es el Cristo, el Hijo de Dios¹⁸⁹; el “perfecto en la divinidad y perfecto en la humanidad, un solo y mismo Hijo y Señor”¹⁹⁰. De esta manera, la misericordia que Jesús, el Hijo de Dios, nos revela, teniendo en cuenta todo lo anterior, “es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro”¹⁹¹. Jesucristo es el mismo amor de Dios compasivo que salva y sana; es el Dios

¹⁸⁷ Lc 4, 18-19.

¹⁸⁸ Cf. G. Uríbarri Bilbao, “Cristología-Soteriología-Mariología”, op. cit., 282. En el Concilio de **Nicea** (325). Se discute sobre la divinidad del Hijo de Dios, frente a la postura de Arrio (subordinacionismo), se subraya la consustancialidad del Padre y del Hijo (homousios), por lo tanto, se afirma la divinidad de Jesucristo. En el Concilio de **Constantinopla I** (381) se subraya la divinidad del Espíritu Santo y la humanidad de Jesucristo. Se completa el Credo de Nicea. En el Concilio de **Éfeso** (431) se discute sobre la unidad de la persona de Jesucristo. Se afirma que María es la *theotókos* (Madre de Dios). Finalmente en el Concilio de Calcedonia (451), se reafirmaron las dos naturalezas de Jesucristo -humana y divina- y la unidad de su persona.

Hay algo importante en la ontología de Jesús queremos destacar, nos referimos a que existe una asimetría ontológica en Jesucristo de las que muy pocas veces se habla, una “asimetría entre divinidad (persona divina) y humanidad, (una naturaleza humana íntegra asumida por la persona divina) en la persona de Cristo según el dogma cristológico Podemos decir que en la persona de Jesucristo existe mayor peso de la divinidad.

¹⁸⁹ G. URÍBARRI BILBAO, “Cristología-Soteriología-Mariología”, en A. CORDOVILLA PÉREZ (ed), *La lógica de la Fe*, Comillas, Madrid 2013, 279.

¹⁹⁰ H. DENZINGER-P. HÜNERMANN, *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona 2006, nº 301, 162.

¹⁹¹ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* nº 2, op. cit.

cercano pleno de compasión como lo es el Padre. Seguir a Jesucristo, no solamente es seguir sus pasos, sino que al mismo tiempo exige que continuemos su misión en el mundo (cf. Mc 3,14).

Tanto para Jesús como para su Padre nada humano les es indiferente, el hombre y sus necesidades pasan por encima: de los innumerables artículos de la ley, de la celebración del *Sabbat (Shabat)* y de la excesiva importancia al templo. Por su opción primordial por la dignidad y necesidades humanas sobre todo lo demás le vino a Jesús su condena a muerte. Jesús fue en su tiempo, y sigue siendo hoy, Buena Noticia para los débiles y empobrecidos que muchos desprecian, es misericordia y amor cercano, él es el rostro cercano de un Dios compasivo; ofrece a toda la humanidad una salvación que es evangelio y que comienza desde los de abajo, desde los más miserables de la sociedad: pecadores, pobres, enfermos, prostitutas, es decir, desde todos los necesitados de misericordia porque ellos nos precederán en el Reino de los Cielos; ya lo dijo Jesús: “os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevarán la delantera en el camino del reino de Dios” (cf. Mt 21,28-32).

Para comprender con profundidad y significación el texto de Lucas, que sintetiza de forma magistral -con referencia a Isaías¹⁹²- la misión de Jesús, necesitamos conocer quién fue Jesús y qué consecuencias trajo para él la misión que el Padre le encomendó, misión que proviene de su amor compasivo. En otro pasaje, Jesús especifica que no ha venido a llamar a la conversión a los justos sino a los pecadores (cf. Lc 5,31). Jesús ha venido entonces, para ser el rostro visible de la misericordia del Padre; en él la misericordia alcanza su momento más alto¹⁹³.

4.1.1. La revelación de Dios como Padre misericordioso en las parábolas

Jesús fue un maestro cercano a la gente del pueblo, su lenguaje se adaptó a los oyentes y seguidores que eran en su mayoría personas sencillas; es por esto, que hizo uso de un género literario bastante generalizado en oriente para enseñar el proyecto misericordioso del Padre: *las parábolas*; éstas eran narraciones conectadas a las costumbres y la realidad de su pueblo.

Jesús no crea este género, ya existía en Israel, podemos encontrar parábolas en algunos libros del AT: (Jc 9,8-15; 2 R 14,9). A través de estas narraciones comunica el mensaje y la persona de su Padre, “en las parábolas dedicadas a la misericordia, revela la naturaleza de

¹⁹² Is 61,1.

¹⁹³ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 9, op. cit.

Dios (...) que supera el rechazo con la compasión”¹⁹⁴. El mensaje que transmite Jesús en las parábolas muchas veces nos sorprende, ya que trastoca la ley y la norma de lo establecido en el sistema religioso judío: hay quien, cree estar *dentro*, y resulta que está *fuera*; y hay quien se cree *excluido*, y sin embargo está *dentro*. Dios tiene otra manera de ver, mira desde el amor y la compasión con una mirada misericordiosa que difiere algunas veces de lo establecido.

A través de las parábolas, Jesús va acercando a la gente que le escucha, la manera de ser y de actuar de Dios como Padre; utiliza imágenes de las relaciones familiares y de las costumbres de los hombres de la sociedad de su tiempo, para poder expresar de forma comprensible los valores del Reino y el perdón desde el amor gratuito del Padre: “en las parábolas dedicadas a la misericordia, Jesús revela la naturaleza de Dios como la de un Padre que jamás se da por vencido hasta que no se haya disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia”¹⁹⁵. Podemos destacar tres parábolas en este sentido, la del padre y los dos hijos; la de la oveja perdida; la de la moneda extraviada (cf. Lc 15,1-32), en estas parábolas Dios es presentado como una persona llena de alegría, y la expresa justamente cuando perdona. Además nos dicen cómo Dios Padre es un modelo a imitar en misericordia: “¿no deberías también tú tener compasión de tu compañero, como yo me compadecí de ti?” (Mt 18,33), Jesús concluye esta parábola diciendo, que de esta misma manera, nuestro Padre celestial hará con nosotros¹⁹⁶.

En la parábola del padre misericordioso, es el padre el que sale todas las tardes a esperar al hijo en el camino, justamente aquél hijo que ha derrochado su fortuna con prostitutas; cuando le ve venir corre hacia él, le abraza y celebra su vuelta con una fiesta (cf. Lc 15,11-32). En esta parábola Jesús acerca a la gente sencilla cómo es Dios Padre: lento en la cólera y rico en clemencia y compasivo (Sal 86,15). Jesús no solo da a conocer la actitud del Padre, sino que le hace contemplar su misericordia y asumirla como propio estilo de vida¹⁹⁷. No solo acerca la manera de obrar de su Padre, sino que al mismo tiempo, convierte *la misericordia* en criterio que nos ayuda a reconocer quiénes son sus verdaderos hijos: “estamos llamados a vivir en misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos

¹⁹⁴ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 9, op.cit.

¹⁹⁵ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n°9, op.cit.

¹⁹⁶ Cf. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n°9, op. cit.

¹⁹⁷ Cf. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n°13, op.cit.

ha aplicado misericordia”¹⁹⁸. También Jesús nos presenta la misericordia en otro tipo de textos, que no son parábolas, nos da a conocer un Dios que no se cansa de perdonar: “no te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete” (Mt 18,22).

En la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37), nos presenta una forma para poner en práctica el amor misericordioso, que como ya vimos anteriormente, aparece mencionada en el AT en el libro del Éxodo en el capítulo 3. Este modo que Jesús nos ofrece para hacer efectiva la misericordia es para él una actitud cotidiana: *ver*: “al llegar junto a él y verlo”; *tener compasión*: “sintió lástima, se acercó y le vendó las heridas”; y *acercarse, cuidarle*: “lo montó en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él”. De alguna manera en esta parábola Jesús nos hace ver la urgencia del mandato: id y aprended lo que significa misericordia quiero y no sacrificios (cf. Mt 9,13); de hecho termina la parábola del buen samaritano invitándonos con verbos imperativos: “*Vete y haz tú lo mismo*” (Lc 10,37). Jesús exige algo que él mismo hace y hace su Padre.

En las primeras comunidades, San Pablo alaba en los corintios su capacidad de misericordia y entrega, les pide además sobresalir también en generosidad que revelará la calidad de su amor: “(...) ya que sobresalís en todo: en la fe, en la palabra, en el conocimiento, en el empeño y en el cariño que nos tenéis, distinguíos también ahora por vuestra generosidad. No es que os lo mande; os hablo del empeño que ponen otros para comprobar si vuestro amor es genuino” (2 Cor 8,1-8). Pablo pone siempre de referencia a Jesús el Señor: “Porque ya sabéis lo generoso que fue nuestro Señor Jesucristo: siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza” (2 Cor 8,9). Jesús siempre es referente de entrega y de misericordia sin límite, al igual que su Padre, que ve, escucha la aflicción del pueblo, se deja conmover las entrañas y actúa a su favor (cf. Éx 3,7-11).

4.1.2. Jesús, Dios y hombre verdadero, anticipa en su persona el Reino del Padre

Jesús hace visible en sí mismo el proyecto del Padre: su Reino de paz, justicia y amor. Él predica y ofrece un Reino que pertenece a su Padre, que es un Dios poderoso y rico en amor y misericordia; es un Dios que está cerca de los débiles y sus pecados le conmueven y le llevan a la compasión por el pecador nunca por el pecado. Jesús nos acerca a la misericordia porque es el valor fundamental del Reino, el Reino del Padre que no es de este mundo porque tiene otros parámetros: los del amor de Dios.

¹⁹⁸ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 9, op.cit.

Jesús nos da a conocer a Dios como Padre misericordioso, porque es la manera que Dios tiene de amar, que le lleva hasta el amor extremo. Esta es también la manera de amar de Jesús, hasta el extremo, él es reflejo fiel del amor de su Padre. Jesús hace creíble la misericordia en su persona y en su vida, en sus palabras y obras, con su muerte y entrega voluntaria por nuestra salvación. Porque en él, al igual que en su Padre, *es eterna la misericordia* (cf. Sal 136). Sin la misericordia todo sería vano: todo sería “*campana que repica o unos platillos que hacen ruido (...) si no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe en el viento*” (1 Cor 13,1). El amor y la misericordia dan consistencia y son eje del proyecto de salvación de Dios.

Hay *señales* que son testigos fehacientes de que el Reino de Dios está entre nosotros, estas *señales* nos ayudan a discernir en qué parcelas de nuestra realidad está presente el Reino de Dios y en cuáles está ausente. Son sencillas y fáciles de ver: son las *señales* de la misericordia y de la compasión.

Jesús nunca explica exactamente en qué consiste el Reino de Dios, lo que hace es transmitir mediante ejemplos y comparaciones, un estilo de vida; sugerir con un lenguaje poético cómo actúa Dios y como sería el mundo si hubiera gente que viviera con los valores de su Reino; que a fin de cuentas da a conocer cómo es su propio estilo de vida: “El Hijo de Dios vino a este mundo, enviado por el Padre, con la fuerza del Espíritu Santo para realizar estos designios formando un pueblo "de su propiedad" que fuera una verdadera comunidad universal, fundada en el reconocimiento de su paternidad y su soberanía con un estilo de vida basado en la justicia, el amor y la misericordia”¹⁹⁹. Es un estilo de vida que se refleja en sus palabras, en su manera de hacer y de amar: “en los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes que llevan consigo el distintivo de la necesidad de misericordia. En Jesús todo habla de misericordia, nada en él es falta de compasión”²⁰⁰. Jesucristo sobresale por su manera de amar a todos, generando muchas veces rechazo e incomprensión, pero esta es la manera de ser y de amar al estilo del Reino de Dios.

Ahora bien, ¿cómo vive Jesucristo al estilo del Reino de Dios? Él es luz permanente que brilla delante de los hombres con valentía, alumbrando a los que están en la casa y fuera de ella

¹⁹⁹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA nº 37, *Constructores de la paz*, 20 Febrero 1986.

²⁰⁰ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* nº 8, op. cit.

desde el monte, con su estilo de vida (Mt 5,13-16); edifica su casa en la Roca, que son las manos de su Padre y cumple su voluntad (Mt. 5,24-27).

El Reino para Jesús es riqueza, un “*tesoro escondido en un campo*” (Mt 14,44) que vale la pena *buscar* y luego *comprar*. Es un Reino que viene y se realiza con un ritmo distinto a las cosas de este mundo, tiene el ritmo en proceso como el de una semilla enterrada bajo tierra (Mt 13,3-9; 18-23), que crece sin que la podamos ver ni controlar (Mc 4,26-29); el Reino que es como la levadura en la masa que la fermenta sin que sepamos muy bien cómo (Mt 13,33p); no es de este mundo (Jn 18,36) pero que ya ha llegado (Mt 12,28), está en medio de nosotros (Lc 17,21). Es el “ya pero todavía no”, que hace posible vivir vigilantes y en esperanza. El Reino de los cielos es anticipado por Jesús en su propia persona y en su propia vida.

4.2. EL JESÚS PRO-EXISTENTE

La pro-existencia de Jesús “el hombre para los demás”, tiene su origen en la antropología teológica de Karl Barth, que define así a Jesús al tratar de esclarecer las relaciones que él tiene con los demás hombres, en cuanto que se integran a la Alianza que Dios les ofrece²⁰¹.

Jesucristo es un hombre *para los demás*, es un hombre misericordioso, abierto a lo que los otros necesitan. La pro-existencia de Jesús refleja la pro-existencia misma de Dios, que de esta forma se manifiesta como el Dios solidario por antonomasia, solidario hasta extremo con el dolor y el pecado. Del Jesús pro-existente pasamos al Dios pro-existente, que también es pro-paciente, pro-muriendo. Jesús es existencia referida y pro-existente hasta el final para con todos; Jesucristo, Hijo de Dios, es una existencia filial y obediente hasta el final a la voluntad del Padre, es el hermano de todos los hombres, fue el hombre que vivió para los demás murió en lugar de ellos²⁰².

Esta categoría de pro-existente, va en contra de una aceptación de Dios que se limita a lo puramente intelectual, esta actitud de situarse únicamente en lo teórico no tiene nada que ver con el Dios de Jesucristo, ya que es un Dios “que hace justicia a los oprimidos, que da pan a los hambrientos, liberta a los cautivos, abre los ojos al ciego, endereza a los que ya se doblan, ama a los justos. El Señor que guarda a los peregrinos” (Sal 145,6.7.8-9^a).

²⁰¹ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Salamanca 2001, 469.

²⁰² Cf. K. BARTH, “Der Mensch für den anderen Menschen”, (*Die Kirchliche Dogmatik*, III, 2 *Die Lehre von der Schöpfung*, 242-263) Zürich 1948. Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, op.cit., 469.

Jesús nos pide ser de esta manera, como lo es su Padre misericordioso, pide que luchemos para que él sea todo en todas las cosas y así transformemos este mundo en hogar para todos, en un ámbito de libertad y de aceptación mutua entre todos.

H. Schürmann²⁰³ ha fundamentado exegéticamente y ha hecho de la categoría *pro-existente* una nueva comprensión de Cristo. De esta manera, la comprensión de la última cena y la muerte de Jesús, muestra una profunda conexión entre la pro-existencia de Dios, la Pro-existencia del Logos y la Pro-existencia de Jesús.

Jesucristo el pro-existente, el hombre para los demás, está dispuesto por obediencia y amor a ser fiel a su misión, a llegar hasta el extremo en el camino de la salvación de su pueblo y del mundo. En este sentido se identifica con el cántico del siervo de Yahvé de Isaías: “Por haberse entregado a la muerte y haber compartido la suerte de los pecadores. Pues él cargó con los pecados de muchos e intercedió por los pecadores” (Is 53,12). Este texto del AT no encontraba fácil interpretación en Israel, sin embargo en Jesús cobra todo su sentido²⁰⁴. Jesús mismo dice que no ha venido a ser servido, sino a servir y entregar su vida en rescate por muchos (*anti pollôn*) (cf. Mc 10,45). Jesús asume libremente la voluntad del Padre y entiende su camino como una obligación (*dei*), que en lenguaje bíblico quiere decir que ve todo como voluntad divina que la quiere asumir en libertad y obediencia²⁰⁵.

La última cena de Jesús con sus discípulos condensa e interpreta la vida de Jesús. Jesús llega hasta el amor extremo de su ser pro-existente. Los doce representan al Israel renovado, los gestos y palabras de Jesús en la cena van dirigidos a todo Israel que está allí representado en sus discípulos en ambiente pascual. Los discípulos no llegaron a entender estos signos y palabras de Jesús hasta mucho después de su muerte: comprendieron que su muerte y resurrección son *la verdadera pascua*²⁰⁶. Vamos a analizar seguidamente los gestos y palabras de Jesús en la última cena en el contexto del Jesús pro-existente, el hombre para los demás, el hombre misericordioso. Para ello tomaremos un texto de M. Gesteira sobre la cena:

“En cuanto al desarrollo de la cena parecen históricamente seguros los hechos siguientes: al comienzo de la misma Jesús partió un pan (después de la bendición a

²⁰³ H. SCHÜRMAN, *¿Cómo entendió y vivió Jesús su muerte? Reflexiones exegéticas y panorámica*, Salamanca 1982, 129-163. Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Salamanca 2001, 469.

²⁰⁴ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 76.

²⁰⁵ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 76.

²⁰⁶ Cf. G. URÍBARRI BILBAO, “Cristología-Soteriología-Mariología”, op. cit., 292.

Yahvé) y lo distribuyó entre sus discípulos; de manera semejante, al final de la cena tomó la copa, pronunció la bendición y dio de beber de ella a sus discípulos (frente al uso judío). Este doble gesto fue acompañado de unas palabras explicativas, algo ajeno también al uso tradicional judío, que preveía en tales ocasiones no un comentario a la fracción del pan o de la distribución de la copa, sino la ya mencionada plegaria de alabanza y bendición de Dios”²⁰⁷.

Sobre el análisis de las palabras y su significación acudimos a la interpretación de G. Theissen-A. Mertz²⁰⁸, quien dice que podemos resumir todo con la fórmula que condensa el significado teológico de la eucaristía: “*cuerpo entregado-sangre derramada*”. Las palabras sobre el pan: “*Esto es mi cuerpo por vosotros*”, teniendo en cuenta que cuerpo en el judaísmo significaba toda la persona, Jesús dice: este pan representa mi cuerpo que será entregado por vosotros; le da un significado salvífico a la entrega, que en los textos de Juan se recoge muy bien: “es mi carne por la vida del mundo” (Jn 6,51).

Sobre el vino dice Jesús: “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre”. Sangre en el contexto judío es la vida. Significa la vida derramada, donada, entregada. Si la sangre es la vida, entonces beber la copa expresa la participación y comunión en la vida de Jesús. Sangre que sella una nueva alianza, donde el cumplimiento de la ley brotará del corazón “pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Jr 31,33).

Veamos ahora la significación de las fórmulas que utiliza Jesús en la cena; destacamos las preposiciones utilizadas en los textos: *hyper* y *peri*. La preposición *hyper* con genitivo significa “por favor de, en defensa de”, se encuentra en los textos de San Pablo, Lucas y Marcos. Por otro lado, la preposición *peri* (con genitivo) significa “a causa de”, el sentido sigue siendo “a favor de, o por”. Esta expresión se encuentra en Mateo. De todas maneras, se recoge en las fórmulas un sentido de entrega en Jesús. Las dos versiones tienen un efecto equivalente.

Por otro lado la expresión “*muchos*” (*pollon*) la encontramos tanto en Isaías como en Jesús, se refiere a la totalidad del pueblo de Israel. “Vosotros”, como ya dijimos se refiere a la totalidad de los discípulos, al Israel renovado. Más tarde cuando la primera comunidad

²⁰⁷ M. GESTEIRA, *La eucaristía, misterio de comunión*, Cristiandad, Madrid 1983, 47. Cf. G. URÍBARRI BILBAO, “Cristología-Soteriología-Mariología”, op. cit., 292-293.

²⁰⁸ Cf. G. THEISSEN-A. MERTZ, *El Jesús histórico. Manual*, Sígueme, Salamanca 1999, 468. Cf. G. URÍBARRI BILBAO, “Cristología-Soteriología-Mariología”, op. cit., 292-293.

madura en la fe, entiende como *común-unidad* la mesa de judíos y gentiles²⁰⁹. Las fórmulas nos presentan a un Jesús diaconal, que no ha venido a ser servido sino a servir (cf. Mt 20,28), y así lo interpreta Jesús identificándose como el siervo de Isaías (en el cuarto cántico del siervo). Desde aquí da un sentido salvífico a su muerte: su vida como sangre derramada. Su muerte y su entrega serán el último servicio al Reino.

Por lo tanto, en la cena, Jesús expresa de manera condensada lo que fue su existencia, un ser “*para nosotros y para todos*”, una *pro-existencia*. El *pro-nobis* sintetiza la vida y entrega de Jesús. Él se entregó voluntariamente en rescate por todos en su amor misericordioso. Y como es el Hijo de Dios la muerte no puede derrotarlo, antes al contrario, es él quien vence a la muerte; Jesucristo se convierte para nosotros en el lugar donde irrumpe la vida.

Jesucristo es la clave, centro y fin de la historia de la humanidad: “El mismo se ofreció hasta la muerte por todos, como Redentor de todos” (GS 32); de esta manera, haciendo uso de la Escritura, afirma que Dios desea que en Jesucristo todos los hombres se salven, la salvación es para todos los hombres de buena voluntad: “la misericordia divina es el origen eterno tanto del mundo como de la historia de la salvación. Todo se encuentra bajo el signo de la misericordia de Dios”²¹⁰.

Tenemos entonces, a un Jesús que el evangelio nos presenta como reflejo cercano de la misericordia del Padre, “la misericordia es el signo que preside el mundo y la historia, así como toda la vida humana”²¹¹. Jesucristo no solamente habla de ella usando explicaciones a través de parábolas, sino que él mismo en persona encarna la misericordia y la hace presente en todo lo que hace: “él mismo es, en cierto sentido, la misericordia. A quien la ve y la encuentra en él, Dios se hace concretamente *visible* como Padre *rico en misericordia* (cf. Ef 2,4)”²¹².

Aquí queremos aclarar, que Dios Padre no es un Dios vengativo que necesita una víctima para aplacar su ira, al contrario, es un Dios de amor compasivo lleno de misericordia con sus criaturas, que le lleva a ofrecer la vida del Hijo, Dios repliega su ira dejando amplio espacio a su misericordia, a la vida. En la medida que su Hijo ocupa nuestro lugar, él mismo carga con el efecto destructor del pecado y nos regala, mediante su muerte por todos, el don la

²⁰⁹ Cf. G. URÍBARRI BILBAO, “Cristología-Soteriología-Mariología”, op.cit., 395-296.

²¹⁰ W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 101.

²¹¹ W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 104.

²¹² JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n° 2, op. cit.

vida nueva que le otorga su Padre creador y el Espíritu en su resurrección. Así a partir de ahora, todo aquel que está en Cristo será criatura nueva (2 Cor 5,17).

4.3. LA ENCARNACIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN, MOMENTOS CLAVES DE LA MISERICORDIA DE DIOS

Vamos a comenzar este punto, acercándonos a la plegaria eucarística II, que sintetiza muy bien la historia de la salvación. La segunda plegaria eucarística introducida en el *Ordo missae* promulgado por la Constitución apostólica *Missale romanum* de Pablo VI (3-abril-1969) está compuesta sobre la base del llamado canon de San Hipólito, el más antiguo que conocemos. Tomaremos algunos párrafos de la plegaria original de San Hipólito:

“Te damos gracias, ¡oh Dios!, por tu bien amado Hijo Jesucristo, a quien tú has enviado en estos últimos tiempos como Salvador, Redentor y Mensajero de tu voluntad, él que es tu Verbo inseparable, por quien creaste todas las cosas, en quien tú te complaciste, a quien envías del cielo al seno de la Virgen, y que, habiendo sido concebido, se encarnó y se manifestó como tu Hijo, nacido del Espíritu Santo y de la Virgen; que cumplió tu voluntad y te adquirió un pueblo santo, extendió sus manos cuando sufrió para liberar del sufrimiento a los que crean en ti.

Y cuando él se entregó voluntariamente al sufrimiento, para destruir la muerte y romper las cadenas del diablo, aplastar el infierno e iluminar a los justos, establecer la alianza y manifestar la resurrección, tomó pan, dio gracias y dijo: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo, que es roto por vosotros». De la misma manera también el cáliz, diciendo: «Ésta es la sangre que es derramada por vosotros. Cuantas veces hagáis esto, haced memoria de mí». Recordando, pues, su muerte y su resurrección, te ofrecemos el pan y el vino, dándote gracias porque nos has juzgado dignos de estar ante ti y de servirte.»²¹³

Esta síntesis nos revela, cómo la historia de la salvación desde los primeros tiempos de la Iglesia (siglos II-III) es vista como una historia de misericordia y de compasión de Dios por sus criaturas. Dice Orígenes, que Dios “bajó a la tierra porque tuvo misericordia del género humano”²¹⁴. Hipólito recoge -como hemos visto- que Jesucristo “confrontado a la pasión, la aceptó voluntariamente, para superar la muerte, librarnos de la esclavitud”, su actitud de entrega voluntaria hace visible la entrega voluntaria por amor y misericordia al Padre para lograr nuestra salvación. En la historia de la salvación tiene gran importancia el momento de la encarnación, el mismo nombre de Jesús significa “*Dios ayuda*”; Jesús es el *Emmanuel*, el Dios con nosotros (cf. Mt 1,23).

²¹³ HIPÓLITO, Anáfora de Hipólito, Canon Romano, en B.BOTTE, Hippolyte de Rome, *Sources Chretiennes* II, Paris 1946.

²¹⁴ ORIGÉNE, *Homélies sur Ézéchiél*, homilie VI, 6, (introd. trad. MARCEL BORRET), op. cit., 229-230.

La vida entera de Jesús se desarrolla bajo el signo de la misericordia del Dios que cumple la promesa y la salvación, Jesucristo en su existencia la hace posible (cf. Mt 1,22), así lo canta *el Benedictus*: “ (...) por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará la luz que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte” (cf. Lc 1,78). La historia de la salvación es una historia que conmueve, todo un Dios, se abaja para salvar la obra de sus manos. Existen muchos textos bíblicos, que como el siguiente del AT, que nos acercan esta imagen compasiva de Dios y motivan a vivir la compasión:

“Nadie se apiadó de ti ni hizo por compasión nada de esto, sino que te arrojaron al campo como un ser despreciable el día que naciste. Yo pasé junto a ti, te vi revolviéndote en tu sangre y te dije: Sigue viviendo y crece como la hierba de los campos” (Ez 16,5-7).

Toda la vida de Jesús transparente y refleja misericordia, pero hay momentos claves de su vida donde ésta se hace mucho más fuerte, como el momento de la encarnación donde Dios no hace alarde de su categoría y se abaja haciéndose uno de tantos (Flp 2,6-7), así mismo, los momentos de su muerte en cruz y en el de su resurrección. Donde Dios Padre no le abandona y el Espíritu de vida se hace presente con su fuerza.

La muerte de Jesús fue consecuencia de su vida, influyeron en su condena dos factores: su postura crítica con el templo y su pretensión mesiánica²¹⁵; el título que aparece en la cruz confirma cual fue su condena: “*El rey de los judíos*” (Mc 15,26); por otro lado, en el interrogatorio con los sumos sacerdotes, aparece una y otra vez el término “*Cristo*”, en las burlas de los soldados con motivo de su realeza y también en las burlas de los sacerdotes, magistrados sobre su poder para salvarse a sí mismo; también en el interrogatorio de Pilatos que le pregunta directamente si es el rey de los judíos.

Queremos afirmar, que este Señor crucificado, no muere abandonado de Dios sino puesto en sus manos y rezando el Salmo 22,2: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” A pesar de la cruz, Jesús no fracasa; muere entregándose por la salvación de todos y por propia voluntad. El Padre le asistió en la cruz como le asistió durante toda su vida, su presencia misericordiosa hace decir al crucificado confiado: “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,45).

²¹⁵ Cf. G. URÍBARRI BILBAO, “Cristología-Soteriología-Mariología”, op. cit., 296.

Jesucristo es mucho más que un gran hombre para los demás, si no introducimos en su persona la clave de la resurrección, vano es nuestro cristianismo: “Si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe” (1 Cor 15,14). La resurrección es la respuesta amorosa del Padre y del Espíritu a la entrega incondicional del Hijo. Es Jesús, el hombre perfecto, quien entra en la historia del mundo y la asume, él es quien recapitula todo en sí (cf. Ef 1,10). “El mismo nos revela *que Dios es amor* (1 Jn 4,8) y al mismo tiempo nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y por ello de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor”²¹⁶. Él da la certeza de que el camino del amor está para que puedan caminar todos los hombres y conduce a una fraternidad universal. Él soportó la muerte por todos los pecadores (Jn 3,14-16)²¹⁷ y con su ejemplo nos enseña que nosotros también podemos cargar nuestras cruces y las de nuestros hermanos.

Jesucristo, que por su resurrección ha sido ensalzado y glorificado por el Espíritu nos envía este mismo Espíritu, y en su luz podremos ver la luz. El corazón de *Cristo crucificado* nos dice: “hija mía, di que soy el amor y la misericordia en persona”²¹⁸. Sucedió en la resurrección algo inexplicable en Jesús para los discípulos que no sabían explicar fácilmente. La experiencia de la resurrección fue una sorpresa inesperada para los discípulos, no la esperaban; habían quedado deshechos después de la muerte de Jesús, con temor y sin esperanza, pero aconteció que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos y los discípulos experimentaron varios encuentros con el resucitado que les devolvió la ilusión y las ganas de vivir según su evangelio.

En la época de Jesús se sabía que habría resurrección al final de los tiempos, pero Jesús al ser resucitado por Dios la adelanta. La resurrección cualificó a Jesús en la primera comunidad de discípulos como el *Kyrios*, el Señor de la historia y de la vida, la muerte sobre él ya no tiene poder. A partir de la resurrección se sabe realmente quién es Jesús, la revelación de su identidad queda incompleta sin su resurrección, pues en ella se clarifican y confirman todos sus títulos como Hijo de Dios, Señor y Mesías. Por esto la confirmación y predicación de los discípulos: “(...) el Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, al cual vosotros matasteis colgándole en un madero” (Hch 5,30) es esencial y básica para la fe de sus seguidores. Es importante aclarar nuestra manera de entender la resurrección de Jesús,

²¹⁶ GS n° 38.

²¹⁷ Cf. GS n° 38.

²¹⁸ JUAN PABLO II, Homilía Canonización de la Beata María Faustina Kowalska, Roma 30 Abril de 2000.

dice Gesteira:

*“Resulta necesario superar una concepción meramente espacial de la resurrección, entendida como tránsito hacia un lugar celestial, cuando en realidad es paso hacia una nueva forma de ser y de existir, a un nuevo estado y a una nueva forma de vida y de relación interpersonal. En última instancia, la resurrección, sobre todo para Jesús, es la incorporación definitiva y plena de su existencia humana a la existencia y la vida de Dios Padre, que no mora en “otro mundo” ajeno, distante o separado del nuestro, antes bien, todo lo llena con su ser”*²¹⁹.

Jesús nos abre el camino y si estamos con él, en él sabremos que llegaremos por él también al Padre, al amor pleno y eterno. Existe un paralelismo entre la confesión “Jesús es Señor” como *Kyrios* (Flp 2,9) y la proposición de fe “Dios le resucitó de entre los muertos” (Rm 10,9); ya que gracias a la resurrección conocemos el poder que tiene Dios y el poder de Jesús sobre la muerte. La resurrección nos demuestra con claridad el señorío de Cristo sobre la historia. Así recogieron y cantaron en algunos himnos las primeras comunidades su experiencia del Señor resucitado, estableciendo la fórmula del kerigma: “*Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras*” (1 Cor 15,3b-4)²²⁰. Desde entonces esta fórmula acompañará a la Iglesia sosteniendo el pilar fundamental de su fe. Porque Jesús ha resucitado sabemos que todo lo que el ha dicho es verdad, y conocemos hasta dónde puede llevarnos su amor y su misericordia.

4.3.1. Jesús asume la historia de los desfavorecidos sin dejar de ser Dios

Cuando miramos el sufrimiento del mundo, el hambre, las injusticias, que provienen del pecado de la humanidad, y las situaciones trágicas que causa la naturaleza, nos damos cuenta que todas estas situaciones desgraciadamente siempre afectan con más fuerza a los más débiles: niños, ancianos, mujeres y enfermos. El sufrimiento y el dolor tiene múltiples rostros en nuestras ciudades y pueblos de todas las culturas, religiones y de todas las nacionalidades. Ante estas situaciones de dolor inexplicable, que muchas veces nos silencian y despiertan nuestra sensación de impotencia e indignación, los cristianos sabemos que a Dios le importa el sufrimiento de los inocentes, especialmente el de los más desamparados: “ (...) porque no desecha para siempre a los humanos el Señor; después de afligir se apiada

²¹⁹ M. GESTEIRA, *La resurrección de Jesús, Curso de Cristología*, Cátedra de Teología Contemporánea, Fundación Santa María, Madrid 1984, 13.

²²⁰ G. URÍBARRI BILBAO, “Cristología-Soteriología-Mariología”, op. cit., 303.

según su inmenso amor; pues no se complace en humillar en afligir a los seres humanos”²²¹ .

Hemos visto, que en la historia de la salvación Dios ha tomado parte en la liberación de los desprotegidos de su pueblo que viven en esclavitud y opresión “he escuchado su clamor” (Éx 3,7); y en el Nuevo Testamento, Jesucristo también manifiesta los mismos sentimientos de su Padre, en sus actitudes nos permite ver a Dios misericordioso especialmente cercano al hombre, “sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad”²²². Es interesante saber, que los hombres que se han visto asistidos y amados por Dios, acogidos por su misericordia y compasión, se sienten llamados e impulsados desde dentro a hacer por Cristo lo mismo con sus hermanos²²³. Jesucristo envía constantemente, la asistencia de la gracia y la fuerza mediante su Espíritu, para que la misericordia y el amor vayan siendo posibles en lo cotidiano de la vida.

Dios va más allá de su amor y su compasión, él se compromete con su criatura y hace con ella alianza, su misericordia es eterna: “extendí sobre ti el borde de mi manto y cubrí tu desnudez; me comprometí con juramento, hice alianza contigo y tú fuiste mía” (Ez 16,8). En la Biblia hay muchos ejemplos, como el de Job, donde el hombre permanece fiel a Dios a pesar de todo lo que le sucede y de todo el sufrimiento que a veces le hace enfrentarse al mismo Señor. Job reconoce al final, después de todo lo vivido, que no se puede luchar contra Dios y le expresa desde el corazón convertido: “es cierto, hablé solo de oídas, ahora te han visto mis ojos; por eso me retracto y me arrepiento echándome polvo y ceniza” (Jb 42,2.5s) ²²⁴. Es interesante ver cómo el dolor nos purifica y nos sitúa en lo esencial de la vida, nos lleva a los creyentes a *ver* a Dios, a reconocer que después de todo su misericordia y bondad son eternas.

A lo largo de la historia, Dios se va revelando como alguien que está siempre inclinado preferencialmente a favor de los que sufren, los maltratados, los pobres. En el libro de Judit lo resume bastante bien: “Tú eres el Dios de los humildes, el defensor de los pequeños, apoyo de los débiles, refugio de los desvalidos, salvador de los desesperados” (Jdt 9,12). Dios, en su eterna misericordia, hace siempre sitio en él para acoger a sus criaturas más necesitadas aceptando todas las consecuencias de su compasión; hace sitio en él al dolor

²²¹ Lm 3, 31-33.

²²² JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n° 2, op. cit.

²²³ Cf. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n° 2, op. cit.

²²⁴ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 126.

asumiendo el dolor de sus criaturas sin dejar de ser Dios, todo lo contrario, su omnipotencia y bondad se exaltan y nos hace saber con su actitud extrema de amor, que él es un Dios misericordioso y fiel.

Jesucristo vive los mismos sentimientos que Dios, su Padre, expresa su amor y su compasión con una ternura incomparable, y como Dios Padre, al expresar su misericordia hace que los que le rodean reconozcan en él algo extraordinario y se sientan llamados a imitarle. El Evangelio de Jesús cambia radicalmente nuestra manera de mirar a los pobres y, por tanto, nuestra manera de entender la sociedad actual. Los pobres, el sector excluido de la sociedad, son precisamente “la memoria viviente de Jesús” entre nosotros, de hecho “la Iglesia descubre en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y doliente”²²⁵. Esta manera de acercarnos, mirar la situación del necesitado y atenderlo ofreciéndole nuestra propia persona, viene exigida por Jesús en el evangelio (Lc 10,25-37).

Jesús además se identifica con los que sienten necesidad: los hambrientos, los desnudos, los enfermos, los que están en la cárcel: “en verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,40). Al final de nuestros días, en su luz, veremos nuestra vida atravesada por la verdad del amor y la misericordia, por el mismo Dios trinitario, veremos con claridad la calidad de nuestras obras de amor y misericordia, que nos dirán si hemos vivido el evangelio; “no podemos escapar de las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados”²²⁶.

Pablo VI llega a decir que los más pobres son “sacramento de Cristo, no ciertamente idéntico a la realidad eucarística, pero sí en perfecta correspondencia con ella”²²⁷. No hemos pues de buscar a Cristo sólo en los sacramentos o en el evangelio, debemos salir a los caminos donde están los necesitados y los pobres, ellos son un “lugar cristológico”²²⁸. La fe en Jesucristo lleva necesariamente a mirar a los pobres de una determinada manera y a comprometer la vida a su servicio. Él quiere que seamos felices y nos ama de tal manera que nos invita hacer lo mismo con los que nos rodean. Jesús es alguien que hace sitio en su propia vida al dolor, a la soledad, a la impotencia de los que no tienen sitio en la sociedad.

²²⁵ LG n° 8.

²²⁶ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 15, op. cit.

²²⁷ PABLO VI, “Contra las desigualdades injustas entre ricos y pobres”, *Ecclesia* 28, 1968, 128.

²²⁸ COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, *La Iglesia y los pobres* n° 22, EDICE, Madrid 1994.

4.3.2. El amor a los enemigos, exceso de amor y misericordia

Jesús en el sermón de la montaña declara que serán bienaventurados los que vivan la misericordia (cf. Mt 5,7), nos invita a amar como Dios ama, esto requiere no solo una gran determinación y fuerza de voluntad, sino que al mismo tiempo necesita la *gracia* de Dios.

El amor es para el cristianismo el mandamiento fundamental y también lo es para el pueblo judío. En realidad todas las principales religiones tienen el amor como regla primordial, por esto ha sido llamada “la regla de oro” porque está presente como exigencia en las grandes tradiciones religiosas, es una regla que aparece redactada de varias maneras pero exige a los creyentes la vivencia y práctica del amor.

Sin embargo, el amor exigido por Jesús tiene además una particularidad: *el amor al enemigo* “habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial” (Mt 5,44). La misericordia toca lugares del corazón dolorosos, pero al mismo tiempo al llegar allí sana, reconcilia y salva: “porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿no hacen eso mismo los publicanos?” (Mt 5,46). El amor al enemigo nos cualifica de tal manera que nuestro amor nos lleva a dar un salto que nos diviniza. Nos ayuda a “recuperar la *imago Dei*” perdida, porque asemeja nuestro corazón al de Cristo, el hombre perfecto.

Amar de esta manera no solo nos hace superar la ley que imperaba en la época de Jesús: ley del *Talión*, sino que nos hace ser de otra manera, una manera que contrasta con lo establecido, incluso legalmente: “habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra” (Mt 5,38-39s). Si amamos de verdad a los enemigos cumplimos el mandamiento primordial de la fe cristiana: vivir el amor misericordioso. Al amar a Dios también amamos al prójimo como a nosotros mismos (Mt 22,39). Jesús amó de tal manera a los “enemigos” que se dejó matar por ellos y murió perdonándolos. San Ignacio de Antioquía pidió a los cristianos de su tiempo reaccionar de esta manera frente a sus perseguidores:

“Frente a sus iras, vosotros sed mansos; a sus jactancias, vosotros sed humildes; a sus blasfemias, vosotros mostrad vuestras oraciones; a sus errores, vosotros sed firmes en la fe” (Col 1,23); a su fiereza, vosotros sed apacibles, sin buscar imitarlos. Sed hermanos suyos por la bondad y buscad ser imitadores del Señor: --

¿quién ha sido objeto de mayor injusticia? ¿quién más despojado? ¿quién más rechazado?-- para que ninguna hierba del diablo se encuentre entre vosotros, sino que en toda pureza y templanza, vosotros permanecáis en Jesucristo, en la carne y el espíritu” (Carta de S. Ignacio a los Efesios n° X, s II).

El mandamiento de amar al enemigo, nos aproxima al corazón de Dios, y sólo de esta manera seremos perfectos como el Padre celestial, es decir, seremos misericordiosos como él lo es. De alguna manera, si no miramos las necesidades de los más pobres sirviéndoles al estilo de Jesús, no viviremos un aspecto esencial del cristianismo: el amor y la misericordia. Este estilo de amar nos transforma, nos hace ir adquiriendo, casi sin darnos cuenta, los mismos sentimientos de Cristo el Señor (Flp. 2).

4.4. LA MISERICORDIOSA FIGURA DE MARÍA

María es un referente para la Iglesia y también para la misericordia cristiana. Nadie como ella ha conocido el profundo misterio de la encarnación, donde Dios en su seno se hizo hombre.

En María de Nazaret “toda su vida estuvo plasmada por la presencia de la misericordia hecha carne”²²⁹. El Vaticano II actualiza la mariología en el capítulo octavo de la constitución *Lumen Gentium*, afirmando que en la Iglesia, la Virgen María es reconocida como Madre de Dios (*Theotokós*), recogiendo así la afirmación más importante que la Iglesia ha dicho sobre María: es *Madre de Dios*, definición aprobada por el concilio de Éfeso (431). A través de esta afirmación se relaciona a María con Cristo y su Iglesia. María al ser *Madre de Dios*, es *Madre de la misericordia* y Madre del amor compasivo; María tiene, por lo tanto, una relación privilegiada con su Hijo Jesucristo y con Dios mismo²³⁰.

Su maternidad tiene un fundamento bíblico bastante claro que no se puede poner a duda: “No temas, María, porque Dios te ha concedido su favor. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. El será grande, será llamado Hijo del Altísimo” (Lc 1,30-32); María fue elegida por Dios para ser colaboradora suya en el plan de salvación, ella, mujer del pueblo de Israel, fue elegida como Madre del Salvador, del Mesías, el Señor. Por ella, que aceptó libremente la voluntad de Dios, se hizo posible la encarnación: el que Dios se hiciera hombre y entrara en la historia de la humanidad. Ella es “en virtud de su obediente sí,

²²⁹ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 24, op. cit.

²³⁰ C. GARCÍA LLATA, *María en el designio divino de la Revelación*, Vitoria 1999, 39. Cf. G. URÍBARRI BILBAO, “Cristología-Soteriología-Mariología”, op. cit., 378.

la sierva de la misericordia divina, escogida y agraciada de Dios”²³¹, ejemplo a seguir en el camino hacia Cristo: “la Virgen María, al anunciarle el ángel la Palabra de Dios, la acogió en su corazón y en su cuerpo y dio la Vida al mundo. Por eso se la reconoce y se la venera como verdadera Madre de Dios y del Redentor”²³². María es la hija predilecta del Padre y templo del Espíritu Santo. Ella es la llena de gracia, por esto podemos decir que es bienaventurada, la aventajada entre todas las criaturas del cielo y de la tierra.

4.4.1. El testimonio de María que presentan los evangelios

María aparece en los evangelios en un lugar importante, en él dos textos constituyen el un sólido fundamento de la espiritualidad mariana: la anunciación (cf. Lc 1,26-38) y la escena de María al pie de la cruz (cf. Jn 19,26ss). Esta última escena remite a las bodas de *Caná* al comienzo de la misión de Jesús (cf. Jn 2,1-12). Estos textos dan a María un lugar relevante dentro de la historia de la salvación²³³.

El de la anunciación (Lc 1,26-38) nos presenta a María de Nazaret como una mujer sencilla del pueblo de Israel, elegida para colaborar en el plan de Dios. A ella le sorprende lo que Dios le pide, no lo comprende, por esto pregunta lo que no entiende y al final pronuncia con libertad su sí consciente de lo que Dios le propone, su plan de salvación: “ella se turbó con estas palabras (...) y respondió ¿cómo será esto, pues no conozco varón? (...) hágase en mí según tu palabra”, por su *si* posibilita la venida de Dios a nuestro mundo y se convierte en la nueva Eva²³⁴.

El texto en que aparece María *al pie de la cruz* (Jn 19,26ss) remite al de *las bodas de Caná* donde da comienzo la actividad pública de Jesús: “haced lo que él os diga” (Jn 2,5). El sacrificio de María y su participación en la revelación de la misericordia, tendrá desde el comienzo un gran precio, ya se lo anunció el anciano Simeón en el templo (Lc 2,33-35). Nadie como María ha experimentado, siendo la Madre del Crucificado, el misterio de la cruz, “nadie como ella ha acogido de corazón ese misterio: aquella dimensión verdaderamente divina de la redención, llevada a efecto en el Calvario mediante la muerte de su Hijo, junto con el sacrificio de su corazón de Madre, junto con su *fiat* definitivo”²³⁵. Ella es Madre del crucificado y Madre del resucitado. Mujer de fe.

²³¹ W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 203.

²³² LG n° 53.

²³³ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 201-202.

²³⁴ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 203.

²³⁵ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n° 9, op. cit.

María en su canto del Magníficat hace síntesis de la historia de la salvación y describe la historia como una historia de la compasión divina donde Dios con su misericordia “llega a sus fieles de generación a generación” (Lc 1,50), y su misericordia continúa presente en la historia. Dios movido por su compasión infinita elige a María para su proyecto de redención, “ella goza del favor de Dios” (Lc 1,30), por sí misma no es nada y con la gracia de Dios, de la que está llena, en ella suceden cosas imposibles para los hombres pero posibles para Dios (Lc 1,37); por esto canta: “el poderoso ha hecho obras grandes en mí” (Lc 1,49). María vive por la gracia y de la fe²³⁶ colaborando con Dios y siendo dócil al Espíritu. Él la ha elegido y la ha capacitado con su gracia, en cuanto ser humano y mujer sencilla, para que fuese su instrumento de misericordia. Su capacidad de servicio como mujer para ser madre de todos, y de alguna manera, también mujer pro-existente a imitación a su Hijo, es mujer referente para todos los creyentes en la Iglesia, referencia de fe y de servicio en el Hijo; María es mujer de oración en la que se apoya la primera comunidad: “ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, y de María la madre de Jesús, y de sus hermanos” (Hch 1,14).

4.4.2. María ejemplo de misericordia

María de Nazaret conoce más que nadie los entresijos del misterio de la misericordia divina. Ella sabe por propia experiencia el precio del amor entregado: “una espada te atravesará el corazón” (Lc 2,35). En este sentido la llamamos también Madre de la misericordia, Virgen de la misericordia o Madre de la divina misericordia, “en cada uno de estos títulos se encierra un profundo significado teológico, porque expresan la preparación particular de su alma, de toda su personalidad, sabiendo ver primeramente a través de los complicados acontecimientos de Israel, y de todo hombre y de la humanidad entera después, aquella misericordia de la que “por todas la generaciones” nos hacemos partícipes”²³⁷.

Dice el teólogo B. Sesboüé que “la salvación cristiana tiene dos elementos inseparables, la liberación del pecado y la entrada en la vida de Dios, que son como las dos caras de una misma moneda”²³⁸. En María y por María, el amor misericordioso de Dios se ha hecho persona concreta en Jesús, por ella entró Dios en la historia e hizo posible y cercana la salvación de Dios en nuestra vida, liberándonos del pecado y ayudándonos a entrar en la

²³⁶ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 202.

²³⁷ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n° 9, op. cit.

²³⁸ B. SESBOÛÉ, *Jesucristo el único mediador, ensayo sobre la redención y la salvación*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1990, 219.

vida de Dios como hijos adoptivos. Ella fue la primera testigo del amor concreto de Dios en su Hijo, y este amor no cesa de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad gracias a ella. Ella tiene una sensibilidad y una manera de acoger y ofrecer el amor misericordioso de su Hijo Jesucristo a toda la humanidad, que llega sin esfuerzo alguno, todos aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una Madre.

Con María Madre de Misericordia nos llega un modelo humano y factible de ser divinizado, en ella se anticipa (en parte) nuestra divinización: “la certeza de la divinización traída por Cristo y dada con el Espíritu en la vida de la Iglesia”²³⁹. Desde los comienzos de la Iglesia, la presencia de María estuvo presente como ejemplo cercano de imitar, como vía para llegar a Jesús, los evangelios dan razón de ello. La Tradición la ha invocado con frecuencia *Madre de Misericordia*; tenemos como ejemplo, el que ya en el año 300 se compuso una oración a María que es bastante conocida: “*Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios*”, *creemos que es muy probable que originalmente se rezara de esta otra manera: “bajo tu misericordia nos refugiamos, Santa Madre de Dios”*²⁴⁰. Así también tenemos esta otra oración bastante antigua (siglo XI) a la que llamamos *la Salve*, en ella invocamos a María como “Reina y Madre de misericordia” y le suplicamos: “vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos”²⁴¹.

El Concilio Vaticano II nombra a María “Madre en el orden de la gracia”²⁴². Ella siendo Madre de Dios, acerca de una manera original los frutos del amor misericordioso de Dios que nunca abandona a su criatura, que la asiste en sus necesidades, dolor y que la ayuda en todo momento con su amor y gracia. María, Madre de la misericordia, experimentó la misericordia de Dios y de su Hijo en momentos bastante dolorosos, por esto nadie como ella puede darnos a conocer lo que es la compasión y el amor cercano de Dios, su misericordia.

Afirma la *Lumen Gentium*²⁴³, que María pedía en su oración el don del Espíritu y en la anunciación fue cubierta con su sombra. Finalmente, fue concebida como María Inmaculada (preservada de toda mancha) por gracia de Dios, y luego, al terminar el curso de su vida en

²³⁹ B. SESBOÛÉ, *Jesucristo el único mediador, ensayo sobre la redención y la salvación*, op. cit., 219.

²⁴⁰ Cf. CH. SCHÖNBORN, *Hemos encontrado la misericordia: el misterio de la divina misericordia*, Palabra, Madrid 2011, 146. Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 206.

²⁴¹ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 206-207

²⁴² GS n° 80.

²⁴³ LG n° 59.

la tierra fue asunta al cielo y elevada como Reina del universo, para ser conformada más plenamente a su Hijo, Señor de los señores (cf. Ap 19,16). Por todo esto, ella nos abre la senda de la plenitud. Nos dice María con su propia vida, a ejemplo de su Hijo, que para llegar a ser misericordiosos como el Padre celestial es misericordioso, tal como lo pedía Jesús a sus discípulos, es conveniente ponernos en el camino de la práctica de la misericordia. María, una de nuestra raza, fue predilecta del Padre, asistida por el Espíritu, y llamada bienaventurada por su Hijo al ser excelente cumplidora de la voluntad de Dios, al vivir la compasión y la misericordia al estilo de Dios Padre y de su Hijo.

CAPÍTULO V

LA IGLESIA DEL AMOR MISERICORDIOSO

La designación de la Iglesia como *del amor misericordioso* no solo nos dice cómo tiene que vivir, sino que al mismo tiempo, nos habla de su propio ser: la Iglesia es misericordia como participación y como prolongación del Dios-misericordia²⁴⁴. Nos dice la *Lumen Gentium* en su capítulo primero que la Iglesia es un misterio, es una comunidad de fe enraizada en el amor misericordioso de Dios. El mandato nuevo del Señor “amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 13,34) sostiene toda la actividad y credibilidad de las comunidades eclesiales ya que “la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia”²⁴⁵.

Ahora bien, ¿de dónde proviene la Iglesia y cuándo y cómo comienza? Los cimientos de la Iglesia se asientan en el amor y la misericordia de Dios por su pueblo, es aquí donde se sostiene su actividad, en el amor misericordioso y compasivo es donde se encuentra su origen, sentido y meta.

Desde antes de la encarnación del Verbo, existía la voluntad salvífica de Dios de llamar y reunir a su pueblo, designio hecho historia en la ofrenda de Abel con anterioridad a la de Abrahán y de alguna manera presente en la historia religiosa del género humano²⁴⁶. Por lo tanto, podemos decir que la Iglesia existe desde antes de la encarnación, y para esto tenemos que irnos hacia atrás hasta el origen de la humanidad a la *Ecclesia ab Abel*. La Iglesia estaba prefigurada ya desde el origen del mundo, fue preparada por Dios en la historia de misericordia del pueblo de Israel y en el pacto de la antigua alianza se va constituyendo como tal, en los últimos tiempos, bajo la acción del Espíritu Santo llegará gloriosa a su plenitud en Dios al final de la historia²⁴⁷.

A lo largo de los años, la Iglesia se ha ido constituyendo como el lugar donde se reúne el pueblo escatológico de Dios, en la historia se da el misterioso paso de la Iglesia querida por Dios, desde la Trinidad eterna al tiempo histórico de la revelación: en Jesús de Nazaret; por

²⁴⁴ Cf. E. BUENO DE LA FUENTE, “El Dios-misericordia ante la pobreza” en *Corintios XIII, La iglesia de los pobres (1994)*, n° 143, Madrid 2012, 65.

²⁴⁵ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 10, op. cit.

²⁴⁶ Cf. S. MADRIGAL TERRAZAS, “La Iglesia y su misterio” en A. CORDOVILLA PÉREZ (ed), *La lógica de la Fe*, Comillas, Madrid 2013, 415.

²⁴⁷ Cf. LG n° 2.

esto el misterio de la Iglesia se manifiesta desde su misma fundación²⁴⁸. Podemos sintetizar el proceso histórico de la revelación de Dios con su pueblo en las siguientes etapas, que también hacen visible la misericordia de Dios en su plan de salvación:

1. Las promesas del AT sobre el pueblo de Dios que Jesús asume en su predicación
2. El llamamiento de Jesús y la invitación a creer en él
3. La vocación e institución de *los Doce* como signo del restablecimiento futuro de Israel
4. El nombramiento del apóstol Pedro como primado entre los primeros discípulos
5. Jesús es rechazado por Israel
6. La Institución de la Cena y la persistencia del Reino de Dios ante la pasión y muerte
7. La reconstrucción de la comunidad a raíz de la experiencia de la resurrección
8. El envío del Espíritu Santo en Pentecostés que hace de la Iglesia criatura de Dios
9. La misión abierta a los paganos; la ruptura entre el “verdadero Israel” y el judaísmo²⁴⁹.

Muchos autores niegan que Jesús haya tenido voluntad de fundar una Iglesia. A esto podemos decir, que ya existía antes de Jesús un pueblo de Dios que tenía la conciencia de haber sido elegido por él, a este pueblo perteneció Jesús como judío de su tiempo “desde la carne” (Rom 1,3), en su predicación Jesús manifestó la intención de querer renovar la relación entre su pueblo y Dios. Jesús reveló a su Padre y dio a conocer el Reino de Dios como su proyecto, realizó gestos como el de su bautismo en el Jordán, la cena, el poder del perdón, en los que la primera comunidad encontró el origen de sus sacramentos.

Podemos afirmar que en la vida de Jesús existe una *eclesiología implícita*, cuyas huellas fueron descubiertas por la comunidad post-pascual. Por esto Jesús es considerado “*fundador*” (cf. LG nº5)²⁵⁰. Dice Pablo VI que Jesucristo ha fundado la Iglesia para que “fuese al mismo tiempo madre amorosa de todos los hombres y dispensadora de salvación”²⁵¹. La historia de la salvación no es, pues, un proceso meramente individual, sino que es especialmente un proceso vivido en comunidad eclesial.

La Iglesia teniendo de referencia la persona y mensaje de Jesús, desde sus inicios ha vivido

²⁴⁸ Cf. LG nº 5.

²⁴⁹ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, “Temas selectos de eclesiología”, en *Documentos 1969-1996*, C. POZO (ed), Madrid 1998, 332-333.

²⁵⁰ Cf. S. MADRIGAL TERRAZAS, “La Iglesia y su misterio”, op. cit., 415-416.

²⁵¹ PABLO VI, *Ecclesiam Suam* nº1, Mensajero, Bilbao 1995.

el amor y la preocupación continua por los pobres, huérfanos y viudas de sus comunidades a nivel personal y comunitario; se ha desvivido desde sus comienzos en la atención a los enfermos y a los más débiles: “en ella se ha amado y servido a todos, especialmente a los más pobres a quienes ya los Santos Padres consideraban el ‘tesoro de la Iglesia’. Los monasterios han socorrido siempre a las personas necesitadas y han transmitido gratuitamente la cultura y el cultivo de la tierra. Las primeras universidades, al igual que los primeros hospitales y centros de atención sanitaria, han nacido de la mano de la Iglesia”²⁵². Podemos afirmar que la Iglesia es caridad y misericordia, sigue los pasos de su maestro Jesucristo que dio su vida por todos.

El amor de la Iglesia por los pobres ha estado presente de forma ininterrumpida y pertenece a su Tradición. Ella inspirada constantemente en los textos evangélicos como la doctrina de las bienaventuranzas (Lc 6,20-22); en la vida austera de Jesús y sus discípulos (Mt 8,20); en la preocupación constante por los pobres (Mc 12,41-44), y el amor por los más necesitados de la sociedad; no abarcó sólo la pobreza material, sino también las numerosas formas de pobreza cultural y religiosa ²⁵³ y hasta ahora, sigue esta tradición, lo sigue haciendo así.

La Iglesia “está en la historia, pero al mismo tiempo la trasciende, solamente con los ojos de la fe se puede ver al mismo tiempo su realidad visible y su realidad espiritual portadora de vida divina”²⁵⁴. Al recibir ésta del amor de Dios su misma esencia y existencia, se siente llamada y exigida por este mismo amor de Dios. La Iglesia cumpliendo el mandato del Señor, promueve en este mundo el amor y la misericordia en la *koinonia*, realizando al mismo tiempo el Reino de Dios Padre al extender en la historia las misiones del Hijo y del Espíritu actualizando así la *diakonia* Trinitaria al servicio del proyecto salvífico universal del Padre; y a la vez vive su testimonio, su *martyria* (santidad) y su *leitourgia* (apostolicidad), con sus carismas y ministerios al servicio de la celebración de su ser testimonial y quehacer misionero.

La Iglesia de la misericordia vive la *koinonía* como un desafío subrayando los espacios de vida comunitaria y aceptación mutua, que hace de la comunidad un lugar donde la gracia de Dios esta presente en las relaciones de las personas creando un clima positivo de crecimiento

²⁵² CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA n°33, “La Iglesia, servidora de los pobres”, Instrucción pastoral del 24 de Abril 2015.

²⁵³ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 2444.

²⁵⁴ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 770.

en la fe, la esperanza y el amor. Comunidades que saben leer la realidad desde el evangelio: ven lo que sucede, se acercan solidarias y se hacen cargo de las miserias humanas siendo de esta manera comunidades misericordiosas y solidarias. Comunidades eclesiales que ponen en práctica la metodología “samaritana” actualizando el ver, juzgar y actuar, metodología introducida en la Iglesia por la Acción Católica y recogida después por el Vaticano II.

“La Iglesia descubre en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y doliente”²⁵⁵. Esta manera de acercarnos a los desvalidos y marginados; de *mirar* con lucidez y fe la situación del necesitado y atenderlo uniendo nuestras fuerzas a otros que se sienten la misma llamada; *ofrecerle* una solución duradera dando atención con nuestras propias personas; *poniendo en práctica* dentro de la Iglesia cercana el talante misericordioso exigido por Jesús en el evangelio del buen samaritano (Lc 10,25-37); hace que la Iglesia haga visible y creíble el amor misericordioso al que está llamada. La misma parábola del buen samaritano termina con un Jesús que invita a todos sus oyentes a la propuesta de: “vete y haz tú lo mismo”.

De esta manera la comunidad eclesial vive la *diakonia*, haciéndola presente según el ejemplo de Jesucristo, en el compromiso mediante el servicio amoroso y compasivo en las necesidades de los miembros de la comunidad y de la sociedad en la que está inserta. La *diakonia* es, por lo tanto, un espacio privilegiado para la vivencia del sacerdocio común, donde los cristianos ofreciendo sus vidas en absoluta disponibilidad ven en los necesitados el mismo rostro de Cristo. Viven estos momentos de servicio como una oportunidad para la profecía, denunciando las injusticias y anunciando proyectos de salvación que hacen palpable los valores del Reino de Dios. En estas comunidades sirven y se ponen a los pies de los hermanos, se transparenta el rostro de Jesucristo misericordioso y a la vez dejan a Dios ser Dios, porque sólo él puede transformar los corazones y la vida.

La Iglesia vive la *martyria* siendo comunidad que es testigo de su fe; que da a conocer el evangelio y el Reino de Dios con su propia vida donde el amor compasivo forma parte de supráctica natural y habitual. Es Comunidad donde nadie pasa necesidad ni soledad; donde se vive la fe con talante misionero.

La comunidad eclesial celebra el amor de Dios en la *leitourgia*, donde a las celebraciones y oraciones se trae la vida para ser celebrada e iluminada por la Palabra de Dios. Son éstas

²⁵⁵ LG n° 8.

momentos sagrados de escucha y contraste con la Palabra. Al mismo tiempo, en el espacio de la celebración eucarística, el pan partido y sangre derramada del Señor Jesús invita a la comunidad a ofrecer la vida, y es también el alimento que fortalece y transforma la comunidad, la ayuda a vivir y confrontarse con el evangelio y poco a poco va adquiriendo la misma manera de amar de Jesús el Señor (Flp 2,1). Las celebraciones litúrgicas ayudarán a la comunidad eclesial a hacer realidad el mandato de Jesús de “sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36-38); y también el “amaos los unos a los otros” (Jn 13,34). La comunidad, hace de la liturgia un espacio vivo, para que el culto sea inspirador y transparente el amor misericordioso en la vida de la comunidad y de cada miembro de ella.

No se puede estar en comunión con Dios y caminar al mismo tiempo con las tinieblas del odio en el corazón hacia los hermanos; si hemos decidido caminar en la luz y estar unidos a Dios en comunión de unos con otros, tendremos también que tener siempre presentes a los más pobres, como un reto evangélico, y su luz será nuestra luz, porque quien le sigue no caminará en tinieblas (cf. Jn 8,12). Dios misericordioso motiva, alienta y sirve de modelo cercano para la Iglesia en su ser, hacer, celebrar y testimoniar; la Iglesia saca sus energías de la manera de vivir el amor de Jesús el Señor, quien es testimonio de entrega generosa viva y actuante en el mundo.

5.1. LA IGLESIA SACRAMENTO DE AMOR COMPASIVO

La misión trinitaria de la Iglesia se condensa en el ejercicio de la misericordia; solamente en una Iglesia-misericordia puede revelarse el amor gratuito de Dios, que se ofrece y se entrega a quienes no tienen más que su pobreza. En este ejercicio de misericordia se hace concreto el seguimiento de Cristo. La acción del Espíritu hace adquirir a la Iglesia una conciencia cada vez más profunda de que debe dar testimonio de la misericordia de Dios²⁵⁶; la comunidad eclesial empieza por ser consciente bajo su luz de que no sólo la misericordia de Dios debe manifestarse en la misión eclesial sino que en la vivencia de la misión, la misericordia hacia los más pobres, debe estar siempre presente como el gran reto dentro de los cristianos, tal como se ha vivido desde siempre en la Iglesia.

El centro de la predicación de Jesús fue el Reino de Dios, donde el Rey de este Reino es un Dios particularmente misericordioso y compasivo con todas sus criaturas, por lo tanto, todos los que quieren entrar y vivir de acuerdo con el talante que exige el Reino, deben ser

²⁵⁶ Cf. E. BUENO DE LA FUENTE, “El Dios-misericordia ante la pobreza” en *Corintios XIII*, op.cit., 65.

misericordiosos como lo es su Rey. “El Señor Jesús comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es decir, de la llegada del Reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Escrituras”²⁵⁷. El Reino se realiza en el mundo cuando colaboramos en el proyecto de salvación de Dios: que va haciendo posibles la paz, la justicia y el amor. De todos los valores del Reino Jesús subrayó especialmente el amor.

5.1.1. Iglesia del Padre misericordioso: Pueblo de Dios

La Iglesia es santa y al mismo tiempo pecadora, así ha sido revelada desde sus comienzos cuando el pueblo de Israel en el desierto siguió fielmente a su Dios, pero este pueblo también le fue infiel con otros dioses, de esta manera la Iglesia se revela como Iglesia peregrina, en camino de conversión constante desde sus inicios. Los orígenes de la Iglesia están en el insondable misterio de Dios, desde donde brota constantemente su fuerza y sostén como fuente de amor y a donde siempre retorna.

*“Tanto en sus hechos como en sus palabras, el Señor ha revelado su misericordia desde los comienzos del pueblo que escogió para sí y, a lo largo de la historia, este pueblo se ha confiado continuamente, tanto en las desgracias como en la toma de conciencia de su pecado, al Dios de las misericordias. Todos los matices del amor se manifiestan en la misericordia del Señor para con los suyos”*²⁵⁸.

Dios quiso salvar a los hombres no aisladamente sino como pueblo para que le conociera y le sirviera con una vida santa²⁵⁹. La Iglesia de esta manera avanzará en la historia como comunidad y pueblo elegido hasta que Jesús instituye la Nueva Alianza, dándole la oportunidad de nacer de nuevo a través de su Palabra. En el corazón del mensaje evangélico el pueblo recibirá de Jesús una referencia permanente al Padre como Dios misericordioso con todos, que es el mismo Dios que le salvó a sus padres de la esclavitud de Egipto y le dio la libertad y protección haciéndole su pueblo. La Iglesia narrará más tarde su historia de salvación, haciendo siempre referencia a su camino como pueblo, caminando al lado de su Dios compasivo con todos.

La Iglesia es del Padre. Ella fue querida por él desde toda la eternidad y preparada con amor y misericordia en la elección de Israel con quien hizo alianza. Ella nació en la plenitud del tiempo por las misiones del Hijo y del Espíritu, enviados por Dios Padre, fue idea del Padre salvar a todos los hombres como Pueblo por mediación de Jesucristo, su Hijo. De esta

²⁵⁷ LG n° 5.

²⁵⁸ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n° 4, op. cit.

²⁵⁹ Cf. LG n° 9.

manera, Jesús entendió su comunidad de discípulos como continuidad del pueblo de Israel; como aquél, su comunidad vive la esperanza escatológica y además la espera del Reino de Dios: “objeto y corazón de la predicación de Jesús, que está profundamente arraigado en el Antiguo Testamento (...) es sobre todo la relación con el Dios de la alianza el elemento de continuidad entre la comunidad del Antiguo y la del Nuevo Pacto: las dos son el pueblo de Dios”²⁶⁰. Lo mismo que Israel, la Iglesia se concibe como pueblo en éxodo, en camino de conversión, teniendo siempre como referente llegar a ser perfecta como lo es el Dios Padre misericordioso y compasivo.

Su historia con Dios, como Padre compasivo, lo presentará la Iglesia a sus fieles relacionándolo con los momentos singulares de la vida de Jesús el Señor, la Iglesia “debe presentarla del modo en que Jesús lo hizo en sus parábolas, dando testimonio del Dios que ha revelado definitivamente su misericordia en la muerte y resurrección de Jesús”²⁶¹. Dios Padre es el origen y fundamento de la comunión eclesial en el amor y el servicio incondicional: “pues fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la comunión” (1 Cor 1,9). La raíz griega de llamar (*kaleo*) es la misma raíz de la palabra *Ekklesia*; en la raíz de la palabra *Ekklesia* está contenida la palabra llamar: “fui yo mismo quien os elegí” (Jn 15,16); vivirá en común unidad que comprende, ama y perdona: “que seáis unánimes en el hablar, y no haya entre vosotros divisiones; antes bien, estéis unidos en una misma mentalidad y un mismo sentir” (1 Cor 1,10); “nosotros estamos en comunión con el Padre...” (1 Juan 1,3); “sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36).

Según el designio divino, el misterio de la Iglesia se extiende por tanto en el tiempo desde el amanecer de los seres (*Ecclesia ab Abel*) hasta el último día de los tiempos. El designio universal del Padre es que todos los miembros de su Pueblo se salven. De su amor misericordioso surge su plan de salvación para todos y con este mismo amor compasivo se realizará en la historia. Nosotros somos de él y él de nosotros, para nosotros. Dios es el Padre de todos y su misericordia siempre estará presente, como Padre de todos los hombres acude siempre en ayuda y en solidaridad de nuestras necesidades²⁶².

²⁶⁰ B.FORTE, *La Iglesia de la Trinidad*, Ed. Secretariado Trinitario, Valladolid 1996, 95.

²⁶¹ W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 156.

²⁶² Cf. S. MADRIGAL TERRAZAS, “La Iglesia y su misterio”, op. cit., 415.

5.1.2. La Iglesia del Hijo: Cuerpo de Cristo

En las cartas de San Pablo la Iglesia es presentada como Pueblo de Dios y como Cuerpo de Cristo. Sobre el Cuerpo de Cristo afirma que “del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no conforman más que un solo cuerpo, así también Cristo” (1 Cor 12,12). La misericordia de Dios se ve claramente reflejada en una Iglesia que hace cercano al Dios invisible y que es todo amor misericordioso; así la Iglesia, Cuerpo de Cristo, trata de imitar su amor misericordioso: “todos los miembros se preocupan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él” (1 Cor 12,24).

La Iglesia sigue los pasos de Jesucristo, desea tener sus mismos sentimientos de amor misericordioso y compasivo (Flp 2). La Iglesia sabe por Jesús que no tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos, y que Jesús no vino a llamar a los justos sino a los pecadores y despreciados (cf. Mc 2,16ss). Gracias a la misión del Hijo, que construye en la tierra el Reino del Padre cumpliendo en todo su voluntad, se va haciendo posible que en la Iglesia el amor misericordioso vaya echando raíces y desarrollándose junto a los otros valores del Reino: la justicia y la Paz. Sin embargo la misericordia y el amor de Dios van mucho más allá y exigen mucho más de lo que puede exigir la justicia. El amor de Dios siempre va hacia el extremo, y lo mismo sucede con el amor de Jesús. El Cuerpo que conforman todos los creyentes en el amor, conoce sus diferencias pero estas no detienen la mutua aceptación y la común unidad, sino al contrario, la enriquecen y la hacen más fuerte. Desde los primeros siglos de la Iglesia, los Padres tienen presente la conciencia de la intercomunicación y dependencia de unos con otros formando un solo cuerpo que es la Iglesia:

“Cada uno aporta, si quiere y puede, una cantidad módica, bien sea mensualmente, o cuando él quiere. Constituimos un depósito piadoso para que no se gaste en banquetes ni en borracheras, sino en alimentar a los pobres, a los huérfanos desheredados, y a los criados ancianos. También son ayudados los náufragos y los cristianos encarcelados”²⁶³.

La última cena será para Jesús el momento decisivo del amor que se hace todo para todos; después de la cena se realizará lo que en ella ha sido anunciado y anticipado en la Pascua de

²⁶³ TERTULIANO, “Forma cristiana de vivir: compartiendo”, en J.I. GONZALEZ FAUS, *Vicarios de Cristo: Los pobres. Antologías de textos de la teología y espiritualidad cristianas*, Cristianisme i Justicia, Barcelona 2006, 50.

su muerte y resurrección: “Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros” (1 Cor 11,24). En los discursos de la cena podemos reconocer la constitución “apostólica” de la Iglesia: “he manifestado tu nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyo eran y tú me los has dado; y han guardado tu palabra”(Jn 17,6); “haced esto en memoria mía” (1 Cor 11,24). Jesucristo ha puesto en el corazón de la Iglesia la Eucaristía, la Cena; en ella los cristianos renuevan y contrastan la calidad de su amor y su misericordia con Cristo su modelo y cabeza. La Iglesia, que es su cuerpo, vive en comunión de amor y misericordia con el Hijo en un doble aspecto: el primero es la comunión en Cristo: “la copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?” (1 Cor 10,16); y el segundo aspecto es la comunión eclesial: “cuando os reunís, pues, en común eso no es comer la cena del Señor; porque cada uno come primera su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se embriaga” (1 Cor 20), “cada vez que comáis este pan y bebáis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga.” (1 Cor 10,26). “Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hch 2,42)²⁶⁴.

La imagen que mejor transmite la novedad de la Ecclesiólogía del Nuevo Testamento, es la imagen de la Iglesia como unidad en el amor en “Cuerpo de Cristo”, esta intuición aflora y se desarrolla en la primera carta a los Corintios 12,12: “pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo”. El concepto de Cuerpo de Cristo es una representación del nuevo Pueblo de Dios, no le hace competencia, según afirma Bruno Forte. Así de este modo la Iglesia como Cuerpo de Cristo se hace presente en el mundo y continúa la misión de Cristo, que es el motivo principal de su existencia.

5.1.3. La Iglesia del Espíritu Santo: Sacramento de misericordia

El *Pueblo de Dios*, querido desde siempre por el Padre en su designio universal misericordioso de salvación, que es el *Cuerpo de Cristo* constituido como tal por el Hijo mediante su predicación y el misterio pascual, es también la *Iglesia sacramento* de misericordia y amor donde habita el Espíritu de Dios. El término *sacramento* se ha aplicado en la teología cristiana para designar los rituales religiosos, que son centrales en la vida de la

²⁶⁴ Cf. B.FORTE, *La Iglesia de la Trinidad*, op. cit., 124.

Iglesia, y que han sido definidos como “signos eficaces de la gracia” desde el siglo XII con Pedro Lombardo. Ahora bien, si los sacramentos son signos, ¿cómo entender este término referido a la Iglesia que es Cuerpo de Cristo y Pueblo en camino, definida ahora como sacramento? Lo primero que tenemos que precisar es qué entendemos cuando decimos que la Iglesia es un *signo*. Un signo es una realidad sensible (visible, audible, tangible...) que nos remite y nos pone en relación con otra realidad que no es del orden de lo sensible; es la unión de un “significante” y un “significado”.

El concilio Vaticano II dijo repetidas veces que la Iglesia es “sacramento universal de salvación” (LG 1,2; 48,2; 59,1; GS 45,1; AG 1,1; 5,1), por lo tanto, podríamos decir que la Iglesia es sacramento universal del amor y la misericordia de Dios. Como Jesucristo que es cabeza de la Iglesia e imagen viva de la misericordia del Padre, así la Iglesia su cuerpo, forma parte y prolonga en la historia esa imagen de misericordia de Dios. Al nombrar el concilio a la Iglesia como *sacramento*, fue una novedad en la doctrina del Magisterio eclesiástico, ya que en las enseñanzas anteriores al concilio jamás se había dicho que la Iglesia era *sacramento*. El Vaticano II dijo que la Iglesia es sacramento en el sentido de que su naturaleza propia es significativa y causadora de salvación. De esta manera, la Iglesia se descentra de sí misma para situarse abierta al mundo en el eje de la vivencia del amor misericordioso y salvador, que va desde la encarnación a la última cena (la eucaristía), pasando por la entrega del amor extremo de la cruz hasta llegar a la exaltación de la resurrección, la vida plena en Cristo.

La Iglesia como sacramento, fue la alternativa que dio el concilio, a la idea de la Iglesia como sociedad autoritaria y jurídica, esto quiere decir que la nueva forma de entender la Iglesia, tal como la presentó el Vaticano II no va por el camino que lleva al poder autoritario, sino que presenta a la Iglesia desde otro punto de vista. Se trata de la Iglesia que se ha de entender, no desde lo jurídico, sino a partir de lo sacramental.

La Iglesia vivida como sacramento de salvación y por tanto de misericordia, nos ayudará a mirar la Tradición recibida en la Iglesia desde la óptica de la salvación de la humanidad; mirando a su vez la salvación (sin olvidar la Tradición y la Escritura) desde la realidad del mundo, especialmente desde la situación de los hombres más necesitados de misericordia y compasión, es decir, desde la perspectiva de los crucificados de este mundo. Una vez allí, intentar resignificar actualizando lo recibido, estableciendo los rasgos de una nueva manera

de vivir el seguimiento de Jesús que contribuya a la construcción de un mundo más humano y justo para todos: “la diaconía de la caridad, que nunca ha de faltar en nuestras Iglesias, ha de estar siempre unida al anuncio de la Palabra y a la celebración de los sagrados misterios; al mismo tiempo, se ha de reconocer y valorar el hecho de que los mismos pobres son también agentes de evangelización”²⁶⁵.

Desde esta nueva perspectiva se enriquecerá la *koinonia* y la *diakonia* dentro de la Iglesia. Cuando participamos en la vida de Dios y de la humanidad tratando de hacer prácticos los sentimientos de Cristo el Señor, seremos comunidades que salvan; comunidades vivas en el amor y la compasión; comunidades capaces de iluminar los signos de los tiempos leídos desde la Tradición y la Escritura: “si tenéis un corazón compasivo, dadme la alegría de tener los mismos sentimientos, compartiendo un mismo amor, viviendo en armonía y sintiendo lo mismo” (Flp 2,1-2).

5.2. EL ANUNCIO DE LA MISERICORDIA DE DIOS

Según todo lo que hemos visto hasta ahora, podemos afirmar, “que la primera tarea de la Iglesia consiste en anunciar el mensaje de la misericordia”²⁶⁶. La Iglesia sabe que el centro de su mensaje es el amor y debe por tanto dar a conocer al Dios de Jesucristo, que es un Dios trinitario, un Dios comunidad de amor compasivo y misericordioso. En su anuncio, la Iglesia debe poner de manifiesto que la historia de las revelaciones de la misericordia divina hoy tiene una gran relevancia como tuvo en las generaciones que le preceden. La Iglesia tiene el deber de actualizar el mensaje de Jesús y de ofrecer la salvación de manera atractiva para cada generación; tiene que hacer atractiva y cercana la exigencia de la palabra de Dios: “Ojalá escuchéis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón” (Heb 4,7); El Dios misericordioso siempre nos trae algo novedoso capaz de tocarnos y cambiarnos el corazón.

Cuando actualizamos en la Iglesia el mensaje de misericordia de Dios, cobra especial relevancia en un mundo *in-misericorde*; la misericordia y la compasión resultan escandalosas en muchos aspectos ante los que se enriquecen a causa de empobrecer sin misericordia. Si aprovechamos acercar la misericordia dentro del contexto de la *Nueva Evangelización*, la gente recibirá este mensaje como parte esencial del evangelio, y sabrán que no es un evangelio distinto al que conocemos ni que intentamos acomodarlo a la

²⁶⁵ Benedicto XVI, *Verbum Domini* n° 107, Verbo Divino, Estella 2008.

²⁶⁶ W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 155.

realidad, sino que con la misericordia, Jesús nos dice cómo es él, como es Dios y cómo tenemos que ser los cristianos. De esta manera en la Iglesia se hará el esfuerzo para que las nuevas situaciones históricas que vivimos hoy puedan ser iluminadas por la misericordia evangélica, ella indicará un camino que resultará novedoso: “es hacer actual en una nueva situación el mismo evangelio de siempre, el único evangelio”²⁶⁷.

Cuando la Iglesia anuncia la misericordia de Dios, no solamente está diciendo una verdad sobre Dios, sino que al mismo tiempo, también expresa una verdad sobre el ser humano: “pues la verdad más profunda sobre Dios es que Dios es el amor que se dona a sí mismo y siempre está dispuesto a perdonar” (cf. 1 Jn 3,8.16). La verdad más profunda del ser humano es que Dios, en su gran amor misericordioso y compasivo, nos ha creado milagrosamente y que a pesar de serle nosotros infieles y alejarnos de él voluntariamente, no nos ha dejado perdidos, sino que más bien nos ha ganado -por su misterio de salvación- de nuevo para él y de esta manera restablecer nuestra dignidad de una manera aún más milagrosa²⁶⁸. La Iglesia continúa aquí en la tierra el proyecto misericordioso de salvación de Jesucristo, sigue trabajando (por mandato del mismo Señor) en hacer posible su Reino dentro de la historia asistida por la gracia del Espíritu.

5.2.1. La praxis eclesial y la cultura de la misericordia

Como cristianos creemos en el amor de Dios y en la fuerza con la que su misericordia nos acoge, hemos conocido su compasión salvadora por experiencia y sabemos que su interés por la humanidad es verdadero, él siempre permanece fiel a nuestro lado y le importamos. Los cristianos que se esfuerzan porque su amor permanezca en Dios, son conscientes que Dios permanece y camina con ellos (cf. 1 Jn 4,16), tienen la certeza que es aquí, en la práctica del amor misericordioso, donde radica la opción fundamental de la vida cristiana. Saben que no comenzaron a ser cristianos por una decisión ética o una gran idea, sino porque tuvieron un encuentro con una Persona que es en sí mismo el amor y la misericordia compasiva.

Dios, con su amor, da un nuevo horizonte a la vida y con ello una orientación decisiva que lo cambia todo²⁶⁹. Los hombres que aceptan y viven el amor y la misericordia viven de otra

²⁶⁷ W. KASPER, *La misericordia*, op.cit.,156.

²⁶⁸ Cf. KASPER, *La misericordia*, op.cit.,157.

²⁶⁹ Cf. BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* n° 1, op. cit.

manera, lo humano adquiere dimensiones universales más profundas; en las sociedades donde participan estos cristianos, como comunidad viva, van generando sin darse cuenta, una cultura más humana y misericordiosa. Haciendo presente el Reino y el proyecto de Dios en las estructuras de su ciudad, contribuyendo en la transformación del corazón ciudadano y de las estructuras de la sociedad; saben que no están solos en esta tarea ya que reconocen en ellos el apoyo de la acción del Espíritu:

“El Espíritu es la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia. Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana”²⁷⁰.

La práctica de la misericordia no solamente respaldará el mensaje comunicado incesantemente por la Iglesia, sino que al mismo tiempo, los creyentes practicantes sabrán por propia experiencia cómo es Dios y cómo es su Hijo Jesucristo. “Nosotros amamos, porque él nos amó primero” (1 Jn 4,19). El amor genera amor y la misericordia produce misericordia. La vivencia de la misericordia y la compasión nos va transformando y uniendo a la persona de Cristo, por la gracia del Espíritu; la práctica del amor y la misericordia nos van haciendo cada vez más semejantes a Dios, nos van introduciendo en un proceso de *divinización*.

El apóstol Juan ha expresado el acontecimiento de la compasión de Dios con su pueblo con las siguientes palabras: “tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna” (cf. Jn 3,16), estas palabras conforman el eje central de la fe cristiana ya que el amor salva desde dentro y constituye el eje central de la fe. Pero no basta que la Iglesia predique una y otra vez sobre la misericordia, si ésta se queda solo en palabras, es necesario llevarla a la vida (cf. Jn 3,21). Ahora bien, si el amor y la misericordia transforman y humanizan a las personas porque obra la Trinidad en ellas, estas personas con su acción transforman a su vez la sociedad donde se encuentran generando una cultura diferente, haciendo evidente el amor y la misericordia de Dios allí donde se encuentran, humanizando cada elemento de su estructura:

“El desarrollo de las actividades económicas y el crecimiento de la producción están destinados a satisfacer las necesidades de los seres humanos. La vida económica no

²⁷⁰ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* n° 19, op. cit.

tiende solamente a multiplicar los bienes producidos y a aumentar el lucro o el poder; está ordenada ante todo al servicio de las personas, del hombre entero y de toda la comunidad humana. La actividad económica dirigida según sus propios métodos, debe moverse no obstante dentro de los límites del orden moral, según la justicia social, a fin de responder al plan de Dios sobre el hombre”²⁷¹.

Por fortuna existen en la Iglesia innumerables espacios y lugares de misericordia, no solo en la ayuda física que se presta en orfanatos, hospitales, bancos de alimentos, residencias de ancianos, atención a inmigrantes y a las personas sin hogar...etc. que continúan la tradición eclesial, sino que también se intenta a nivel eclesial aunar fuerzas con otras personas y asociaciones de buena voluntad que buscan también atender a los más necesitados de la sociedad. La Iglesia sabe que “todos estos lugares se caracterizan por una cultura cristiana de la compasión”²⁷².

5.2.2. La misericordia en el derecho canónico eclesial católico

La misericordia puede ser mal entendida y se puede mirar desde la óptica de la relajación del *dejar hacer*, o como una aplicación de una *gracia barata*. Aquí nos preguntamos ¿cómo entender *la misericordia* de acuerdo con el verdadero sentido y praxis de la disciplina eclesiástica? Cualquier sociedad organizada como es la Iglesia, tiene un código judicial, que, para que sea eficaz, ha de incluir un sistema procesal eficiente, donde se garantice a cada miembro de la Iglesia el reconocimiento de sus derechos y deberes. Se puede decir que la Iglesia no podría existir como tal sin la garantía de poder acudir a los tribunales cuando sea necesario. Si no existieran los tribunales eclesiásticos sería muy difícil defender los derechos de cada creyente y hasta la misma fe recibida de los apóstoles.

“El principal término neotestamentario para designar a la Iglesia, *Ekklesia*, incluía desde el principio elementos jurídicos o canónicos”²⁷³. El objetivo de un código jurídico en la Iglesia es crear dentro de la sociedad eclesial “un orden tal que, asignando la primacía al amor, a la gracia y a los carismas, facilite el orgánico desarrollo de los mismos en la vida, tanto de la sociedad eclesial como también de cada una de las personas que pertenecen a ella”²⁷⁴. Jesús dio a Pedro la autoridad sobre los demás apóstoles, la autoridad para atar y desatar, es decir, para excluir de la comunidad y reintegrar en ella, estableció un ejercicio de autoridad en vida (cf. Mt 16,19; 18,18).

²⁷¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 2426. Op. cit. Cf. GS n° 64, en *Concilio Vaticano II*, op. cit..

²⁷² W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 165.

²⁷³ W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 170.

²⁷⁴ CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO (1983), BAC, Madrid 2010, XXI.

Desde los comienzos de la Iglesia la ley y la misericordia estuvieron presentes como dialéctica en la aplicación de una justicia misericorde. Ya en los primeros tiempos se produjeron expulsiones de la comunidad: como la de Ananías y su mujer Safira (cf. Hch 5,1-11), que fueron mentirosos en su donación a la Iglesia. También desde un comienzo hubo protección de la doctrina recibida de Jesús: “bastantes de los que habían practicado la magia reunieron los libros y los quemaron delante de todos (...) de esta forma la palabra del Señor crecía y se difundía poderosamente” (Hch 19,19-20). El mismo San Pablo pide a su discípulo Timoteo y a todos los que pertenecen a la Iglesia: “proclama la Palabra, insiste a tiempo y destiempo, arguye, reprende, exhorta con toda paciencia y pedagogía” (2 Tim 4,2)²⁷⁵.

El castigo en las primeras comunidades es la *ultima ratio*, y el miembro de la Iglesia está temporalmente excluido para ayudarle en su corrección, solo será expulsado por causas muy graves o por continuas reincidencias. Siempre está presente en la Iglesia la misericordia en todos estos castigos, ya que el objetivo es terapéutico y pedagógico. De alguna manera anticipa el juicio escatológico del Reino de Dios²⁷⁶. La tradición católica conoce el principio de la equidad (*epiqueya*), ésta debe rellenar los huecos al tratar ciertos casos singulares y, como justicia superior que es, lejos de dejar sin validez en el caso concreto la norma jurídica objetiva, la aplica de manera inteligente, de suerte que la aplicación sea realmente justa y no se torne injusta en la práctica.

Tomás de Aquino hizo suya y profundizó esta idea en el espíritu de la *misericordia* bíblica²⁷⁷. Por esto las leyes humanas solo valen *ut in pluribus*, en la mayoría de los casos. La misericordia no abole la justicia, sino que por el contrario le da cumplimiento y la exalta. Santo Tomás solía decir que la justicia sin la misericordia es crueldad, la misericordia sin la justicia es la madre de la disolución; por lo tanto, ambas deben estar en relación²⁷⁸.

En el Código de Derecho Canónico actual se establece que todos los fieles cristianos católicos tienen el derecho reconocido a acudir a los tribunales. En el Canon 221 n° 2 del Código de Derecho Canónico²⁷⁹, se habla de la equidad de todos los bautizados ante la ley de la Iglesia: “Si son llamados a juicio por la autoridad competente, los fieles también tienen

²⁷⁵ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 170.

²⁷⁶ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 170.

²⁷⁷ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *S.th.* II/II q.120 a.2. Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 172.

²⁷⁸ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Super Ev. Matthaei*, cap. 5 Lc 2. Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 172.

²⁷⁹ CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO (1983) n°2, op. cit., cc 221.

derecho a ser juzgados según las normas jurídicas, que deben ser aplicadas con equidad”. Podemos plantearnos si la equidad de la que habla este canon se debe identificar con la caridad, en el sentido de moderar o atenuar las consecuencias restrictivas de la aplicación del derecho o del proceso. Sin embargo, si bien la caridad es la virtud que ha de ser el eje de la vida de la Iglesia, como hemos visto hasta ahora, no se puede contraponer con la justicia como si fuera necesario ser injusto para vivir la caridad, expresándolo brevemente, no es caritativa la injusticia. Es posible acudir a las excepciones que tiene la ley y moderar de esta manera el uso de sanciones y restricciones, siempre que tal interpretación no sea injusta y no vaya contra las exigencias de la justicia.

Juan Pablo II, en el discurso a la Rota Romana de 1990, planteó delante de los auditores de este tribunal que “también la justicia y el derecho estricto -y por lo tanto las normas generales, las sanciones, y las demás manifestaciones jurídicas típicas, cuando se hacen necesarias- se requieren en la Iglesia para el bien de las almas y son por lo tanto realidades intrínsecamente pastorales”. Como se ve, se debe considerar que la aplicación estricta del derecho también es exigencia de la caridad y de la equidad que pide el Código. Se hace necesario, como se ve, profundizar algo más en el sentido y la finalidad de la justicia -o mejor, de la administración de la justicia, de la función judicial- en la Iglesia. La justicia sin misericordia nunca será la justicia de Dios, pero al mismo tiempo deben estar claros los límites en normas entendibles a todos que faciliten el funcionamiento de las comunidades eclesiales.

CAPÍTULO VI

LOS SACRAMENTOS, MEDIACIONES QUE NOS CRISTIFICAN

Para ayudarnos en el camino de la vida cristiana, Jesucristo ha querido darnos la mediación de los sacramentos a través de su Iglesia, nos ha concedido gratuitamente este regalo de su misericordia y de su gracia respetando en todo momento nuestra libertad; la gracia sacramental la recibimos cuando respondemos libremente al don de su amor y misericordia, de manera incondicional, participando en los sacramentos con fe; afirmaba el teólogo Chauvet, que los sacramentos no son realidades inertes “sino mediaciones expresivas del don de Dios”²⁸⁰.

La palabra *sacramento* proviene del latín *sacramentum*, “cuya raíz *sacr-* expresa relación con lo divino; se designaba como *sacrum* (sagrado) lo que pertenecía a los dioses”²⁸¹. El sacramento es un instrumento para la salvación, por lo tanto, es mediación de la misericordia y del amor de Dios que nos cristifica. Los sacramentos del Nuevo Testamento son instituidos por Cristo nuestro Señor y encomendados a la Iglesia “son signos y medios con los que se expresa y fortalece la fe, se rinde culto a Dios y se realiza la santificación de los hombres, y por tanto contribuyen en gran medida a crear, corroborar y manifestar la comunión eclesial; por esta razón, tanto los sagrados ministros como los demás fieles deben comportarse con grandísima veneración y con la debida *diligencia* al celebrarlos”²⁸².

En los sacramentos Dios se hace presente en el mundo y dinamiza su Iglesia. Son signos que continúan la misma misericordia de Dios: edifican, alimentan y fortalecen la fe de los miembros de la Iglesia ²⁸³. Son signos visibles de su amor y su compasión en el mundo, signos visibles de una gracia invisible que hacen eficiente lo que significan.

Entre los cristianos del siglo II se utilizó *sacramentum* para traducir la palabra griega *mysterion*; Tertuliano fue el primero que la empleó para designar el bautismo y la eucaristía y después se generalizó este significado dentro de las primeras Iglesias. Desde los inicios de

²⁸⁰ L.M. CHAUVET, *Símbolo y Sacramento, dimensión constitutiva de la existencia cristiana*, Herder, Barcelona 1991, 165.

²⁸¹ A. MIRALLES, “Sacramento/sacramentos” en C. IZQUIERDO (dir), *Diccionario de Teología*, EUNSA, Pamplona 2006, 888.

²⁸² CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, cc 387.

²⁸³ Cf. SC n° 59.

la Iglesia “tradicionalmente los sacramentos se han definido como signos eficaces de la gracia”²⁸⁴, por ejemplo para Orígenes el signo era concebido como principio operativo a través del cual se consigue la gracia como efecto.

San Agustín comenzó a llamar *sacramento* al signo que se refiere a las cosas divinas, para Agustín el signo es una realidad que va más allá de la imagen que se imprime en los sentidos, lleva al conocimiento de una realidad ulterior. Los sacramentos bajo la apariencia de cosas materiales hacen presente la virtud divina llevando a cabo el poder salvador de Dios²⁸⁵. Los sacramentos son entregados a la Iglesia como don que ella debe conservar y administrar en su tiempo, lugar y situaciones oportunas. En la medida que los sacramentos van conduciendo a los creyentes hacia la madurez en la vida cristiana, es decir, a la plena identificación con Cristo, los sacramentos van actualizando la sacramentalidad de la Iglesia. Por otro lado, Dios no quiere que nos santifiquemos aisladamente sino en conexión con el resto de la humanidad, como pueblo suyo²⁸⁶, por esto los sacramentos son administrados en su Iglesia que es *Pueblo de Dios* y a la vez *Sacramento*. Los sacramentos presentan tres claves o características importantes:

Una primera clave sería *su historicidad*, porque son hechos históricos, son prácticas que forman parte de la vida en la que Dios se hace presente en espacios y en tiempos concretos; realidades del culto cristiano. Son una práctica con palabras, gestos y símbolos. Históricamente varió su número en la historia hasta llegar a ser reconocidos los siete sacramentos.

Una segunda clave sería que los sacramentos *son integradores*, ya que son un puente-signo entre dos mundos: lo divino y lo humano, unen también la teoría y la práctica; son a la vez un puente temporal que integra el tiempo: une el *pasado* (haciendo memoria de Cristo: Alfa), se celebra en el *presente* y se enfoca hacia el *futuro* escatológico, (Cristo recapitulador, es omega)²⁸⁷. Los sacramentos provienen del amor y la misericordia de un Dios que se encarna en Cristo y se hacen signos concretos de su presencia en la vida de los

²⁸⁴ R. GERARDI, “Signo sacramental” en L. PACOMIO (ed), *Diccionario Teológico Enciclopédico*, Verbo Divino, Estella 1995, 905.

²⁸⁵ Cf. A. MIRALLES, “Sacramento/sacramentos”, en C. IZQUIERDO (dir), *Diccionario de Teología*, op.cit., 888-889. Cf. R. GERARDI, “Signo sacramental” en L. PACOMIO (ed), *Diccionario Teológico Enciclopédico*, op.cit. 905.

²⁸⁶ LG n° 9.

²⁸⁷ J. Ratzinger, “El fundamento sacramental de la existencia” en *Ser Cristiano*, Sígueme, Salamanca 1967, 57-84.

hombres. Cada sacramento en el momento que es celebrado, es medio por el cual Dios se hace presente en el mundo, lo eterno se hace presente en lo temporal dinamizando a sus miembros y a su Iglesia, los sacramentos nos hominizan y nos divinizan. En ellos se hace presente la misericordia de Dios y nos ayudan a ser misericordiosos.

Y como tercera clave tenemos que los sacramentos son una *inserción* en el cosmos divinizado y una *inserción* en la historia que nace con Cristo. Son un tratado afirmativo de la creación, optimista y positivo que afirma nuestra materia (cuerpo) y la materia de la creación. Llevan al hombre a experimentar en la transparencia del mundo su eterno fundamento en el amor y la misericordia de su Dios y a conocer su destino, saber que al final todo lo veremos a la luz de su amor y su misericordia.

En la vida del creyente, los siete sacramentos acompañan los momentos claves de su vida: cuando se inicia como miembro de la Iglesia: recibe el bautismo; cuando forma parte de la comunidad de creyentes: la confesión y la comunión; cuando su fe es madura y la ratifica personalmente: la confirmación; cuando decide hacer su opción fundamental de vida: el orden o el matrimonio; cuando está muy enfermo o cerca de la muerte: la unción de los enfermos. Los sacramentos están ordenados de tal manera a lo largo de la vida de los creyentes que les asisten confiriéndoles la gracia de Dios en los momentos claves de su existencia, así de este modo, les irán conduciendo para que su vida sea un culto y gloria a Dios, y además, les guiarán poco a poco a su propia santificación²⁸⁸. Los creyentes, de esta forma, contribuyen a la edificación del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

Los sacramentos nos van conduciendo pedagógicamente en un dinamismo virtuoso hacia la plenitud de nuestra vida, a la que hemos sido destinados desde la creación, nos proporcionan en el transcurso de la vida sentido y el desarrollo progresivo de nuestra fe, del amor y de la esperanza que proyectan su dirección hacia nuestra divinización en Dios. Cristo está presente en los sacramentos transmitiéndonos su fuerza, “cuando alguien se bautiza es Cristo quien bautiza”²⁸⁹. Cristo es el modelo, él ha realizado ya este recorrido, él es camino, el alfa y la omega, ya que “todo fue creado en él y para él” (Col 1,16) y todo será recapitulado en él, “Dios será todo en todos” (1 Co 15, 28).

²⁸⁸ SC n° 59.

²⁸⁹ SC n° 7.

6.1. LOS SACRAMENTOS CONTINUADORES DE LA MISERICORDIA

La Iglesia está habitada por el Espíritu Santo y él es quien la hace sacramento de amor y de misericordia en el mundo. El Espíritu la ayuda para que continúe la misión y la presencia de Jesús el Señor, mediante una presencia activa rica en amor misericordioso, haciendo cercano y creíble el modo de ser de Dios Padre. La Iglesia expresa la compasión y la misericordia de una manera especial, cuando acompaña cada etapa de la vida de los creyentes a través de la administración de los siete sacramentos.

Los cánones del Derecho Canónico del 834 al 848, inspirados en el concilio Vaticano II, son claves para entender el espíritu y las preocupaciones de la Iglesia sobre la materia de los sacramentos: no son considerados aquí como cosas espirituales, sino como expresión cultural, como expresión de la liturgia cristiana. En ellos se subraya especialmente el aspecto santificador de los sacramentos, ya que son actos sacerdotales de Cristo cabeza y de la Iglesia, su cuerpo.

Los sacramentos y la liturgia expresan una dimensión descendente y otra ascendente en la santificación y en el culto: aquí Dios es glorificado y los hombres plenificados. La Iglesia es un sacramento de mediación, hace de puente de encuentro entre Cristo y los miembros de la Iglesia; entre ellos prioriza, como lo hizo Jesús, a las personas más débiles y necesitadas. De esta manera la Iglesia cumple el mandato de Jesús de ser misericordiosa como el Padre celestial (Lc 6, 36-38), esta acción compasiva la realiza “a través de la palabra y el sacramento, pero también a través de su vida toda, la Iglesia tiene que hacer presente en la historia y en la vida del cristiano individual el evangelio de la misericordia, que es el propio Jesús”²⁹⁰.

En la comunidad eclesial el sacramento primordial es Jesucristo, y, en su vida, palabras, ministerio y destino, podemos reconocer cómo actúa Dios sobre el hombre, en Jesucristo, Dios realiza su historia con los hombres. Los cánones del Derecho Canónico antes mencionados, recogen lo planteado en el concilio Vaticano II y dice en sus códigos 834 y 837, que “la principal manifestación de la función santificadora de la Iglesia tiene lugar en la liturgia en la que se unen culto a Dios y santificación del hombre como vertientes de una

²⁹⁰ W. KASPER, *La misericordia*, op.cit.,153.

misma realidad. Expresión cualificada de la liturgia son las acciones sacramentales”. De esta manera la Iglesia es continuadora de la misericordia del Padre al estilo de Jesús, así mismo, mantiene en su tradición práctica las obras de misericordia, donde se hace patente la herencia evangélica de Jesús.

6.1.1. En el bautismo, la confirmación y la eucaristía: Dios nos acoge en su amor

6.1.1.1. El bautismo y la confirmación

Por el bautismo nos incorporamos a Cristo y a su Iglesia, haciéndonos miembros. Es una incorporación que responde al don del amor y la misericordia de Dios, respondemos libremente a su don formando parte del cuerpo de su Hijo unigénito y colaborando en su plan de salvación en el mundo.

El bautismo es, pues, la primera respuesta del creyente al amor de Dios, de esta forma dice su sí al amor que Dios le tiene, entrando a formar parte de su plan misericordioso de salvación: “El primer lugar entre los sacramentos lo ocupa el santo bautismo, que es la puerta de la vida espiritual, pues por él nos hacemos miembros de Cristo y del cuerpo de la Iglesia”²⁹¹. El bautismo incorpora a los creyentes a la Iglesia y por el carácter sacramental al culto cristiano, los nuevos miembros de la comunidad “por su nuevo nacimiento como hijos de Dios están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia”²⁹². Al bautizarnos, Cristo nos hace partícipes de su don de profecía, de su reinado y de su sacerdocio (sacerdocio común); participando de los *tria munera* de Jesucristo seremos sus colaboradores como miembros activos de su Iglesia.

El bautismo entre los siete sacramentos ocupa un lugar primordial, es el postigo para entrar en un singular estilo de vida según Cristo, por medio de él aceptamos a vivir conforme a la voluntad de Dios como hizo Cristo. El bautismo es la iniciación a la vida espiritual para el cristiano, nos dejamos a partir de ahora guiar por Dios Padre como hijos adoptivos, recibiendo libremente la auto-donación de Dios y respondiendo a su amor y misericordia, aceptando caminar *humildemente de su mano* (Mi 6,8). Por el bautismo, nos vamos configuramos en Cristo: “porque también todos nosotros hemos sido bautizados en el mismo Espíritu” (1 Co 12,13).

²⁹¹ CONCILIO DE FLORENCIA (1439) “Decreto para los armenios” en H. DENZINGER-P. HÜNERMANN, *El magisterio de la Iglesia*, op.cit., nº 1314.

²⁹² LG nº 11.

Como antecedentes del bautismo en el AT, tenemos que en la creación todo nace del agua: “El Espíritu se movía sobre las aguas” (Gn 1,2); en el diluvio Dios expresa su misericordia dando a la humanidad una nueva oportunidad, un nuevo nacimiento, perece lo antiguo y nace lo nuevo, Dios vuelve a repetir lo anteriormente dicho a Adán y Eva “Creced y multiplicaos y llenad la tierra” (Gn 9,1); luego en el paso del mar Rojo cuando nace Israel como Pueblo de Dios, Israel reconoce que Dios ha sido misericordioso con ellos (Sal 135) y también reconocen que camina con ellos: “mi fuerza y mi refugio es el Señor. Él fue mi salvación”. En el texto de 1 Corintios 10,1 y siguientes, se dice que todos fueron bautizados con Moisés al atravesar el mar Rojo: “nuestros antepasados estuvieron bajo la nube, todos atravesaron el mar, y todos fueron bautizados como seguidores de Moisés, al caminar bajo la nube y al atravesar el mar”.

En el Nuevo Testamento la relación más cercana al bautismo cristiano es el rito bautismal que ejercía Juan el Bautista, que llamaba a la conversión y al perdón de los pecados, de hecho al profeta Juan le llamaban *el Bautista* (el bautizador). Para las comunidades del Nuevo Testamento este bautismo tuvo gran importancia, hasta el mismo Jesús se hizo bautizar por él a orillas del Jordán como uno más del pueblo (Mc 1, 9-11)²⁹³.

El Nuevo Testamento nos narra el bautismo de Jesús como un hecho histórico del que no se tiene duda. Jesús se une al grupo y se quiere hacer bautizar *como uno de tantos...como un hombre cualquiera*..(Flp 2), pero Juan le reconoce entre la multitud y le exalta entre todos reconociendo que en realidad es él el que necesita ser bautizado por Jesús: “soy yo el que necesito que tú me bautices” (Mt 3,13); allí se pone en conocimiento de todos que Jesús es Hijo de Dios: “este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mt 3,17). Aquí queda clara la elección de Dios por Jesús, una elección y reconocimiento en el amor: “Este es mi Hijo amado”.

La historia del bautismo es una historia de vocación: Jesús se sabe y se siente Hijo predilecto, además, el Espíritu de Dios desciende sobre él y lo empuja a la misión que le encomienda el Padre (Lc 4,18). Jesús mediante su misión hace cercano el rostro misericordioso de Dios Padre, él nunca se apartará de los pecadores, sino que se presenta y actúa entre ellos (Mt 3,15). Jesús nunca aparece en los evangelios bautizando, es más bien

²⁹³ Cf. F-J NOCKE, “Doctrina general de los sacramentos”, en T.H. SCHENEIDER, *Manual de teología dogmática*, op.cit., 851.

Jesús el que envía a sus discípulos a predicar y a bautizar: “haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo” (Mt 28,19).

El sacramento de la confirmación es la plenitud del bautismo y siempre ha estado íntimamente relacionado con él, de hecho, en los primeros siglos de la Iglesia el bautismo y la confirmación formaron parte del mismo sacramento de iniciación para los cristianos. Es así como, tanto el bautismo como la confirmación son considerados sacramentos de iniciación cristiana según confirman las fuentes patrísticas. Ambos imprimen carácter, por lo cual no se pueden repetir. El bautismo además de responder al amor y formar parte del plan misericordioso de salvación de Dios, nos da la oportunidad de recuperar la *imago Dei* primigenia deformada por el pecado y nos pone en camino para poder participar de lleno en la vida de Dios a través de su mediador por excelencia: Jesucristo. El bautismo “es el signo y el instrumento del amor proveniente de Dios que nos libra del pecado original y comunica la participación en la vida divina”²⁹⁴.

En la Patrística, Cirilo de Jerusalén relaciona el bautismo con un nuevo nacimiento²⁹⁵ y éste relacionado con una nueva actitud de vida que es misericordiosa con el débil y el pobre: “Quien camina en el día se mueve en la luz, así durante la inmersión no veáis nada, como en la noche, mientras que al salir os encontrabais como a la luz del día”, si se tiene misericordia con el hambriento seremos *luz de medio día*, lo afirma así Isaías:” si repartes tu pan al hambriento y satisfaces al desfallecido, entonces surgirá tu luz en las tinieblas y tu oscuridad se volverá luz de medio día”²⁹⁶.

Por el bautismo y la confirmación entramos a formar parte de una comunidad fraterna de salvación, estamos llamados a perpetuar el amor misericordioso y salvador de Dios, de esta manera cada creyente y la Iglesia toda deben vivir la misericordia como respuesta al amor y fidelidad de Dios haciendo que este amor se comunique al mundo invitándolo a hacerse partícipe del plan de salvación que Dios tiene pensado y ofrecido a toda la humanidad. La misericordia y fidelidad de Dios, derramada en el corazón de los cristianos, es punto de partida para un nuevo modo de existencia en Cristo, que desarrollará una conducta propia de hijos de Dios, siguiendo el ejemplo de Cristo, que nos llevará inevitablemente a una vida

²⁹⁴ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Instrucción sobre el bautismo de los niños*, n° 28.1, 20 Oct. 1980.

²⁹⁵ CIRILO DE JERUSALÉN, *Mist II*, 4 en *Instrucciones Generales en forma de Catecismo*, F. A. POUGET, Imp. Cano, Madrid 1793, 21-22.

²⁹⁶ Is 58,10.

virtuosa, enraizada en el amor y la misericordia.

Philip Rosato, concibe el sacramento del bautismo como la “prolongación histórica del acto profético de Jesús en favor de la justicia”²⁹⁷; Rosato afirma, que la liturgia cristiana es como una *epiclesis recurrente* del Espíritu Santo, de esta manera los beneficios pasados y futuros de la persona y misión de Jesús recaen sobre los cristianos en el tiempo presente, consolidando de esta manera y recreando la Iglesia mediante el regalo don de la gracia divina, consecuentemente, los cristianos traducirán esta gracia en acciones que cambiarán la sociedad.

El bautismo y la confirmación, como sacramentos de iniciación, nos ponen en el camino de Jesús, nos inician en su doctrina y nos inician en la fe. Nuestra referencia a partir de este primer momento será la vida y actitudes de Cristo el Señor, vividas a nivel personal y en comunidad: “ (...) el Padre Dios ha establecido, que las palabras y acciones de Jesús, su Hijo encarnado, habitado por el Espíritu, sirvan como instrumento de justificación para el mundo en la historia, llevándola hacia la plenitud de la nueva creación”²⁹⁸.

Los sacramentos de iniciación ponen en nuestras manos el Credo de la fe y nos invitan a irlo haciendo referencia constante de nuestra vida, el Credo nos ayuda a tener presente que Dios se hizo uno de nosotros, se rebajó, encarnándose como un hombre cualquiera, se hizo uno de tantos por amor y misericordia hacia la humanidad entera (Cf. Flp 2,7) para levantarnos, divinizarlos y resucitarlos con cuerpos transformados por amor y por misericordia, para llevarnos hacia la plenitud a la que estamos llamados. Sobre todo subrayaremos que Jesús murió y resucitó por amor y misericordia a cada ser humano, este es el gran fundamento de nuestra fe.

6.1.1.2. La Eucaristía

El concilio Vaticano II considera a la eucaristía como «fuente a la vez que culminación de toda la vida cristiana» mediante ella vive, se edifica y crece sin cesar la Iglesia de Dios²⁹⁹. Después del bautismo-confirmación, la eucaristía es el tercer sacramento en importancia; es en sí mismo un sacramento de comunión, una oferta permanente de amor y misericordia extrema de Jesucristo para unirnos al Dios trino a través de su propio cuerpo entregado:

²⁹⁷ P. ROSATO, *Teología de los Sacramentos*, Verbo Divino, Estella 1994, 66.

²⁹⁸ P. ROSATO, *Teología de los Sacramentos*, op.cit., 67.

²⁹⁹ LG n° 26 y UR n° 15.

“Porque él mismo, llegada la hora en que había de ser glorificado por ti, Padre Santo, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Y, mientras cenaba con sus discípulos, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio, diciendo: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros”. Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz y, dándote gracias de nuevo, lo pasó a sus discípulos, diciendo: “Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía”. Este es el sacramento de nuestra fe”³⁰⁰.

Esta plegaria de la consagración no se limita en la misa a la narración de la entrega generosa del Señor que se hace presente con su cuerpo y sangre, sino que al mismo tiempo proclama su resurrección sin la cual vana sería nuestra fe: “recordamos la muerte de Cristo y su descenso al lugar de los muertos, proclamamos su resurrección y ascensión a tu derecha”. Celebramos en la eucaristía el misterio de su salvación y pedimos que nos convierta y nos haga a su estilo “que él nos transforme en ofrenda permanente”³⁰¹.

La eucaristía recoge en sus oraciones y en su celebración la razón de nuestra fe: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!”³⁰². Jesucristo parte para nosotros el pan, pero también se hace pan partido y sangre derramada para que nosotros, según su ejemplo, nos entreguemos también por la salvación del mundo, siendo escándalo de misericordia y amor como él lo fue: “en la eucaristía se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación (cf. Ef 1,10; 3,8-11). En ella, el *Deus Trinitas*, que en sí mismo es amor (cf. 1 Jn 4,7-8), se une plenamente a nuestra condición humana”³⁰³.

En el Antiguo Testamento, el banquete es un signo de comunión. Se practica la hospitalidad, la mesa común es presentada como acogida y agasajo a los huéspedes, compartiendo la comida en la encina de *Mambré* (Gen 18,1-18), también como ausencia de pan y comida en solidaridad con el dolor del luto (Jer 16,6-7), y cuando el pueblo de Israel en el desierto pide alimento, y obtiene el maná, Moisés les dice: “éste es el pan que Yahvé os da de comer” (Éx 16,15). En la celebración de la Pascua judía tenemos varios elementos como: la preparación del banquete (la cena con cordero y hierbas amargas), el memorial de la historia de salvación en el Mar Rojo, y el sacrificio del cordero. Todos elementos que serán

³⁰⁰ PLEGARIA IV DE LA MISA, *Misal completo renovado*, Icergua, Guatemala 2007.

³⁰¹ PLEGARIA III DE LA MISA, *Misal completo renovado*, op.cit.

³⁰² PLEGARIA IV DE LA MISA, *Misal completo renovado*, op.cit.

³⁰³ BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis* n°8, Palabra, Madrid 2007.

heredados en nuestra eucaristía³⁰⁴, en la cual la salvación definitiva ha llegado con la entrega de una vez para siempre de Jesucristo, “el antiguo rito ya se ha cumplido y ha sido superado definitivamente por el don de amor del Hijo de Dios encarnado”³⁰⁵. Dice Gesteira, que “más allá del banquete sacrificial, la eucaristía es un banquete en el que el sacrificio de Jesús se hace misteriosamente presente y no sólo un banquete cultural que da participación en la carne y la sangre de una víctima, o en los efectos de un sacrificio anterior”³⁰⁶.

Jesús continúa derramando su sangre y entregando su cuerpo, su acto no sólo fue una entrega “de una vez para siempre, irrepetible” *ephapax*, sino que es un acto que tiene resonancia perpetua histórica. La eucaristía prolonga en la historia la presencia de Jesús que llega por amor a la entrega misericordiosa más extrema: hasta dar la vida por todos, de una vez para siempre, es un acto de amor que tiene una resonancia eterna.

6.1.1.2.1. La Eucaristía, acto sublime de amor y de misericordia

La eucaristía es un acto extremo de amor misericordioso por parte de Jesús que genera unión entre diversos: “te pido que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros” (Jn 17,21); “(...) para que lleguen a la unión perfecta, y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado, y que los amas a ellos como me amas a mí” (Jn 17,23).

También la eucaristía hace memoria del misterio pascual de Jesucristo: su muerte y resurrección; ayuda a reenfocar la vida de los creyentes que la celebran, colocando como referencia, la vida de Cristo el Señor entregada por amor y misericordia para la salvación de muchos. La eucaristía nos lanza el reto de “haced esto en memoria mía”, es decir, haced entrega de vuestra vida a mi estilo: hasta llegar al extremo del amor y de la misericordia.

El sacrificio de Cristo en la eucaristía lo entendemos de forma diversa a como se entendía el sacrificio en el Antiguo Testamento, donde se ofrecía una víctima animal perfecta cada vez que se pedía perdón por algo a Dios. En el Nuevo Testamento, la eucaristía nunca se relacionó en los comienzos del cristianismo con el sacrificio, para no confundir los ritos judíos o paganos con la celebración de la cena donde el único sacrificio es Cristo.

³⁰⁴ Cf. F.J. NOCKE, “Doctrina general de los sacramentos”, en SCHEIDER, *Manual de teología dogmática*, op.cit., 847ss.

³⁰⁵ BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis*, op.cit., nº 10-11.

³⁰⁶ M. GESTEIRA, *La eucaristía, misterio de comunión*, op.cit., 326.

Jesucristo que es sacerdote, víctima y altar, se ofrece en la eucaristía de una vez para siempre por nuestros pecados, en el prefacio de la eucaristía de Pascua se proclama: "muriendo, destruyó nuestra muerte, y resucitando restauró la vida"; de hecho, Dios Padre nos salvó de todos nuestros pecados y de la perdición no sólo entregando a su Hijo por nosotros sino resucitándolo de entre los muertos (cf. 1 P 1,3-5). La eucaristía aparece unida al misterio pascual: muerte–resurrección. Jesús muere por amor continuando hasta el extremo la misericordia del Padre, y el Padre le resucita también por amor, continuando su misericordia en la historia de la salvación. En la eucaristía, la cruz de Cristo apunta a la plenitud de la resurrección: “Es sobre todo la resurrección del Señor la fuente última de donde dimana la eucaristía (...) sin la resurrección la eucaristía no llegaría a existir. Porque la vida y la muerte de Jesús podrían suscitar el *recuerdo* de los discípulos, mientras que sólo la resurrección puede ser generadora de la *presencia* de Cristo”³⁰⁷.

6.1.1.2.2. *La Eucaristía, banquete de reconciliación en la misericordia*

En el Nuevo Testamento aparece muchas veces en las parábolas de Jesús: la metáfora del banquete como imagen del Reino de Dios ya presente (Mt 22,1-10); de esta otra manera nos acerca Jesús al Padre compasivo y misericordioso, un Padre que es capaz de perdonar a los pecadores y de festejar la reconciliación con un banquete festivo (cf. Lc 15,11-32)³⁰⁸; así mismo, relaciona el banquete con la calidad de nuestro amor a los hermanos, el gesto eucarístico de donación de Jesús está siempre ante nuestros ojos como modelo de contraste en la entrega, donde podemos comparar la efectividad de nuestro amor y misericordia con la suya: “si en el momento de llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano” (Mt 5,23-24).

En Marcos capítulo 6 versículos 34 y siguientes, nos presenta la acción preocupada de Jesús ante las necesidades de la gente que le sigue (preanunciando la eucaristía): “al desembarcar, vio Jesús un gran gentío, *sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor*, y se puso a enseñarles muchas cosas. Como se hacía tarde, los discípulos se acercaron a decirle: el lugar está despoblado y ya es muy tarde. Despídelos para que vayan a los caseríos y

³⁰⁷ M. GESTEIRA, *La eucaristía, misterio de comunión*, op.cit., 77.

³⁰⁸ Cf. F.J. NOCKE, “Doctrina general de los sacramentos”, en SCHEIDER, *Manual de teología dogmática*, op.cit., 897-898.

aldeas del contorno y se compren algo de comer. Jesús les replicó: Dadles vosotros de comer. (...) Jesús mandó que se sentaran todos por grupos sobre la hierba verde (...) *pronunció la bendición, partió los panes y se los fue dando a los discípulos para que los distribuyeran*”, es interesante observar aquí, como el texto coloca a los discípulos como mediadores entre Jesús y el pueblo. Este pasaje nos acerca a un Jesús con entrañas de misericordia, como Dios Padre que es capaz de ver la aflicción del pueblo (Cf. Éx 3,7).

Como ya dijimos, la misericordia no puede quedarse en la compasión, sino que va más allá, actúa para remediar la situación de necesidad del hermano que nos ha despertado compasión. La ética forma parte constitutiva de la fe y en la mesa eucarística debe generar en nosotros compromiso con los débiles.

La celebración eucarística nos debe lanzar a vivir el amor como Jesucristo lo vivió; ya que el don de Dios genera testimonio y compromiso de vida³⁰⁹. El sacrificio de la eucaristía debe despertar al amor y al compromiso: “haced esto en memoria mía”, desde siempre esto nos lo ha pedido Dios. Antes que el culto, o mejor dicho, con el culto debe estar la práctica del amor y la misericordia con los hermanos. El Señor nos dice por boca de Oseas: “Misericordia quiero, no sacrificios” (Os 6,6); y en el Salmo 50, llamado también *Miserere*: “Si te ofrezco un holocausto, no lo aceptas. Dios quiere el sacrificio de un espíritu contrito, un corazón contrito y humillado, oh Dios, tú no lo desprecias” (Sal 50,18-19). En Mateo hay resonancias del texto de Oseas que acabamos de ver, “(...) id pues y aprended qué significa Misericordia quiero y no sacrificios; yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mt 9,13), “Si supierais lo que significa: misericordia quiero y no sacrificios, no condenaríais a los inocentes” (Mt 12,7).

Sobre la eucaristía, nos dice la *Lumen Gentium*, que “alimentados en la sagrada eucaristía con el Cuerpo de Cristo, se muestra de manera concreta la unidad del Pueblo de Dios, que este Santísimo Sacramento significa tan perfectamente y realiza tan maravillosamente” (LG n°11). El comulgar nos une a la persona de Cristo y nos ayuda a ser otros cristos para el mundo: “al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la víctima divina y a sí mismos con ella”³¹⁰.

La comunión, es pues, la gran mesa circular donde todos tenemos un sitio y donde todos

³⁰⁹ Cf. L.M. CHAUVET, *Símbolo y sacramento*, op.cit.,167-194.

³¹⁰ LG n° 7 y 11.

somos iguales sin distinción alguna. Jesús en ella se hace pan repartido y sangre derramada, sus dos naturalezas están presentes en las especies de pan y vino consagradas, donde el Espíritu realiza en ellas la trans-sustanciación. La sustancia del pan y del vino desaparecen para contener el Cuerpo y la Sangre del Señor Jesús. Del Espíritu y del Señor resucitado proviene la fuerza de transformación de la eucaristía, como dice Gesteira, “es sobre todo la resurrección del Señor la fuente última de donde dimana la eucaristía.”³¹¹.

Participando realmente del Cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a una comunión con él y entre nosotros: “porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan” (1 Co 10,17). Así todos nosotros nos convertimos en miembros de ese Cuerpo (cf. 1 Co 12, 27).

6.1.2. La penitencia, excelencia de misericordia

La penitencia es el sacramento donde más se hace palpable la misericordia y la compasión de Dios, que no dejó al hombre perdido en la ceguera de su pecado sino que salió a su encuentro buscando una reconciliación y ofertándole su perdón; así lo rezamos en la Plegaria IV de la Eucaristía de la misa: “y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca”³¹². El Dios creador se responsabiliza de su creación, de sus criaturas, hasta el final. No se desentiende de ellas siempre esta pendiente de su creación con amor misericordioso. Dios da siempre segundas oportunidades y perdona hasta *setenta veces siete* (Mt 18,15).

Reconocemos que como seres humanos somos débiles para perdonar, Jesús lo sabía y por esto, al enseñarnos a orar a Dios Padre añadió la petición: “perdónanos nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden” (Mt 6,12). Jesús también conocía que la mota del ojo ajeno está hecha del mismo material de la viga que tenemos en el nuestro (cf. Lc 6,42; Mt 7,3). En todo él nos ayuda, porque al final de nuestras vidas, seremos juzgados únicamente en el amor (cf. Mt 25,35-45).

Afirmaba el concilio de Florencia, el primero en detallar los siete sacramentos intentando crear unidad entre las Iglesias de Oriente y Occidente, que “el cuarto sacramento es la penitencia, cuya *cuasi materia* son los actos del penitente, que se distinguen en tres partes:

³¹¹ M. GESTEIRA, *La eucaristía, misterio de comunión*, op. cit., 77.

³¹² PLEGARIA IV DE LA MISA, *Misal completo renovado*, op. cit.

La primera es la contrición del corazón, dolerse del pecado cometido con propósito de tratar de no pecar en adelante; la segunda es la confesión oral, donde la persona confiesa a su sacerdote íntegramente los pecados de que tuviere memoria; y la tercera es la satisfacción por los pecados, según el arbitrio del sacerdote que tiene autoridad de absolver, ordinaria o por comisión de su superior. El efecto de este sacramento es la absolución de los pecados”³¹³. Solo un Dios que es amor compasivo es capaz de concebir el perdón de una manera misericordiosa, capaz de levantar, sanar y restaurar. La penitencia como sacramento tiene que ver con el pecado, la conversión y el perdón.

6.1.2.1. El pecado

El Catecismo de la Iglesia Católica define pecado como “una falta contra la razón, la verdad, la conciencia recta; es faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo”³¹⁴. Jesucristo ha venido para revelarnos el amor que Dios es y que él nos tiene (cf. 1 Jn 4,8), ha revelado este amor con la palabra y con la acción³¹⁵ y, finalmente, con su cruz y con su resurrección ha mostrado hasta qué punto extremo puede llegar su amor salvador. Decir no al don del amor y la misericordia gratuita de Dios es pecar.

“En el AT pecar *hâtâ* (hebreo) consiste ante todo en no guardar los mandamientos de Dios”³¹⁶. El pecado es concebido aquí como desviación, transgresión, desobediencia, impureza. En el NT el pecado es denominado *hamartía* (desde el campo teológico) y *anomia* (desde el jurídico). San Pablo lo considera ante todo una esclavitud, da a entender cómo tanto el judío como el gentil están por igual bajo el juicio divino a causa del pecado. En San Pablo, el poder del pecado es despertado por la ley, Pablo ante la fuerza del pecado exclama: “soy carnal, vendido al pecado” (Rom 7,14). El pecado, por lo tanto, no solo consiste en acciones determinadas de negación contra Dios o la persona de Jesucristo, sino que es una condición común a todos los hombres. Todos los hombres, según Pablo, son pecadores en Adán; Jesús, el nuevo Adán nos libera por amor de la ley.

El pecado en la *Vulgata* es denominado en latín *peccatum*. Desde siempre el pecado tiende a ocultarse, mientras que el pecador para sentirse de él liberado necesita pasar por una situación que le ayude a sacarlo fuera, hacerlo visible. En el salmo 50, *Miserere*, se expresan

³¹³ CONCILIO DE FLORENCIA (1439) “Decreto para los armenios” en H. DENZINGER-P. HÜNERMANN, *El magisterio de la Iglesia* n° 1321, op.cit.

³¹⁴ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 1849.

³¹⁵ Cf. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 1, op. cit.

³¹⁶ R.WILLIAMS, “Pecado” en J.Y. LACOSTE (dir), *Diccionario crítico de Teología*, op. cit., 929.

tres clases de pecados: contra Dios (contra ti solo pequé), pecar ejerciendo la libertad (yo reconozco mi culpa) y el innato (pecador me concibió mi madre) que se suma a los anteriores. Por ser el pecado la acción de una persona, tiene sus primeras y más importantes consecuencias en el *pecador en sí*, en su relación con Dios. El pecado debilita su voluntad y oscurece su inteligencia. Se habla también de *pecado social*. hablamos de *pecado social* cuando el pecado personal repercute en cierta manera en los demás. Repercute nuestra santidad como nuestro pecado en los demás y en la sociedad. Las estructuras injustas son construidas por la actitud pecaminosa de muchos, en especial de los que están en puestos de autoridad en las ciudades y naciones.

Hablar de reconciliación y penitencia es una invitación a volver a buscar y acoger las mismas palabras con las que Jesucristo comenzó su predicación: “convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1,15) es decir, acoged la Buena Nueva del amor y la compasión, la adopción como hijos de Dios y, en consecuencia, de la fraternidad³¹⁷.

Si Dios nos ha tratado siempre con misericordia y nos perdona, también nosotros tenemos que hacer el esfuerzo de asemejarnos a él, perdonándonos los unos a otros y demostrando que somos capaces de misericordia³¹⁸. “La Iglesia tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del evangelio, que por su medio debe alcanzar la mente y el corazón de toda persona. La esposa de Cristo hace suyo el comportamiento del Hijo de Dios que sale a encontrar y a salvar a todos sin excluir a ninguno”³¹⁹.

El proceso de conversión en el AT, para los hebreos, tiene que ver con el volverse a Dios *shub*, de manera exterior, y de implorar *niham*, interiormente; en el NT en la traducción de los LXX, se expresa como *epistrephein metanoiēn*, y en la Vulgata se menciona como *poenitentiam agere*. En el siglo IV se menciona como recobrar el sentido de la realidad: *resipisco*. Más tarde “se le denomina *sacramento de conversión* porque realiza sacramentalmente la llamada de Jesús a la conversión (cf. Mc 1,15), la vuelta al Padre (cf. Lc 15,18) del que el hombre se había alejado por el pecado”³²⁰. El sacramento de la penitencia nos acerca y manifiesta la verdad más profunda de nosotros mismos y de nuestro Dios, que es amor y que continuamente se nos está auto-donando, auto-revelando y que

³¹⁷ Cf. JUAN PABLO II, *Reconciliatio et Paenitentia* n° 1, EDIBESA, Madrid 1984.

³¹⁸ Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 133.

³¹⁹ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n°28, op. cit.

³²⁰ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 1423.

perdona siempre (cf. 1 Jn 3,8.16). La penitencia nos acerca al Padre que ya nos estaba esperando en el camino, y que salía cada día a esperarnos con su amor compasivo.

6.1.2.3. El perdón

El perdón es fruto de un amor que conoce, comprende, espera y da misericordia compasiva. Dios perdona porque su amor conoce, comprende y disculpa a sus criaturas: “los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de los pecados cometidos contra él y, al mismo tiempo, se reconcilian con ellos mismos con los demás y con la Iglesia, a los que ofendieron con sus pecados. La Iglesia les mueve a la conversión con su amor, su ejemplo y sus oraciones”³²¹. Dios cree y confía en sus criaturas y sabe que pueden ser distintas en su amor.

En el mundo hebreo (AT) el perdón tiene que ver con vencer, arrojar, cubrir, olvidar, disipar, curar, blanquear... En la traducción de los LXX y NT se traduce como *kharid-somai, pariemi, aphiemi*. Y en la Vulgata, se traduce en latín como *remittere*, dar en abundancia perdonar. En el salmo cincuenta el perdón tiene una gran riqueza de términos: borra mi pecado, lávame, limpia, reconstrúyeme, libérame.

Por otro lado, en el NT, el pecador se convierte en uno de los destinatarios del amor cercano de Jesús: como por ejemplo en la mujer adúltera (Jn 15), su misericordia va más allá de la ley. Jesús pone como característica del discípulo que tenga una gran capacidad de perdón y de misericordia, esto aparece claro en la parábola del buen samaritano, donde Jesús, como ya hemos visto, da unos pasos a seguir para llegar a ser misericordiosos: Ver, acercarse, hacerse cargo (Lc 10,25-37). También lo expresa Jesús en el perdonar setenta veces siete, una forma de hebreo de expresar *siempre* (Mt 18,21-35)³²².

El texto clave del evangelio sobre la Institución del sacramento de la penitencia lo tenemos en (Mt 18,18) y en (Jn 20,21), donde Jesús da potestad, poder, autoridad (*exousia*) a los apóstoles de atar y desatar, de perdonar y retener. Les da este poder en el cielo y en la tierra, es decir, en todo lugar; de día y de noche, es decir, siempre. Cuando los discípulos de Jesús, cumpliendo su voluntad, hacen un esfuerzo cotidiano para vivir la misericordia, éstos realizan de forma concreta la misma misericordia de Dios, que irrumpe su amor misericordioso en los que la reciben y en los que la dan; de esta manera, se hace palpable el

³²¹ LG n° 11. Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 1422.

Reino de Dios, se hace mucho más creíble que el Reino está entre nosotros; llena de esperanza a todos y nos ayuda a saber que un mundo distinto es posible; que los valores del Reino de Dios son posibles. Amor nos pide siempre ir más lejos: ser misericordiosos con los que nos hacen el mal, incluyendo a los enemigos; y nos lo dice un Jesús que en la cruz pudo perdonar cuando aún era fuerte en su propio cuerpo el dolor que le habían causado: “Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). Jesús perdona los pecados y esto solo estaba reservado a Dios, Jesús al perdonar fue escándalo para los judíos: “¿Cómo habla este así? ¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?” (Mc 1,7). Al perdonar nos asemejamos a Dios. Perdonarnos nos diviniza.

6.1.3. El sacramento del orden como presencia de servicio en la misericordia

El concilio Vaticano II presentó el sacramento del orden, desde el punto de vista teológico, bajo dos perspectivas: como continuación de la misión de Jesucristo y como desarrollo del misterio de la Iglesia. De esta manera, el ministerio sacerdotal continúa en la historia la presencia misericordiosa de Jesucristo y como él invita a entregar la vida por amor y servicio al Pueblo de Dios.

Si concebimos los sacramentos del orden y del matrimonio como sacramentos al servicio de la comunidad, gracias a la asistencia y a la gracia que les confiere el Espíritu. Situamos el sacramento del orden en esta perspectiva de servicio, donde el ministerio de los diáconos, presbíteros y obispos, construirán la Iglesia prolongando la misión de Jesucristo en el mundo, concretando día a día en la comunidad su amor misericordioso y su servicio compasivo.

Al situar en esta perspectiva el sacerdocio, lo vemos como una mediación que Jesús utiliza para el servicio de su pueblo. El sacerdocio, como ya vimos, es una dignidad que tenemos todos los cristianos conferida por el sacramento del Bautismo; por lo tanto, todos somos sacerdotes en Cristo (sacerdocio común). El sacerdocio ministerial no está por encima de todos los demás cristianos, no implica una exaltación que lo coloque por encima del resto, sino todo lo contrario, implica el abajamiento como lo vivió Jesús (Flp 2). El orden como sacramento, proviene de una llamada y elección del mismo Jesucristo para el servicio de la comunidad e implica la identificación con él. Dice el Catecismo de la Iglesia Católica sobre el sacerdocio de los cristianos en la Iglesia que:

“El sacerdocio ministerial o jerárquico de los obispos y de los presbíteros, y el

sacerdocio común de todos los fieles, "aunque su diferencia es esencial y no sólo en grado, están ordenados el uno al otro;(…) ambos, en efecto, participan (LG n°10), cada uno a su manera, del único sacerdocio de Cristo" (LG n°10). ¿En qué sentido? Mientras el sacerdocio común de los fieles se realiza en el desarrollo de la gracia bautismal (vida de fe, de esperanza y de caridad, vida según el Espíritu), el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común, en orden al desarrollo de la gracia bautismal de todos los cristianos. Es uno de los medios por los cuales Cristo no cesa de construir y de conducir a su Iglesia”³²³.

En la Iglesia las funciones no dan lugar a la superioridad de los unos sobre los otros ³²⁴. Todos somos hermanos. El sacerdocio implica, por lo tanto, conformarse con Jesucristo, sobre todo en sus sentimientos (Flp 2,1) y al mismo tiempo, vivir el amor de manera preferencial por los más pobres, donde la misericordia y la compasión acercan la manera de amar de Dios. Por otro lado, el sacerdocio pide servicio desinteresado a todos los hombres de buena voluntad.

El sacerdote ministerial sigue a Jesús y se siente enviado por él, para que aquí y ahora, continúe su misión de liberar, sanar y hacer visible de esta manera la misericordia y la compasión de Dios al estilo de Jesús. La ordenación sacerdotal está dirigida al servicio de la Iglesia y para la construcción del Cuerpo de Cristo. La celebración del sacramento de la eucaristía será su principal servicio a la comunidad y donde el “haced esto en memoria mía” (1 Cor 11,26) le llevará a hacer de su vida una entrega permanente, una mediación que transmita y acerque la misericordia de Dios³²⁵. Para la Carta a los Hebreos el sumo sacerdocio de Jesús tiene un talante compasivo: “se compadece de nuestras flaquezas” (Heb 4,15), y también refleja misericordia: (Heb 2,17).

El amor compasivo y la misericordia estarán siempre presentes en la manera de ejercer el sacerdocio ministerial y también el sacerdocio común de los fieles. En el sacramento del orden la función de la misericordia adquiere un encargo eclesial y oficial, necesita la gracia del Espíritu para toda función pastoral³²⁶. Solo el obispo administrará el orden y la confirmación (aunque puede delegar en caso de necesidad en los sacerdotes), el obispo puede administrar todos los sacramentos; sacerdote ministerial podrá confesar y administrar

³²³ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 1547.

³²⁴ Cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium* n°104.

³²⁵ Mc 6,34; Mt 9,36; Lc 7,13.

³²⁶ Cf. CODINA Víctor, “Sacramentos” en ELLACURÍA Ignacio - SOBRINO Jon, *Mysterium liberationis: Contextos fundamentales de la Teología de la Liberación II*, Trotta, Madrid 1990, 292.

el resto de los sacramentos que le están destinados. Solo en caso de necesidad, los diáconos y los fieles podrán bautizar y distribuir la comunión.

Como Jesús, el sacerdote ministerial deberá ser maestro con el Maestro, pastor con el Pastor y sacerdote con Cristo sacerdote. Vivirá su ordenación de tal manera que sirva a los necesitados al estilo de Jesús de Nazaret: liberando miedos, sanando heridas, dando esperanza, abriendo los ojos y acercando los valores del Reino de Dios.

6.1.4. El sacramento del matrimonio como unión en la misericordia

El sacramento del matrimonio, también lo vemos instituido por Jesús para servir a la comunidad. Ya en el libro del Génesis al comienzo de los capítulos uno y dos, aparece el ser humano creado por amor a imagen y semejanza de Dios, y aparece creado en pareja en igualdad de condiciones. Dios Creador les dice que están llamados a ser “una sola carne” (Gn 2,4-25), este proyecto de unidad y complementariedad, aparece antes de que el pecado apareciera en la vida humana ¿Qué diferencia aporta este sacramento de los demás?, “el sacramento del matrimonio tiene esta peculiaridad respecto a los otros: ser el sacramento de una realidad que existe ya en la economía de la creación; ser el mismo pacto conyugal instituido por el Creador al principio”³²⁷.

En la Antigua Alianza que aparece en el AT, Dios instauro un pacto de amor con su pueblo, de manera que para ellos este Dios que le ha elegido es un Dios compasivo y misericordioso, que le cuida, le perdona y siempre le es fiel. En el NT, Jesucristo personaliza la Nueva Alianza y ésta tiene un sentido matrimonial. Se pondrá como ejemplo a Cristo (esposo) que se une a su Iglesia (esposa), de esta manera el varón y la mujer formarán una alianza para siempre.

Dos textos se encuentran en la base de este sacramento: El primer texto es el de Primera Corintios 7,39: “la mujer, mientras vive su marido, está ligada a él; pero si el marido muere, queda libre para casarse con quien quiera, siempre que se trate de un matrimonio cristiano”, este texto transmite la petición de fidelidad. De la misma manera que se pide al hombre y a la mujer fidelidad, Dios es fiel. Una relación de fidelidad implica la misericordia y el perdón, mantener vivo el amor, amarse como Dios ama de forma compasiva y fiel. Y el segundo texto es el de Efesios 5,21-23: “guardaos mutuamente respeto en atención a Cristo. Que las mujeres respeten a sus maridos como si se tratase del Señor; pues el marido es

³²⁷ JUAN PABLO II, *Familiaris consortio* n°68, EDICEP, Valencia 1981.

cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza y al mismo tiempo salvador del cuerpo, que es la Iglesia”; este texto compara el amor de los conyugues al de Cristo con su Iglesia. Un amor de entrega mutua, dócil y compasivo, amando al otro como a su propio cuerpo: alimentándolo y cuidándolo, ejerciendo la misericordia cotidiana. En esta unión se hace presente la bendición del Espíritu Santo que los llena de vida, los sostiene en la salud y enfermedad y los envía como misioneros de la misericordia al Pueblo de Dios:

“Las palabras de vida eterna que Jesús dejó a sus discípulos comprendían la enseñanza sobre el matrimonio y la familia. Esta enseñanza de Jesús nos permite distinguir tres etapas fundamentales en el proyecto de Dios sobre el matrimonio y la familia. Al inicio, está la familia de los orígenes, cuando Dios creador instituyó el matrimonio primordial entre Adán y Eva, como sólido fundamento de la familia. Dios no sólo creó al ser humano hombre y mujer (cfr. Gn 1,27), sino que los bendijo para que fueran fecundos y se multiplicaran (cfr. Gn 1,28). Por esto, «abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne» (Gn 2,24). Esta unión, dañada por el pecado, se convirtió en la forma histórica de matrimonio en el Pueblo de Dios, por lo cual Moisés concedió la posibilidad de escribir un acta de divorcio (cfr. Dt 24,1ss). Dicha forma era predominante en tiempos de Jesús. Con su venida y la reconciliación del mundo caído gracias a la redención que Él obró, terminó la era inaugurada con Moisés”³²⁸

Con la venida de Jesucristo se han restaurado las relaciones rotas entre Dios y su pueblo. Jesús, rostro cercano de la misericordia y la compasión de Dios pide a todos los que seamos misericordiosos. Los conyugues, a través del sacramento del matrimonio serán imagen (a su modo), por la gracia del Espíritu, de la misma misericordia de Dios dentro de la familia: entre ellos mismos, con sus hijos y con los demás familiares, amigos y vecinos. La familia vivirá la misericordia *ad intra* y *ad extra*, dando testimonio en la sociedad del amor vivido al estilo de Dios.

6.1.5. El sacramento de la unción de los enfermos: un abrazo misericordioso en la debilidad

Tenemos muchos pasajes evangélicos donde Jesús, y luego le imitarán sus discípulos, se conmueve ante el necesitado, el enfermo y el pobre; Jesús se acerca a los enfermos y les sana; se aproximan a los necesitados y les transmite ánimo y esperanza; hace suya la debilidad y les comunica fortaleza a través de su misericordia. Ya hemos visto como los sacramentos asisten la vida entera de la persona en el camino de su existencia en la tierra, tanto en la salud como en la enfermedad; el sacramento de la unción de los enfermos le

³²⁸ SÍNODO DE LOS OBISPOS (XIV Asamblea General Ordinaria), *La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo* n°15, Ciudad del Vaticano 2014.

asistirá en el momento en que de la debilidad es más extrema, cuando llega la enfermedad grave que le puede aproximar o no a la muerte. Este sacramento es el abrazo amoroso de Dios al enfermo y en el mismo abrazo acoge a su familia y amigos, Dios se funde con ellos en el abrazo de su amor misericordioso y compasivo.

Jesús nos prometió que no nos dejaría solos y caminaría con nosotros hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28,20). Él es sensible a nuestra debilidad, es solidario con la enfermedad, su actitud de querer sanar le sale espontáneamente (aunque sea sábado). Toda la Escritura nos muestra cómo Dios se hace cercano y misericordioso ante la enfermedad, debilidad y dolor a través de las curaciones de Jesús: se le conmueven las entrañas ante la situación de marginación, enfermedad y rechazo: “venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré” (Mt 11,28). El sacramento de la unción de los enfermos se apoya en el siguiente texto de Santiago:

“¿Está enfermo alguno entre vosotros? Que llame a los presbíteros de la Iglesia para que oren por él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. La oración hecha con fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante; y, si hubiera cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos, pues, mutuamente vuestros pecados y orad los unos por los otros para que seáis curados”³²⁹.

De esta manera compasiva, el sacramento de la unción es signo de la cercanía de Dios a través de la persona de Jesús; con esta ayuda sacramental podremos saber cómo vivir en Jesús el momento de la grave enfermedad: “ver con claridad en nuestra *Betsaida* particular, ante las cegueras que a veces nos acechan: el modo de vivir la enfermedad, el miedo, los resentimientos, las decepciones y alejamientos”³³⁰. Dios ilumina y fortalece la debilidad a través de la unción de los enfermos, su abrazo misericordioso conforta con el sacramento; ayuda a ver cómo vivir cristianamente el dolor, la enfermedad e incluso ayuda a prepararnos ante la cercanía de la muerte.

En estos momentos de debilidad nos sentimos fortalecidos y animados en el dolor y esto es posible por la victoria del resucitado sobre toda clase de mal y de sufrimiento: “en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó” (Rom 8,37). En el óleo sagrado con que el ministro unge al enfermo, significa cómo el Señor de la pasión se acerca misericordioso comprendiendo y asistiendo el sufrimiento del enfermo, parece que le dice animándole: “te basta mi gracia, ya que la fuerza se pone de manifiesto en la debilidad” (2 Cor 12,9). Para

³²⁹ Sant 5,14-16.

³³⁰ Cf. J. BOADA, *Peregrino del silencio*, Narcea, Madrid 1998, 85-86.

todos los cristianos mostrar misericordia y compasión hacia los que padece enfermedad o están cerca de la muerte es tarea obligada del mandato del Señor, es hacer efectivo el amor y la misericordia de Jesús tal como él lo pidió a sus discípulos. Jesús además dio a sus apóstoles el poder para expulsar los malos espíritus y curar toda enfermedad y dolencia (cf. Mt 10,1-8): “los discípulos iban predicando a la gente la conversión. Expulsaban a muchos demonios y curaban a muchos enfermos ungiéndolos con aceite” (Mc 6,12). El sacramento de la unción de los enfermos hace posible mirar la vida con esperanza, ayuda a fortalecer y alentar la propia fe, ya que “expresa proféticamente el anuncio de la salvación de Jesús, su victoria sobre todo tipo de muerte y pecado, así como de anticipar la salud plena del reino por la transformación de la debilidad en fuerza, del pecado en gracia e incluso de la enfermedad en salud”³³¹.

En este sacramento de la unción de los enfermos es imprescindible una acogida sencilla y cariñosa del enfermo por parte del sacerdote, así mismo, el presbítero tratará de implicar en la celebración del sacramento de la unción a la familia y los amigos presentes.

La Iglesia es receptora de la gracia misericordiosa de Dios Padre que se significa por medio de todos los sacramentos. Estos, a su vez, suponen un modo divino de revelárenos en lo humano, convirtiéndonos a él y animándonos en la construcción de su Reino en la historia. Los sacramentos son mediaciones por las que la presencia misericordiosa y compasiva de Jesucristo se hace especialmente fuerte en la vida, iluminando, apoyando, fortaleciendo y guiando su fe en las decisiones de su existencia, hasta llegar a ser uno con él al final de los tiempos.

³³¹ Cf. V. CODINA, “Sacramentos” en I. ELLACURÍA-J. SOBRINO, *Mysterium liberationis*, op. cit., 293.

CAPÍTULO VII

LA MORAL CRISTIANA DENTRO DEL DINAMISMO VIRTUOSO

En este capítulo vamos a ver la *miser cordia* desde la *moral cristiana* dentro del dinamismo virtuoso de la fe, la esperanza y la caridad. ¿Cómo realizar esta interrelación? Lo primero que podemos decir es que existe una articulación interna entre *los tratados fundamentales de la teología cristiana* que los vincula entre sí y existe una *razón teológica* que los sostiene. La principal tarea del tratado de *Virtudes* es la reflexión de la existencia cristiana vivida en fe, esperanza y amor; esta reflexión es la base de la relación dialogal del hombre con Dios realizada en el dinamismo virtuoso: que *cree* en el Dios que se nos revela y se nos da como don; *espera* en el Dios que se nos promete; y *ama* al Dios que nos ama³³². Este dinamismo virtuoso de la existencia sobre el que reflexiona el tratado de *Virtudes*³³³ lo queremos abordar aquí desde los actos humanos, que son considerados por Tomás de Aquino *actos morales*³³⁴; concretamente abordaremos los actos morales misericordiosos que realiza la persona libremente, haciéndola semejante a Dios y continuando la misión de Jesucristo en la historia.

La dogmática en la Iglesia incluye todos los tratados teológicos, entre ellos el de *Virtudes* y el de *Moral cristiana*; la dogmática “ha de preguntarse por el *cristianismo como un todo*, mostrando cuál es la realidad más específica y singular que lo distingue cuando éste entra en relación con otras ciencias humanas y con otras tradiciones religiosas; muestra hasta qué punto este *todo* sobre el que ha reflexionado, puede y debe ser vivido por el creyente como una unidad que, atravesando todas las dimensiones de su existencia, lo gué y lo acompañe como individuo y como miembro de la comunidad cristiana”³³⁵. La realidad específica y singular del cristianismo, exige que la vida del creyente ponga en práctica el amor compasi-

³³² Cf. J. ALFARO, “Fides, Spes, Caritas”, Id., *Fides in terminología bíblica*: Gregorianum 42, Roma 1964; 463-505.

³³³ Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Virtudes teologales” en *La lógica de la fe*, A. CORDOVILLA PÉREZ (ed), op. cit., 713.

³³⁴ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *In duo praecepta caritatis et in decem Legis praecepta expositio*, c.6. Cf. J. MARTÍNEZ – J. M. CAAMAÑO, *Moral fundamental. Bases teológicas del discernimiento ético*, Sal Terrae, Santander 2014, 543.

³³⁵ Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Virtudes teologales”, op. cit., 713-714.

vo al estilo de Jesús de Nazaret, dejándose alentar por el kerigma y por la misericordia de Dios que está en la base de su plan de salvación.

La Moral cristiana es uno de los tratados que el dinamismo virtuoso concibe dentro de ese *todo* que es *el Cristianismo*. Ahora bien, nuestra pregunta es ¿qué aporte específico hace la moral cristiana a una existencia cristiana vivida en fe, esperanza y amor misericordioso? Para responder a esta pregunta comenzaremos clarificando qué entendemos por moral cristiana y después intentaremos verla dentro del aporte que hace al dinamismo virtuoso de la existencia del cristiano vivido desde la misericordia.

El término *moral* viene del latín *mor* que significa *costumbre*. Fue Cicerón quien inventó el neologismo latino *moralis* refiriéndose a las costumbres y que los griegos denominaron *ethos*. Filológicamente, en la actualidad, significan ambos términos lo mismo³³⁶. Ahora bien, no nos basta una reflexión filosófica sino que necesitamos también del aporte y la reflexión teológica sobre este tema. Entendemos que “la teología moral es una reflexión que concierne a la *moralidad*, o sea, al bien y el mal de los actos humanos y de la persona que los realiza, y en este sentido está abierta a todos los hombres; pero es también *teología*, en cuanto reconoce el principio y el fin del comportamiento moral en Aquel que *solo es bueno* y que, dándose al hombre en Cristo, le ofrece las bienaventuranzas de la vida divina”³³⁷.

Para clarificar aún más, acudimos al Catecismo de la Iglesia Católica que dice que “la libertad hace del hombre un sujeto moral. Cuando actúa de manera deliberada, el hombre es, por así decirlo, el *padre de sus actos*. Los actos humanos, es decir, libremente realizados tras un juicio de conciencia, son calificables moralmente: son buenos o malos”³³⁸. En este sentido, cuando la persona, haciendo uso de su libertad, obedece al mandato del “amaos los unos a los otros, y sed misericordiosos” que pide Jesús, y realiza actos concretos que le hacen ser una persona misericordiosa, estos actos moralmente buenos la asemejan a Aquel que es todo bondad y misericordia. Cuando esta persona se compadece de las miserias humanas, estos actos de compasión, a parte de asemejarle a la compasión de Dios Padre y a su Hijo, va adquiriendo -en un proceso de conversión dentro del dinamismo virtuoso- los mismos sentimientos y la manera de obrar de Cristo el Señor (cf. Flp 2, 1).

³³⁶ Cf. A. FERNÁNDEZ, “Moral” en *Diccionario de Teología Moral*, op. cit., 909ss.

³³⁷ JUAN PABLO II, *Veritatis splendor* n° 110, BAC, Madrid 1993.

³³⁸ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 1749.

Por lo tanto, los cristianos tenemos como único referente para nuestro comportamiento y costumbres a Aquel que es bueno, que es creíble porque se nos revela en la vida, que nos ayuda a que esperemos en sus promesas, porque él es un Dios fiel y nos ama con un amor compasivo. Cuando hacemos un acto bueno, como el poner en práctica el amor misericordioso, esta actuación supone a la vez bondad en el acto, el objeto y el fin: “el acto moralmente bueno supone a la vez la bondad del objeto, del fin y de las circunstancias”³³⁹.

Para poder ver la moral cristiana de la existencia dentro del dinamismo virtuoso del cristiano, veamos qué entendemos por virtud. La *virtud* fue definida por Aristóteles como “el mayor de los bienes humanos”³⁴⁰. Más tarde, basándose en el modelo aristotélico, Tomás de Aquino realizó su esquema sobre las virtudes comenzando por las virtudes teologales fe, esperanza y caridad, siguiendo luego con las virtudes cardinales y terminando con el desarrollo de algunas virtudes relativas a situaciones particulares del hombre. Sabemos que la moral elaborada por Tomás de Aquino está construida sobre el esquema de las virtudes y en clara dependencia del modelo aristotélico³⁴¹.

En definitiva, la virtud es una disposición habitual y firme de la persona a hacer el bien. Le permite no sólo realizar actos buenos, sino también dar lo mejor de sí misma; la persona virtuosa tiende siempre hacia el bien con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, lo busca y lo elige a través de acciones concretas en su vida.³⁴²; decía Gregorio de Niza que “el objetivo de una vida virtuosa consiste en llegar a ser semejante a Dios”³⁴³. ¿Existe acaso algo que nos asemeje más a Dios que un acto libre y consciente de amor misericordioso por los desfavorecidos?

Tenemos entonces una confluencia: desde el tratado de *moral cristiana*, un acto libre y consciente puede ser moralmente bueno y esto implica a su vez que es bueno también el objeto, el fin y las circunstancias; y desde el tratado de *virtudes*, la virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien, la persona virtuosa tiende a hacer el bien y lo busca por encima de todo. Por lo tanto, *el bien* es el punto de confluencia de la moral cristiana y el

³³⁹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 1760.

³⁴⁰ ARISTÓTELES *Étic. Eud.* I, 5, 1216^a en A. FERNÁNDEZ, “Virtudes” en *Diccionario de Teología Moral*, op. cit., 1435.

³⁴¹ ARISTÓTELES *Étic. Eud.* I, 5, 1216^a en A. FERNÁNDEZ, “Virtudes” en *Diccionario de Teología Moral*, op. cit., 1436-1438.

³⁴² Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 1803.

³⁴³ GREGORIO DE NIZA, *De beatitudinibus*, oratio 1. Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n° 1803.

tratado de virtudes. En base a lo visto anteriormente, el realizar actos que hacen visible en la vida el amor misericordioso es hacer el bien. Dentro del dinamismo virtuoso hacer el bien como el hacer actos de amor misericordioso, es dar una respuesta libre al don que Dios, y esta respuesta libre a su don nos conduce a la unión beatífica con él que será plena al final de los tiempos.

Para comprender este proceso de cambio que se realiza en nosotros cuando optamos por el bien de la misericordia, dice San Pablo a los corintios que “ahora vemos por medio de un espejo y oscuramente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco imperfectamente, entonces conoceré como Dios mismo me conoce. Ahora subsisten estas tres cosas: la fe, la esperanza, el amor, pero la más excelente de todas es el amor” (1Cor 13, 12-13). ¿Qué es lo que puede suceder en nosotros para que se produzca semejante cambio?, simplemente nos ayuda a ver la existencia de otra manera cuando buscamos el amor y lo encontramos dejándonos llevar por el Espíritu de Dios³⁴⁴. Esto nos cambia la manera de mirar la realidad y la existencia.

La teología actual, concibe en primer lugar, las virtudes teologales fe, esperanza y caridad como *modos de ser*, comportamientos arraigados en la propia identidad de la persona que la definen como tal, y en un segundo lugar, la teología da importancia al encuentro y presencia de Dios en la criatura que genera una nueva forma de relación: la hace hija en su Hijo Jesucristo y hermana de toda criatura. Esta novedad en la relación Creador-criatura cambia el ser de la persona. Dios realiza todo esto desde su amor infinito y misericordioso por la criatura, desde su presencia dinámica en ella. La moral cristiana aportaría a estos *modos de ser* un matiz proveniente de su reflexión del comportamiento humano individual y social, donde la humanidad dialoga con Dios para alcanzar la verdad.

7.1. CARACTERÍSTICAS DE UNA MORAL CRISTIANA DESDE LA MISERICORDIA

El hombre actual, desde la moral cristiana, tiene dos alas que son la fe y la razón, con ellas el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad: “Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo (cf. Ex 33, 18; Sal 27 [26], 8-9; 63 [62], 2-3; Jn 14,8; 1 Jn 3,2)”³⁴⁵. Según Marciano Vidal la

³⁴⁴ Cf. 1Cor 14,1-3.

³⁴⁵ JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, Introducción, Palabra, Madrid 1998.

novedad actual de la Moral Fundamental está “en articular un único proyecto de dinamismo circular, donde la teologalidad conduzca a la mundanidad y ésta, a su vez, se plenifique retornando a aquella”³⁴⁶. De esta manera la ética humana y la moral de los creyentes convergen hacia el único y mismo proyecto de salvación.

Ya hemos visto en el punto anterior cómo la bondad, que se puede alcanzar mediante actos libres de amor misericordioso, relaciona la moral cristiana y las virtudes en un dinamismo virtuoso que responde al don de Dios. Dentro de este dinamismo, la criatura se encuentra inmersa en una creación continua, reconoce en ella una permanente debilidad como pecadora que es, pero a la vez experimenta que Dios le ofrece su ilimitado perdón y abrazo compasivo, recibe desde Dios una llamada insistente hacia la santidad, a ser perfecta y misericordiosa como él lo es. La presencia del Espíritu conducirá a la criatura a través de un proceso de conversión y hará posible que vaya viviendo según Cristo como criatura nueva.

La fe en Dios y el comportamiento moral no son dos magnitudes que no tienen nada que ver la una con la otra, todo lo contrario, están profundamente unidas en la vida del creyente: “dime qué imagen de Dios tienes y te diré qué tipo de moral practicas”³⁴⁷ ¿Qué tipo de moral proviene de una imagen de Dios compasivo y misericordioso? Es la *Moral Social* de la Iglesia, la moral que más especifica cómo debe ser el comportamiento compasivo y misericordioso de la existencia cristiana, esta moral además, se deja iluminar y está en permanente conexión y diálogo con las otras ciencias.

El dinamismo virtuoso es la manera que tiene Dios de guiar a su pueblo con su amor y su gracia, mediante las virtudes que provienen solamente de él: *la fe, la esperanza y la caridad*, él nos guía y tienen su fin en él. Dentro de la caridad concebimos *la misericordia* como una manera de concretarla de forma excelsa y efectiva, haciendo cercano el amor compasivo de Dios Padre; cuando los creyentes hacen vida la misericordia en actos conscientes bondadosos y compasivos, construyen espacios de salvación en la realidad donde se encuentran. La moral social de la Iglesia puede ayudar a vivir la fe, la esperanza y el amor, desde la misericordia y la compasión hacia los marginados de la sociedad. En la medida que se piensan y se llevan a cabo programas, aunando fuerzas con otros que pretenden lo mismo, para ir cambiando las realidades injustas y devolviendo dignidad a la gente despojada, se

³⁴⁶ M. VIDAL, *Nueva Moral Fundamental, El hogar teológico de la ética*, Descleé De Brouwer, Bilbao 2000, 11.

³⁴⁷ M. VIDAL, *Nueva Moral Fundamental*, op. cit., 28.

transforman los sentimientos de los constructores de esta nueva sociedad en los mismos sentimientos de Cristo el Señor, siendo imagen misericordiosa de Dios Padre en la realidad.

El tema de la conducta humana, está pues, íntimamente unido a la virtud de la justicia³⁴⁸; podríamos decir que la práctica de la justicia es clave cuando intentamos analizar el comportamiento moral de la persona en la sociedad (Moral Social). Aristóteles sitúa la justicia en su *Ética a Nicómaco* en el centro de su estudio de la ética, habla de ella como una virtud esencial ya que “la justicia es la virtud más completa (...) y todas las virtudes se encuentran en el seno de la justicia”³⁴⁹. La convivencia entre las personas de la sociedad es imposible si falta el dar a cada uno lo suyo, *unicuique suum*, que es la esencia de la justicia. En la moral cristiana añadimos la *miserecordia* a la justicia y a la caridad, ya que ésta es la virtud que hace que nos compadezcamos de las miserias de los más pobres y desasistidos de la sociedad: *la misericordia* en la práctica engloba la justicia y la caridad³⁵⁰.

El Papa Juan XXIII decía que tanto la caridad como la justicia tienen que ir juntas “son como las leyes del orden social”³⁵¹. Por otro lado, la misericordia divina que nos pide Jesús, como hemos visto en los capítulos anteriores, tiene como modelo de referencia la misericordia y compasión de Dios Padre, ésta es la que exige a sus discípulos que imiten. La misericordia propuesta por Jesús es un “modo divino” de relación, para que sea encarnada como actitud permanente tanto en la vida del cristiano como en la de la Iglesia, todos, por lo tanto, deben considerar la misericordia dentro de la finalidad de su misión³⁵². A partir de la definición del ser humano como ser social³⁵³ el concilio Vaticano II resaltó la condición social de la persona. La Moral Social estudia el comportamiento humano en el campo de ese vivir-con-otros, el comportamiento de la persona como ser social, no puede ser ajeno a las exigencias morales y al ser moral social de la Iglesia, tampoco puede estar ajeno al Evangelio, al Magisterio y a la Tradición de la Iglesia. Teniendo como base la misericordia, la Teología Moral propone la práctica del amor proponiendo el ejercicio cotidiano de las obras de misericordia:

³⁴⁸ Cf. A. FERNÁNDEZ, “Misericordia” en *Diccionario de Teología Moral*, op. cit., 903.

³⁴⁹ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, V, 1, 1129b en A. FERNÁNDEZ, “Misericordia” en *Diccionario de Teología Moral*, op. cit., 903.

³⁵⁰ Cf. A. FERNÁNDEZ, “Misericordia” en *Diccionario de Teología Moral*, 904.

³⁵¹ JUAN XXIII, *Mater et Magistra*, nº 39, BAC, Madrid 1961.

³⁵² Cf. JUAN PABLO II, *Dives in Misericordia*, nº 98, op. cit.

³⁵³ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco* I,7, 1098^a Cf. A. FERNÁNDEZ, “Moral social” en *Diccionario de Teología Moral*, op. cit., 1268.

Dar de comer al hambriento; dar de beber al sediento; vestir al desnudo; dar posada al peregrino; visitar a los enfermos; redimir al cautivo; y enterrar a los muertos (Mt. 25; Tob. 12).

Tomás de Aquino, al terminar de exponer su doctrina sobre la virtud de la caridad, expone su pensamiento referente a la misericordia³⁵⁴ donde afirma que “la misericordia es una verdadera virtud entre las virtudes que miran al prójimo”. La moral cristiana, por lo tanto, continúa la reflexión sobre la misericordia tomando lo dicho por el AT (como la actitud misericordiosa de Dios con su pueblo) y completándola con lo presentado por el NT (donde Dios Padre y Jesús son misericordiosos y nos piden serlo).

La vivencia de la misericordia dentro de la Moral Social de la Iglesia requiere una información permanente de la situación de injusticias en nuestro mundo, así como el crecimiento de nuestra vida en la gracia a través de las virtudes teologales, éstas se llaman de este modo, porque están relacionadas directamente con Dios; sin la asistencia de Dios y nuestra relación comprometida con los demás no pueden ser efectivas en nuestra actividad, necesitan, así mismo, por nuestra parte aceptar libremente el don de Dios y esforzarnos en vivir una nueva forma de relacionarnos con él y con el mundo, relaciones que generen amor justicia, dignidad y salvación. La doctrina social de la Iglesia fue iniciada por el Papa León XIII con su encíclica *Rerum Novarum*. Sobre ella comenta cuarenta años después el Papa Pío XI en *Quadragesimo Anno*:

“Hay que establecer lo que hace ya tiempo confirmó claramente León XIII, que Nos tenemos el derecho y el deber de juzgar con autoridad suprema sobre estas materias sociales y económicas... La Iglesia no puede en modo alguno renunciar al cometido, a ella confiado por Dios, de interponer su autoridad, no ciertamente en materias técnicas, para las cuales no cuenta con los medios adecuados ni es su cometido, sino en todas aquellas que se refieren a la moral. En lo que atañe a estas cosas, el depósito de la verdad, a nosotros confiado por Dios, y el gravísimo deber de divulgar, de interpretar y aún de urgir oportuna e inoportunamente toda la ley moral, somete y sujeta a nuestro supremo juicio tanto el orden de las cosas sociales como el de las mismas cosas económicas”³⁵⁵.

La Iglesia no se aparta de su misión misericordiosa cuando se pronuncia sobre la promoción de la justicia de las sociedades humanas o cuando compromete a los fieles a trabajar en ellas:

³⁵⁴ TOMÁS DE AQUINO, *S.th.* II-II, qq. 23-30. Cf. A. FERNÁNDEZ, “Misericordia” en *Diccionario de Teología Moral*, op.cit., 905.

³⁵⁵ PÍO XI, *Quadragesimo anno*, n° 41, en DENZINGER H- HÜNERMANN P., *El Magisterio de la Iglesia* n° 3725 ss (1931).

“Para la Iglesia, enseñar y difundir la doctrina social pertenece a su misión evangelizadora y forma parte esencial del mensaje cristiano, ya que esta doctrina expone sus consecuencias directas en la vida de la sociedad y encuadra incluso el trabajo cotidiano y las luchas por la justicia en el testimonio de Cristo Salvador”³⁵⁶. Esta nueva forma de vivir el evangelio contrastándolo con las estructuras de la sociedad y no solo con la manera de vivir de los cristianos, nos hace relacionarnos con Dios y con el mundo de forma alternativa. Enseña al hombre su propia dignidad y descubre que los valores del Reino de paz, justicia y amor tienen mucho que decir a la realidad y pueden iluminar nuestros comportamientos en la sociedad e incluso el funcionamiento de sus mismas estructuras.

De esta manera, la forma de relacionarnos en la sociedad y en nuestras comunidades eclesiales será armónica y estable si se afianza en Cristo, si el modelo constante de nuestra conversión y de nuestra configuración es él. Cuanto mayor es nuestra cristificación, mayor es también nuestra unidad con el Padre y el Espíritu, y mayor será nuestra misericordia y compasión a la de Dios; alcanzaremos su misericordia porque somos misericordiosos (Mt 5,7).

Una moral cristiana se caracteriza por:

1. Mostrar a los hombres el verdadero rostro de Dios: a quien lo humano no le es indiferente, que es compasivo y misericordioso. Muestra el Dios revelado por Jesús.
2. Las virtudes teologales constituyen los dinamismos básicos mediante los cuales se realiza la opción fundamental de la “vida nueva” o vida de la gracia. La moral cristiana requiere una profunda renovación en la comprensión y vivencia de las virtudes teologales de fe, esperanza y amor, vividas de tal manera que integren lo humano y lo cristiano armónicamente en la existencia del creyente; la triada de las virtudes es vivida de manera unitaria e interrelacionadas entre sí, sin embargo, entre ellas siempre primará la caridad en la teología moral.
3. La caridad constituye la exigencia moral máxima (Mc 12,28-31) pues en ella se resume toda la ley (Rom 13, 10). Incluso para el mismo Tomás de Aquino la caridad es la forma de

³⁵⁶ JUAN PABLO II, *Centesimus annus*, nº 5, BAC, Madrid 1991. Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Virtudes teologales” en *La lógica de la fe*, A. CORDOVILLA PÉREZ (ed), op. cit.,714-715.

todas las virtudes (cf. *S.th.*II-II,q.184,a.1). La moral de caridad orienta el *ethos* cristiano hacia horizontes de compromiso preferentemente social³⁵⁷.

4. Es una moral que en lo social ayuda a construir la sociedad con los valores del Reino de Dios. Donde no hay dicotomía entre lo horizontal de la humanidad y el mundo con la verticalidad de Dios (se vive el mandamiento del amor a Dios y al prójimo unidos profundamente entre sí); donde la caridad se practica partiendo de los derechos humanos y se va mucho más allá de la justicia, hasta llegar a la concepción de una entrega compasiva y misericordiosa a imagen de Dios Padre y de su Hijo.

5. Una moral enraizada en la Tradición de la Iglesia, la Palabra de Dios y la doctrina del Magisterio. Al mismo tiempo que es una moral atenta a los signos de los tiempos, dialogante con la ciencia y con las otras tradiciones religiosas.

7.2. LA NECESIDAD DEL AMOR Y LA CONFIANZA BÁSICA, COMO RAÍZ DE LAS VIRTUDES

Teniendo en cuenta que la fe es un espacio donde Dios se relaciona con nosotros tal como él es y somos nosotros; la esperanza el ancla que nos sostiene en los malos momentos de la vida y que nos marca continuamente la meta de nuestra existencia; el amor la primera de todas las virtudes, capaz de descentrarnos de nosotros mismos y abrirnos a Dios y a los demás con actitud desinteresada de servicio y entrega. Podemos afirmar basándonos en San Pablo, que el amor perdurará y es básico en nuestra vida cristiana, es como tierra abonada donde crecen todas las demás virtudes porque si no tenemos amor no tendremos nada: “si no tengo amor, de nada me sirve” (1 Cor 13,3); “ahora subsisten tres cosas: la fe, la esperanza, el amor, pero la más excelente de todas es el amor” (1 Cor 13,13); “el amor no pasa jamás” (1 Cor 13, 8).

La fe, la esperanza y el amor, tienen una raíz antropológica: la confianza básica, la actitud expectante y el amor tutelar de nuestros padres, éstas hacen posible que se enraícen las virtudes teologales en la persona humana. Se comienza con hábitos conscientes que van construyendo nuestro ser paso a paso y lo van transformando, encauzando su potencial hacia la plenitud de su ser, hacia fin a la que es llamada. Para que esto vaya siendo posible en la vida, es importante que ir respondiendo libremente al don y a la gracia de Dios, caminando

³⁵⁷ Cf. J.I. Calleja, “Ejes ético-sociales de la caridad política” en *Corintios XIII* n° 79 (1996) 127-159. Cf. M. VIDAL, *Nueva Moral Fundamental*, op. cit., 277.

abiertos hacia él de tal manera, que podamos liberarnos de todo lo que nos impida responder libremente a su plan. En este *dinamismo virtuoso*, se presentan dos movimientos: uno descendente, la auto-donación de Dios que otorga una llamada, y uno ascendente, de respuesta libre de la persona que retorna a la plenitud de la que proviene³⁵⁸. Sin el polo antropológico en el que se enraízan las virtudes no podremos responder al polo teológico (auto-donación de Dios como don y gracia). Desde el centro antropológico de la persona libre, desde su estructura humana: donde se encuentran su ser fiducial, expectante y amoroso, la persona da su consentimiento en libertad al don de Dios; al hacerlo sufre el desistimiento de sí que le conduce al reconocimiento-agradecimiento del don amoroso de Dios que le empuja desde dentro a la comunión con él, los demás y con el mundo en Cristo.

La gracia de Dios vive en nuestra naturaleza y va creando habilidades por repetición; solamente con hábitos plenos que brotan de su amor podremos vivir la fe, la esperanza y el amor. Son virtudes infusas, porque solo Dios las hace posible en nosotros, estas virtudes infusas trabajan en nosotros en nuestra inteligencia y voluntad, llevándonos procesualmente a la perfección, a la visión de Dios que es nuestra meta. Solamente así la voluntad y la libertad serán equipajes que nos hagan justos en la caridad. Todas las virtudes teologales nacen en nosotros desde determinadas bases antropológicas que sirven de raíz para que se afinquen y sean posibles las virtudes en nosotros.

7.3. EL DINAMISMO VIRTUOSO Y LA EXCELENCIA DE LA MISERICORDIA

La Buena Noticia que Jesús pregona tiene como eje la certeza de que Dios ama a todos los hombres y lo hace con un amor que se excede en compasión y misericordia:

*“Lo diferenciador y determinante de la moral cristiana, comparada con las normas e instrucciones dadas por Dios en la Torah, está relacionado con la persona misma de Jesucristo. Es muy cierto que Jesús estuvo enraizado en y se atuvo al orden moral revelado por Dios, tal como lo entendían el Antiguo Testamento y el judaísmo. Pero no es menos cierto que quiso llevarlo a su cumplimiento y plenitud”*³⁵⁹.

La novedad de Jesús esta enraizada en el AT, está sujeta al Padre y a él obedece, tiene referencia clara al Reino de Dios y sus valores, tienen que ver directamente con la misión que le ha dado el Padre y que alienta el Espíritu: Dar a conocer a su Padre misericordioso y su plan compasivo y amoroso de salvación para todo el género humano en la creación. La

³⁵⁸ Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL, “Una aproximación antropológica a la teología de la ternura” en G. URIBARRI BILBAO, *Teología y Nueva Evangelización*, UP Comillas, Madrid 2005, 252-330.

³⁵⁹ R. SCHNACKENBURG, *El mensaje moral del Nuevo Testamento*, Herder, Barcelona 1990, 27.

moral de Jesús está ordenada fundamentalmente por el Decálogo y se resume en el mandamiento capital del amor. Aquí está entendido el señorío de Dios (Dt 6,4) y la atención amorosa hacia el prójimo (lev 19,18)³⁶⁰. Ahora bien, ¿cómo es la misericordia cristiana? Teniendo en cuenta que la existencia cristiana es una vida teologal, es decir que es vida en fe, esperanza y amor, cada una de las virtudes teologales nos revelan y dicen sobre cómo es Dios trino y, al mismo tiempo, cómo debe ser el cristiano. Hablamos de estas tres virtudes como dinamismos que disponen al cristiano para vivir en relación y en semejanza a la Trinidad que es amor. Cristo, la segunda persona de la trinidad, tiene el cometido de transformarnos totalmente y contando con la fuerza del Espíritu renovar nuestras estructuras antropológicas fiducial (base de nuestra fe), expectante (base de nuestra esperanza) y amorosa (base de nuestro amor) “elevándolas como infraestructuras teológicas de la fe, esperanza y caridad”³⁶¹. La misericordia cristiana es la concreción en el creyente de la misma misericordia del Dios trino: que cree en las personas, espera lo mejor de ellas y las ama con un amor compasivo y misericordioso.

Así mismo, conociendo que la fe, la esperanza y el amor son dinamismos totalizadores que afectan a la persona entera, y sabiendo que la misericordia es una concreción específica que define la forma de amar de Dios; el dinamismo totalizante del amor toca toda nuestra persona y la transforma tanto en su ser como en su actuar. La persona misericordiosa hará visible la salvación de Dios al estilo de Jesús de Nazaret: saliendo al paso de las necesidades de los más pobres y despreciados de la sociedad. Debemos tener en cuenta que las virtudes presentan en la relación Dios-hombre dinamismos ascendentes y descendentes: don de Dios y respuesta de la criatura. Estos dinamismos se dirigen a la comunión de la criatura con su Creador haciendo posible la realización plena de su existencia. En esta comunión se incluye la unión con las demás criaturas y con toda la creación. Su compromiso con la transformación de la realidad y su compromiso con Dios están en perfecta armonía.

En base a esto, la existencia cristiana en la misericordia vivirá en tensión entre dos fuerzas: una *fuera centrípeta* que acoge el don de Dios, que se apropia del don de forma personalizada y da su consentimiento libre al don de Dios; y una *fuera centrífuga*, donde la criatura se siente enviada e impulsada hacia la alteridad del totalmente Otro, que le ofrece su

³⁶⁰ Cf. J.R. FLECHA ANDRÉS, *Teología moral fundamental*, BAC, Madrid 1999, 95.

³⁶¹ N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Virtudes teologales” en *La lógica de la fe*, A. CORDOVILLA PÉREZ (ed), op. cit., 718.

propia plenitud y también se siente enviada a los otros (las demás criaturas) a través de las cuales vive su relación con Dios. La misericordia relaciona de forma transformadora nuestro amor y servicio a Dios y a los hermanos. No hay dicotomías entre el amor y el servicio a Dios y a las criaturas³⁶². Las virtudes teologales nos inclinan hacia una vida nueva, crean en la criatura una connaturalidad con las cosas divinas, esta connaturalidad es fruto del amor infundido en el hombre por el Espíritu Santo que habita en él.

Las virtudes teologales son dones de la gracia de Dios que producen una transformación vital en la persona y la capacitan para acoger dicha gracia para su conversión y la del mundo. Produce esta transformación en una nueva manera de relacionarnos con Dios, creyendo en él como único origen y fin, amándolo y reconociéndolo como Dios amor compasivo y misericordioso con todos, que ensancha el corazón humanizándonos y cristificándonos, nos abre hacia la esperanza de un futuro distinto aguardando la comunión plena con Dios en Cristo. La misericordia nos transforma la manera de creer, de amar y de esperar.

7.4. UNA MORAL INSEPARABLE DE LA FE, LA LIBERTAD Y LA RESPONSABILIDAD

Teniendo en cuenta, que el hombre ha sido creado como imagen y semejanza de Dios, “esta visión del hombre introduce todo el tratamiento moral dentro de la órbita “teológica”. Al colocar la consideración de la persona como imagen de Dios”³⁶³, así lo hace Santo Tomás en el comienzo de la segunda parte de la *Summa*. Por otro lado, el Vaticano II expone una antropología teológica a partir de la categoría del hombre como “imagen de Dios”³⁶⁴ y enriquece el tema colocándolo en clave de misericordia al subrayar estas cuatro orientaciones: Comenzamos con la que se refiere a la apertura a la realidad humana y co-participación en el drama de la historia de los hombres: “(...) los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren”³⁶⁵. Esta apertura reclama un mirar y acercarnos a la realidad, saliendo al paso de las situaciones que angustian y empobrecen a los hombres de nuestro tiempo, con actitud permanente y comprometida de misericordia semejante a la de Jesús.

Continuamos con una segunda orientación que habla de los frutos en la caridad para la vida

³⁶² N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Virtudes teologales” en *La lógica de la fe*, A. CORDOVILLA PÉREZ (ed), op. cit., 718 ss.

³⁶³ M. VIDAL, *Nueva Moral Fundamental*, op. cit., 218.

³⁶⁴ GS n° 12, en *Concilio Vaticano II*, op. cit..

³⁶⁵ GS n° 1, en *Concilio Vaticano II*, op. cit.

del mundo. El concilio pide una renovación a la teología moral, constituyéndose en saber “científico” sobre los datos de la Sagrada Escritura, a fin de “producir frutos de caridad para la vida del mundo”³⁶⁶, hacer una reflexión teológico-moral al servicio del mundo, del hombre histórico concreto³⁶⁷. En esta renovación se pide una moral teológica aterrizada en lo que pasa en el mundo, capaz de leer creyentemente el evangelio iluminando con actitud misericordiosa los signos de los tiempos. Seguidamente una tercera orientación presenta un antropocentrismo axiológico, donde todos los hombres de la tierra, creyentes y no creyentes están de acuerdo en que todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre como centro y coma de todos ellos³⁶⁸, siempre en busca de la dignidad de la persona, como afirma el primer capítulo de la *Gaudium et spes*. La misericordia devuelve la dignidad herida o quitada de la humanidad, dice Juan Pablo II comentando la parábola del Padre misericordioso: “en el centro de la conciencia del hijo pródigo, emerge el sentido de la dignidad perdida, de aquella dignidad que brota de la relación del hijo con el padre”³⁶⁹.

Y finalmente una cuarta que propone un humanismo responsable, el hombre es el artífice y promotor de la cultura, por lo tanto es importante que tenga conciencia de su responsabilidad y del buen uso de su autonomía en el progreso del mundo, “el hombre se define, ante todo, por la responsabilidad que asume ante sus hermanos y ante la historia”³⁷⁰. Tenemos pues un hombre que hace de tal manera uso de su libertad, que sabe que esta “es el signo eminente de la imagen divina en el hombre, pues quiso Dios “dejar al hombre en manos de su propia decisión” (Eclo 15,14)³⁷¹. Su dignidad le pide que actúe, en actos elegidos conscientemente y en libertad, luchando contra toda forma de esclavitud, de opresión personal y social que le aleje de la dignidad humana y del plan de salvación de Dios.

7.5. LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA A FAVOR DE LOS POBRES

Desde el siglo XIX cuando las injusticias y los problemas sociales se recrudecen de forma alarmante en Europa a causa de la industrialización, la Iglesia católica con el Papa León XIII comienza a desarrollar una doctrina social como respuesta a esta realidad con la encíclica *Rerum Novarum* (1891). Aunque la Iglesia desde sus inicios (por recomendación del mismo

³⁶⁶ OT n° 16, en *Concilio Vaticano II*, op. cit.

³⁶⁷ Cf. M. VIDAL, *Nueva Moral Fundamental*, op.cit., 235-236.

³⁶⁸ Cf. GS n° 12, en *Concilio Vaticano II*, op. cit..

³⁶⁹ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n° 5, op.cit.

³⁷⁰ GS n° 55 en *Concilio Vaticano II*, op. cit. Cf. M. VIDAL, *Nueva Moral Fundamental*, op.cit., 236.

³⁷¹ GS n° 17, en *Concilio Vaticano II*, op. cit.

Jesús), fue siempre sensible a la pobreza y marginación de huérfanos, viudas y de los más pobres, apareciendo tradicionalmente en su doctrina el requerimiento de la práctica del amor con talante misericordioso. La nueva realidad industrial con sus consecuentes injusticias que clamaban al cielo exigían a los creyentes una toma de postura. Ya la habían tomado los no creyentes. Ahora quedaba la Iglesia por tomar posición. Partiendo de la libertad del hombre por una parte y de la pertenencia y responsabilidad social del ser humano, por otra, la Iglesia colaboró en el desarrollo del Estado social; con ello fue desarrollando su postura en la doctrina social desligada tanto del capitalismo liberal como del comunismo que todo lo socializaba. En la doctrina social de la Iglesia, cada persona es responsable de sí misma, pero al mismo tiempo toda persona debe asumir esta responsabilidad sobre sí misma³⁷².

La doctrina social de la Iglesia intenta reflexionar sobre las situaciones sociales de la humanidad, que están en continuo cambio, a la luz de los fundamentos antropológicos cristianos. Desde aquí pretende dar respuesta a los desafíos que se le presentan desde el campo social. Así como el Estado no debe tomar ninguna determinación sin consultar los criterios orientadores sobre la dignidad de la persona y los Derechos Humanos fundamentales, el derecho y la justicia, el bien común y la paz tanto dentro del país como en sus relaciones internacionales; la Iglesia en su doctrina social, no se queda en la exigencia de los Derechos Humanos y de la justicia, sino que va mucho más allá, al precisar una mirada amorosa y misericordiosa ante las situaciones de necesidad y los nuevos desafíos sociales, cree que únicamente el amor proporciona el empuje necesario para abordar las relaciones desiguales y con energía superar las situaciones de necesidad de los más débiles³⁷³.

El Papa Benedicto XVI dio un paso muy importante en la doctrina social de la Iglesia al poner no solamente en la justicia, sino también en el amor el punto de partida sistemático de su doctrina social, así en su encíclica *Caritas in veritate* (2009), lo manifiesta claramente:

*“El saber humano es insuficiente y las conclusiones de las ciencias no podrán indicar por sí solas la vía hacia el desarrollo integral del hombre. Siempre hay que lanzarse más allá: lo exige la caridad en la verdad. Pero ir más allá nunca significa prescindir de las conclusiones de la razón, ni contradecir sus resultados. No existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor”*³⁷⁴.

³⁷² Cf. W. KASPER, *La misericordia*, op. cit., 182.

³⁷³ Cf. LEÓN XIII, *Rerum Novarum* (1891), n° 45; PÍO XI, *Quadragesimo anno* (1931), n° 88 y 137, en DENZINGER H- HÜNERMANN P., *El Magisterio de la Iglesia* n°s 3265-3271 y 3725-3744.

³⁷⁴ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* n° 30, op. cit..

Por lo tanto, la misericordia y el amor no pueden quedarse en simple sentimentalismo, es una actitud divina, cuando actuamos con misericordia somos semejantes al Padre celestial; pero la misericordia y la compasión es una actitud que requiere mirar y acercarse a la realidad, dejando de lado otras cosas que nos parecen más importantes, es además hacerse cargo de esa situación con responsabilidad cristiana hasta que la necesidad sea cubierta y la persona o personas hayan superado esa situación in-dignificante causada por estructuras no justas: “Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Que nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémonos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad”³⁷⁵.

Hacer concreta y efectiva la misericordia nos une profundamente a “la esencia dada por Dios al ser humano”³⁷⁶. Nos ayuda a concretar en nuestra vida las bienaventuranzas, a ser misericordiosos porque hemos dispensado misericordia. Hemos sido creados por amor y desde el amor. El amor como principio de la doctrina social de la Iglesia va más allá de la justicia y la trasciende: “sólo con la *caridad, iluminada por la luz de la razón y de la fe*, es posible conseguir objetivos de desarrollo con un carácter más humano y humanizador”³⁷⁷. Dios es amor y cuando amamos nos divinizamos y divinizamos a los destinatarios de nuestro amor y misericordia: “la doctrina social de la Iglesia responde a esta dinámica de caridad recibida y ofrecida. Es «*caritas in veritate in re sociali*», anuncio de la verdad del amor de Cristo en la sociedad”³⁷⁸. El don más precioso que Dios nos ha dado es su amor, el don de podernos relacionar con él en relación de amor y este es el tipo de relaciones que debemos nosotros dar a los demás.

Las encíclicas sociales de la Iglesia, casi todas hacen referencia a la *Rerum novarum*, por lo tanto muchas terminan en años relacionados con 1891, por ejemplo, a los cuarenta años: *Quadragesimo anno* (1931) escrita por Pío XI; *La solennita* (1941) a los cincuenta años de Pío XII; *Mater et Magistra* (1961) a los setenta años por Juan XXI hasta llegar a *Centesimus annus* (1991) a los cien años de esta encíclica inicial sobre el tema social, escrita por Juan Pablo II. Lo interesante es que cada encíclica social avanza y va actualizando la doctrina de la Iglesia sobre este tema, al mismo tiempo, que surgen también otras encíclicas que sin

³⁷⁵ FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n°33, op. cit.

³⁷⁶ W. KASPER, *La misericordia*, op.cit., 185.

³⁷⁷ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* n° 9, op. cit.

³⁷⁸ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* n° 5, op. cit.

tener relación con el año de la *Rerum Novarum* actualizan y concretizan el tema en cada época como *Populorum progressio* de Pablo VI (1967), *Sollicitudo rei socialis* de Juan Pablo II (1987), *Caritas in veritate* de Benedicto XVI (2009), y *Misericordiae vultus* del papa Francisco (2015). La doctrina social de la Iglesia ha ido evolucionando mediante su diálogo permanente con el mundo; a partir del Vaticano II este diálogo se intensificará. Es interesante ver la influencia que tendrá en la doctrina social de la Iglesia, la evolución del concepto *desarrollo*, esta evolución se irá constatando, según el calificativo que acompañará a la palabra *desarrollo* en cada decenio: así en los años 50 primaba el desarrollo a nivel *económico*, en los 60 el desarrollo *integral*, en los 70 el desarrollo *endógeno*, en los 80 el desarrollo *sostenible* en los 90 el desarrollo *solidario*.

Con Juan Pablo II y su encíclica *Dives in misericordia*, la Iglesia recupera de la patrística la categoría de la *misericordia*. Este concepto comienza a aparecer en la doctrina social; Benedicto XVI en *Caritas in veritate*, como ya hemos dicho anteriormente, coloca al amor en la base su doctrina social. Más tarde en el año 1915, el Papa Francisco recupera de nuevo el término *misericordia* haciendo referencia a Juan Pablo II, convocando a un año santo con esta temática de reflexión. Detrás esta su gran preocupación por la misericordia está la realidad de la fuerte emigración desde Africa y de Oriente Medio a Europa, a causa de las guerras y las hambrunas, sobre todo, de las miles de víctimas que en el Mediterráneo han ido pereciendo a costa de la inmigración ilegal en Europa controlada por las mafias.

Al terminar, valoramos en este proceso la doctrina social de la Iglesia, como manera excelente de concretar en la vida el dinamismo virtuoso, donde prima la respuesta al don de Dios siendo don para los demás desde su amor misericordioso. Subrayamos asimismo el plan de vida planteado por el Papa Francisco en *Misericordiae vultus*, donde nos pide que abramos el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales: abriendo nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de dignidad; escuchando su grito de auxilio; acercándolos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y fraternidad; haciendo que su grito se vuelva el nuestro. Procurando que nuestras obras de misericordia corporales y espirituales sean un modo de despertar nuestra conciencia; y nos demos así cuenta si vivimos o no como discípulos suyos³⁷⁹.

³⁷⁹ Cf. FRANCISCO, *Misericordiae vultus* n° 15, Bula Jubileo de la Misericordia, San Pablo, 11 de Abril de 2015.

CAPÍTULO VIII

LA ESCATOLOGÍA DE LA MISERICODIA

En el capítulo III, cuando abordamos el tema que nos ocupa desde la antropología, mencionábamos que Dios, creador misericordioso, creó al hombre y a la mujer de tal manera que no les abandonó a su suerte; él siguió caminando con ellos por amor, protegiéndoles compasiva y misericordiosamente, aunque a la vez respetando su libertad. Vimos también, como las criaturas que fueron creadas a imagen y semejanza de Dios, alteraron por el pecado esta *imago Dei*. Sin embargo, Dios concibió un plan de salvación desde su misericordia para ofrecerles la vuelta a él. “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tim 2,3).

La creación la concibe Dios con un dinamismo continuo de evolución y cambio, donde su salvación misericordiosa está siempre actuante dentro de ella. Las criaturas se sienten atraídas por Dios hacia la perfección de la plenitud desde su misma ontología, reconocen que son atraídas por él aunque se saben imperfectas y con numerosos límites. También son conscientes de que desde ellas no podrán nunca adquirir la salvación ni llegar a la plenitud de la perfección en Dios, por ello gimen con sonidos inenarrables su liberación:

“Sabemos, en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente. Pero no sólo ella; también nosotros, los que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior suspirando porque Dios nos haga sus hijos y libere nuestro cuerpo. Porque ya estamos salvados, aunque sólo en esperanza; y es claro que la esperanza que se ve no es propiamente esperanza”³⁸⁰.

Dios, es un creador fiel, su compasión y su misericordia están siempre activas, él no deja de acudir en ayuda de sus criaturas ofreciendo su plan de salvación a toda la humanidad. Con la aparición de Dios en el mundo, él imprime en la historia su orientación definitiva y con Cristo irrumpe en el mundo “lo último” (cf Heb 1,2). Esta dirección hacia la plenitud en Dios guía la inquietud del ser humano desde siempre hacia este fin.

El nos invita a elegir en libertad su salvación, aunque nos recomienda elegir bien: “ante ti están la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Elige la vida y viviréis” (Dt 30,19). Su

³⁸⁰ Rom 8, 22-24.

gesto de amor atraviesa la historia de la humanidad ofreciendo reconducirla a él y llevarla a la plenitud, su meta *al final de los tiempos*. La referencia fundamental bíblica que tenemos acerca del término *escatología* lo refleja la expresión que aparece en el AT: “en todas tus acciones acuérdate del fin y nunca pecarás” (Eclo 7,36)³⁸¹. De alguna manera, según la idea que tengamos del fin de la existencia así será nuestra manera de conducirnos en la vida. Por lo tanto, la concepción del fin es importante para la existencia humana.

Sobre la expresión *escatología*, filológicamente procede del griego *eskhatos* = último y *logía* =tratado, literalmente: doctrina de la última cosa, *eschaton*=estudio de lo último. La escatología trata por tanto de las ultimidades, sobre temas como: la muerte, el juicio, el infierno y la gloria; desde el siglo XII estas realidades inquietaron a la humanidad y eran llamadas *los novissimos* sustantivando el final. Con el avance del tiempo, estas ultimidades se las ve en proceso, en movimiento hacia la plenitud en el amor. Actualmente, en la escatología se intenta romper la visión estática del *eschaton*, y se empieza a ver como la última configuración de lo que se va adquiriendo, que está ya en el tiempo presente. Entendemos pues, que el *eschaton* es la revelación que vislumbra lo último de lo creado por amor y que va hacia el amor. Esta configuración última es don y no la alcanzamos sin la gracia de Dios. Lo que denominamos escatología en las personas será entonces, cuando lo que hemos sido durante esta vida, quede manifiesto en su más esencial verdad al final de los tiempos, aunque será transformado y renovado en su presencia.

Con nuestra resurrección final algo de la realidad creada también se renueva. Lo que seremos al final será el resultado de lo que vamos siendo en nuestra vida, habrá entonces, al final una intervención de Dios que dará la configuración última a nuestro ser. Al final el Dios de misericordia estará presente, pero será además un Dios justo. Por lo tanto, este fin del que trata la escatología no se refiere únicamente a un momento puntual que llamamos normalmente final, como meta, sino que debe de ser entendido sobre todo como finalidad, referida a un sentido más profundo y verdadero de toda la existencia humana.

8.1. CARACTERÍSTICAS DE UNA ESCATOLOGÍA DE MISERICORDIA

Un Dios que es amor no es un Dios que desee la condenación de sus criaturas. Dios no decide como juez quien se condena y quien se salva. Él al crearnos como seres libres con

³⁸¹ Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Escatología” en *La lógica de la fe*, A. CORDOVILLA PÉREZ (ed), op.cit., 632.

voluntad propia de decisión, dejó en nuestras manos la capacidad de elegir la dirección de final de nuestra existencia. Este rumbo lo vamos trazando mientras vivimos. El hombre hace uso de su libertad ejerciéndola en el tiempo presente, un presente que está en marcha hacia un futuro y a punto de deslizarse hacia el pasado: “de ahí que la libertad humana que edifica el futuro suponga esencialmente una *escatología abierta*, una expectación del futuro, una voluntad de futuro que, en sí misma, resbala hacia la ambigüedad de toda libertad histórica”³⁸².

El hombre creyente une a Dios con su futuro, el llegar a Dios marcará la dirección de su propia plenitud como criatura: su plenitud y divinización. Lo que espera, por lo tanto, marcará en cierto modo su estilo y talante de vida. Una vida tiene sentido porque tiene una dirección que se refleja en una persona orientada, segura de sí, gozosa, que sabe hacia donde enfocar su energía, talento y habilidades. Experimenta a Dios cercano y compasivo, esta experiencia le hace a su vez ser una persona cercana y compasiva con los hermanos, especialmente con los más pobres y también con los que se desvían y tienen el corazón extraviado.

La parusía en griego significa “*presencia*”, en el NT se designa con este término la manifestación de Cristo en la gloria; nunca se habla de vuelta o de retorno y mucho menos de segunda venida, ya que Jesucristo nos dijo que estaría con nosotros hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28,20). La venida en gloria del Hijo empezó ya en la resurrección y continúa con la venida del Espíritu de cara a la instauración definitiva del Reino de Dios³⁸³. En Tesalonicenses 4,16 San Pablo expresa su pensamiento de que la *parusía* ocurriría en vida de sus coetáneos; sin embargo, con el tiempo este pensamiento cambiará evolucionando la forma de concebir la espera y el fin del mundo. El sentimiento de espera y vigilancia se refleja muy bien en algunas parábolas como la de las diez vírgenes: “velad, porque no sabéis el día ni la hora” (Mt 25,1-13).

Karl Rahner concede gran importancia a que todo lo que se afirme en la escatología debe estar de acuerdo con las afirmaciones de la Escritura y de la Tradición original Apostólica. Desde este planteamiento expone algunas tesis hermenéuticas sobre la escatología³⁸⁴, que

³⁸² E. SCHILLEBEECKX, “Algunas ideas sobre la interpretación de la escatología”, op. cit., 47.

³⁸³ Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Escatología”, op. cit., 561.

³⁸⁴ Cf. K. RANHER, “Principios teológicos de la hermenéutica” en *Escritos de Teología*, Cristiandad, Madrid 2002, 373-399.

trataremos de tenerlas de fondo al plantear algunos de sus principios escatológicos leyéndolos desde la misericordia: comencemos por la insistencia de Rahner sobre el carácter no revelado por Dios *del día de la plenitud* como también de la historicidad del hombre como lugar de comprensión del saber escatológico. Él plantea que debe existir una escatología que se refiera a lo futuro avivando el presente, marcando un estilo de vida en el presente; este estilo de vida debe tener como referencia los mandatos evangélicos, donde prima el amor y la misericordia tan subrayado por Jesús en su doctrina y en su vida. Por otro lado, el que no podamos conocer el día ni la hora, nos hace subrayar la importancia de vivir expectantes, unidos a la vida y permaneciendo fieles en su amor misericordioso.

Así mismo, afirma Karl Rahner que el juicio escatológico será un juicio universal, que tendrá lugar al final de los tiempos, allí también se confirmará el juicio particular de cada persona *postmortem*. La retribución asignada a cada uno será conforme a su propia vida; no habrá nadie que asigne la salvación o condenación, ya que no hay juicio forense, el destino de cada cual lo trae cada uno ya designado conforme a la calidad de lo vivido a su vida. Aunque el juicio es universal (atañe a todos) no quita la dimensión individual. El amor y la misericordia será el tamiz desde el que se mirará nuestro compromiso y seguimiento de Jesucristo. Propone que el verdadero *eschaton* es eminentemente cristológico y que es Cristo el núcleo fundamental de todas las declaraciones escatológicas reveladas. El saber sobre el futuro no está desconectado del saber sobre la vida presente. El creyente conoce que procede del amor y va hacia el amor, sabe que va hacia la plenitud en Cristo donde todo será recapitulado y hecho nuevo en el amor, y este amor es compasivo y misericordioso.

Rahner se opone al carácter simétrico del cielo y el infierno, la escatología de la salvación no está al mismo nivel de la reprobación, ya que una es una certeza absoluta y la otra es sólo una mera posibilidad (aunque real). Afirma que la fe cristiana no cree en el infierno ni en la muerte eterna, Dios en su amor misericordioso no quiere que nadie se condene, no entra dentro del kerigma cristiano y tampoco hacemos acto de fe de ello. La existencia del infierno, por lo tanto, como ausencia de Dios no es una existencia, es una posibilidad. Por otro lado, la escatología procede en su contenido y certeza de la afirmación sobre el obrar salvífico y misericordioso de Dios, es la afirmación sobre la tendencia del propio presente salvífico del hombre en la historia a un futuro de plenitud.

Rahner acuñará la expresión *hombre entero* para tratar de hacer luz sobre cuál sería el

ámbito propio de las afirmaciones escatológicas, con este término se refiere a un hombre en unidad de: espíritu personal-ser corporal; a la vez considerado como ser individual pero dentro de un colectivo (dimensión colectiva), nadie se salva solo sino con otros. El hombre entero es un ser histórico capaz de tener una mirada regresiva-comprensiva de su pasado (anamnesis) y también una mirada anticipadora de futuro (*prognosis*)³⁸⁵. El sujeto, pues, de las afirmaciones escatológicas es el hombre entero y se parte de una antropología concebida de forma unitaria, no dualista; “cuando tales afirmaciones escatológicas se “actualizan” tan existencialmente en el futuro acaece ahora plenamente como presente”³⁸⁶.

El hombre tiene enfrente posibilidades abiertas y él es el que decide. Afirma Karl Rahner que no somos seres predestinados sino que somos nosotros con nuestra libertad y nuestra voluntad quienes decidimos qué rumbo tomar. Dios estará siempre asistiéndonos con su gracia y podemos contar con su misericordia, pero él respetará siempre nuestra libertad. El cristianismo, por lo tanto, no es la prolongación de la “doctrina de los dos caminos” (más propia del AT), sino que afirma la gracia de Cristo vencedora y perfeccionadora del mundo. Cristo es el principio de interpretación (hermenéutico) de todas las afirmaciones escatológicas y cuando tales afirmaciones se “actualizan” tan existencialmente el futuro acaece plenamente como presente³⁸⁷. El hombre al ser un ser social su salvación también tiene un matiz social ya que nos salvamos con otros en comunidad de hermanos. Nuevamente aquí el amor está presente.

Terminamos este punto afirmando que la resurrección no es una nueva creación de la nada, es la transformación de lo creado plenificado; en la resurrección recuperamos nuestros cuerpos plenificados. La inmortalidad, por lo tanto, es una relación de plenitud. donada como gracia, donde Dios entra en diálogo y amistad eterna con nosotros. En el cristianismo la muerte no tiene la última palabra, Jesucristo la ha vencido³⁸⁸.

8.2. EL PECADO DA LA ESPALDA AL AMOR MISERICORDIOSO

El mal, el pecado y el sufrimiento son tan antiguos como la humanidad, son una experiencia humana universal. Todas las religiones se preguntan por el origen y la causa del mal; se

³⁸⁵ Cf. Cf. K. RAHNER, “Principios teológicos de la hermenéutica” en *Escritos de Teología*, Cristiandad, Madrid 2002, 373-432.

³⁸⁶ K. RAHNER, “ Principios teológicos de la hermenéutica”, op. cit., 394.

³⁸⁷ Cf. K. RAHNER, “ Principios teológicos de la hermenéutica” op.cit., 394.

³⁸⁸ K. RAHNER, “ Principios teológicos de la hermenéutica” en *Escritos de Teología*, op. cit., 373-399.

preguntan por la salvación respecto del mal, el pecado y el sufrimiento, pero también por la manera de poder afrontarlos y por la fuente de donde obtener la fuerza para soportarlos³⁸⁹. Justamente por esto resulta apropiada la compasión y la misericordia como punto de partida para la teología. Dios es un Dios *com-pasivo*, y esto quiere decir que comparte el sufrimiento y la alegría con sus criaturas.

“La cercanía de Jesús a los que sufren no se ha interrumpido en la historia, se prolonga en el tiempo por la acción del Espíritu Santo en la misión de la Iglesia, en la Palabra y en los sacramentos, en los hombres de buena voluntad, en las actividades de asistencia que las comunidades promueven con caridad fraterna, enseñando así el verdadero rostro de Dios y su amor”³⁹⁰. Jesucristo ha acampado entre nosotros, aunque su palabra “vino a los suyos, y los suyos no la recibieron” (Jn 1,11). El hombre, como ya vimos, al ser libre puede negarse a recibir el don de Dios, su palabra y su persona. Pecar contra Dios, sin embargo, puede ser difícil ya que estamos continuamente asistidos por su gracia, y además la voluntad de Dios es que vivamos en su amor; para pecar necesitamos tener plena conciencia de querer hacerlo y mantener de esta manera un no sostenido a Dios. El se ofrece a guiarnos a través de nuestra historia por medio de su Hijo Jesucristo y desea que alcancemos en él la plenitud de nuestro ser en el amor:

“Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios permanece en él. En esto llega a su perfección el amor entre nosotros, de forma que tengamos confianza en el día del juicio: porque también nosotros en este mundo somos como Aquel es. En el amor no existe el temor”³⁹¹.

Sin embargo, hay personas que sin tener plena conciencia de ello, mantienen una postura vital de no a Dios cuando rechazan vivir en su vida un amor misericordioso y compasivo hacia el necesitado; Jesús pone en evidencia a estas personas en el texto de Mateo 25,31-46 cuando dice: “venid benditos de mi padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis (...)”. El texto de la Palabra divina descubre también las tendencias de pecado que habitan en el corazón del hombre. Al final de los tiempos se desvelará en nuestra vida la calidad de nuestra misericordia. Esta será la que me juzgará.

³⁸⁹ W. KASPER, *La misericordia*, op.cit., 28.

³⁹⁰ BENEDICTO XVI, *Verbum Domini* n° 106, op. cit.

³⁹¹ 1 Jn 4,16-18.

Con mucha frecuencia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, encontramos la descripción del pecado como un *decir no a la misericordia*: “Escuchad esta palabra, vacas de Basán, que moráis en la montaña de Samaría, las que oprimís a los débiles, las que maltratáis a los pobres” (Os 4,1). Y en el NT es famosa la actitud del rico Epulón y el pobre Lázaro (Lc 16,19-31); los que dicen no al amor y a la misericordia no son felices, se ciegan a lo esencial y se llenan de abatimiento, el joven rico “se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes” y poca misericordia con los pobres (Mt 19,16-22), Jesús desenmascara totalmente este pecado en su evangelio.

Ante el pecado, Jesús se ofrece posibilitando su misericordia por nuestros pecados, obedeciendo al Padre realiza la redención y el comienzo de una vida nueva en él. Por esto, es importante educar a los fieles para que reconozcan la raíz de su pecado y su negativa a escuchar la Palabra del Señor, acojan el perdón de Dios que nos abre a la salvación³⁹². El que vive unido al Señor, puede confiar en que él le guiará con cariño por los caminos de su amor. "Los fieles cristianos creen que el mundo (...) ha sido creado y conservado por el amor del Creador, colocado ciertamente bajo la esclavitud del pecado, pero liberado por Cristo crucificado y resucitado, una vez que fue quebrantado el poder del Maligno"³⁹³. En Jesucristo el pecado está sometido y perdonado, en él estamos salvados.

8.3. LA MUERTE DE JESÚS SALVA CON AMOR MISERICORDIOSO

Ante los trágicos acontecimientos que han sucedido y siguen sucediendo en nuestro mundo, sentimos impotencia y siempre surge la pregunta hacia Dios: ¿Por qué? La maldad humana puede abrir en el mundo abismos y grandes vacíos: vacíos de amor y de misericordia, vacíos de vida que dejan de lado a Dios y a los hermanos. ¿Cómo salvarnos de un corazón que provoca muerte y que va llevando la existencia a un futuro de muerte eterna? Sólo Dios puede salvarnos y lo hace a través de su Hijo Jesucristo, “es Jesús, que se hizo hombre y murió en la cruz, quien llena el abismo del pecado con el abismo de su misericordia”³⁹⁴.

Esta muerte de Jesús que llenó de misericordia el abismo del pecado y de la muerte, es un acontecimiento que cambió la historia; fue su muerte en Cruz la que transmitió y sigue

³⁹² Cf. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini* n° 26, op. cit. Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Escatología”, op.cit., 644. 679.

³⁹³ Catecismo de la Iglesia Católica n° 421, op.cit. Cf. GS n°2.

³⁹⁴ Cf. FRANCISCO, *Homilía en la eucaristía* del 12 de abril de 2015, II Domingo de Pascua, y *Domingo de la Divina Misericordia*.

transmitiendo salvación y vida: “la mayor prueba de la fiabilidad del amor de Cristo se encuentra en su muerte por los hombres. Si dar la vida por los amigos es la demostración más grande de amor (cf. Jn 15,13), Jesús ha ofrecido la suya por todos, también por los que eran sus enemigos, para transformar los corazones³⁹⁵. La vida eterna es un don que proviene del amor misericordioso de Dios, sin embargo, la muerte eterna es manufactura humana³⁹⁶.

En Jesucristo está toda la fundamentación de la escatología, él es el Reino que está y que vendrá. Se nos dice en el segundo artículo del credo que “él está a la derecha del Padre” (en tiempo presente) y luego en futuro se nos promete que “vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos y su Reino no tendrá fin”; podemos afirmar, que es la fe en Cristo la que nos promete la vida eterna. Seguimos rezando en el credo que “esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro”, todo esto que esperamos es posible solamente en Cristo. Si este enunciado aparece en el tercer artículo del credo refiriéndose al Espíritu Santo, en relación con la Iglesia y el sacramento del bautismo, nos indica la importancia de la pneumatología en la comprensión del futuro definitivo que espera cada hombre, la humanidad y la creación entera³⁹⁷.

El Espíritu, por lo tanto, empuja la creación hacia su recreación final en el amor misericordioso, impulsa la salvación hasta allí, hasta que todo sea recapitulado y recreado en Cristo. La escatología cristiana podemos decir que es posible porque Cristo venció a la muerte de una vez para siempre, nos salvó gracias a su entrega amorosa y confiada en el Padre. Él tenía la certeza de que su Padre Dios, no le dejaría, y de hecho le resucitó. La resurrección fue obra del Espíritu que resucitó a Jesús (cf. Rom 8, 11); en la resurrección está presente la Trinidad.

Destaca la *Lumen Gentium*, el papel del Espíritu en la escatología cuando afirma que “la restauración prometida que esperamos, aunque ya fue empezada por Cristo, es impulsada con la venida del Espíritu Santo y la continúa en la Iglesia”³⁹⁸. Con la muerte de Cristo, Dios enseña al hombre que se trata de un momento importante donde el ser humano ya puede vivir para siempre, tomando a Cristo como ejemplo, que muere como vivió: de cara a Dios y confiado en su misericordia. Jesucristo ha vencido a la muerte y la muerte ya no tiene

³⁹⁵ FRANCISCO, *Lumen Fidei* nº 16, op. cit.

³⁹⁶ Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Escatología”, op.cit.,705.

³⁹⁷ Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Escatología”, op.cit., 673.

³⁹⁸ LG nº 48.

poder; el amor misericordioso de Dios llena de sentido este momento de la muerte en Cristo y lo puede llenar también en el ser humano si éste lo quiere.

En la cruz el Hijo de Dios se fió del Padre; en él encomendó su espíritu; su esperanza la puso en él y al tercer día fue resucitado. En la medida que la esperanza del hombre está enraizada en la esperanza de Jesús y en él será también resucitado por Dios. Tendrá la vida eterna participando en la vida de Dios, siendo él mismo plenamente en Dios. Aquí podremos vivenciar el Reino en plenitud que es el mismo Cristo. Afirmamos, por lo tanto, que la salvación está vinculada al Reino y no a la Iglesia, ya que el Reino es el proyecto de Dios para el mundo y va más allá del mundo. El Reino nos cambia de polaridad llevándonos del centralismo en la Iglesia (centrado en ella) al del Reino (centrando todo en Cristo que es el Reino) y de esta manera nos salva llevándonos a la plenitud del amor y de la misericordia, haciendo posible la plena manifestación de Dios en el *eschaton*. Al final, llegará también la realización plena de su Reino; es un Reino que ya ha comenzado y lo tenemos presente en la misma persona de Jesús, nos está conduciendo el Espíritu Santo hacia la consumación final, donde nos veremos tal cual somos con la calidad de amor y misericordia que tenemos, la verdad de lo que somos al final de los tiempos no la podremos esconder y será evidente.

8.4. ¿ES LA ESCATOLOGÍA UNA SALVACIÓN PARA EL FINAL DE LA VIDA?

Tener presente la escatología, es decir, vivir teniendo en mente el fin para el que estamos destinados: la plenitud y la divinización, ayuda a vivir de otra manera. Quien vive esperando su resurrección definitiva en Cristo, esto hace que viva unido a él y su existencia adquiera un talante evangélico. En la escatología, el pasado, el presente y el futuro están interrelacionados. La escatología no nos permite apartarnos de la historia terrena donde se desenvuelven nuestras vidas, “pues únicamente en el fondo de ésta puede empezar a configurarse la eternidad”³⁹⁹. Por lo tanto, la salvación hay que empezar a conseguirla en el aquí y ahora, en nuestra propia historia, en el mundo que nos ha tocado vivir; de tal manera, que nuestra historia se vaya conduciendo al *eschaton* final, hacia el amor pleno, a través del amor y la misericordia como práctica esencial en el recorrido de nuestra vida. No habrá escatología de futuro si no la hay en el presente.

Dios ha creado todo para ser salvado y consumado. Si podemos hablar de creación continua también podemos hablar de salvación continua, de esta manera podemos relacionar

³⁹⁹ E. SCHILLEBECKX, “ Ideas sobre la interpretación escatológica” en *Concilium* , op.cit., 55.

protología y escatología; ahora bien, ¿si la salvación es continua cómo entender el final en Dios?, el momento final de la irrupción de Dios en la historia, será el momento de la plenitud y de la salvación definitiva, será el final de los tiempos cuando todo sea recapitulado en Cristo. El objeto propio de la escatología es este fin contemplado como: plenitud o consumación, finalidad o sentido y también como fin también cronológico. La historia alcanza aquí su sentido definitivo y cada individuo participa de la resurrección de Cristo llegando a su realización plena en él, y con él una parcela de este mundo⁴⁰⁰.

La salvación para las primeras comunidades definía el sentido de la vida, reenfocaba los dolores, la enfermedad y la muerte; sabían que Dios había enviado a su Hijo y tenían la confianza de que uniéndose a Jesucristo se salvarían de todo mal y de toda amenaza. La unión entre los hermanos y de todos con Jesús dando vida a la comunidad cristiana, les daría fuerzas, les llenaría de esperanza y de amor; no habría otro camino liberador para ellos que el camino de Jesús: “la fuerza de estar con Jesús era ya salvación en esperanza y relativizaba los males, pero además vencería a la muerte”⁴⁰¹. Este talante evangélico hacía que en las primeras comunidades cristianas, fuera vivido el amor y la práctica de la misericordia entre los hermanos como algo prioritario que les distinguía de otros grupos en la sociedad.

En el ejemplo de la vida de Jesús, recibida de los testimonios de los apóstoles, sobresalía especialmente su manera de amar hasta dar la vida, su misericordia y compasión con los más despreciados de su tiempo, y esto dejó huella en las primeras comunidades, tanto, que dejaron este testimonio subrayado como esencial en la Tradición de la Iglesia: permaneciendo en su amor, viviendo unidos a la persona y el testimonio de Jesús como el sarmiento a la vid (Jn 15,1-8), de esta manera aseguraban la vida hacia una correcta dirección de eternidad.

Si vivían unidos en el Señor, no podían dejar de lado el mandamiento primordial del amor; un amor concreto manifestado en obras frutos del eco de sus palabras llamando al amor misericordioso, donde él mismo Jesucristo se colocaba en la persona del necesitado: “porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme” (Mt 25,35-36), cada cosa que se hiciera a uno de éstos pequeños se hacía al mismo Señor: “os aseguro que

⁴⁰⁰ Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Escatología”, 548.

⁴⁰¹ A. TORNOS, *Escatología II*, Universidad de Comillas, Madrid 1991, 63.

cuando dejasteis de hacerlo con uno de estos pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo” (Mt 25,45).

¿Al final de la vida quién nos juzgará? “Cuando la Iglesia primitiva confesaba su fe en Cristo juez, lo que resonaba era el mensaje de la gracia vencedora y la plenitud del amor alcanzándonos: “(...) en esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros; en que tengamos confianza en el día del juicio” (Cf 1 Jn 4,17-18)⁴⁰². Es importante que tengamos en cuenta que el hombre es un ser histórico que se mueve entre las coordenadas de tiempo y espacio, a pesar de ello no es un ser encerrado en el tiempo, ya que por creación fue hecho a imagen y semejanza de su Creador que es eterno, Señor del tiempo y de la historia; de esta manera, el hombre al ser creado a su imagen y semejanza trasciende el tiempo desde dentro de su condición temporal y es capaz de conseguir una cierta *apertura* con respecto al tiempo⁴⁰³.

La salvación escatológica es obra del Espíritu Santo pero el fundamento de posibilidad de todo ello está centrada en Cristo. El es nuestra esperanza, al resucitar él primero posibilidad que resucitemos con él (1 Cor 15,12).⁴⁰⁴ El final no se refiere sólo al más allá, sino a la esperanza que configura el *más allá* y nos dice cómo esperar en el *más acá*. Por otra parte, la salvación que esperamos no podemos entenderla solo como liberación de negatividades sino como posibilidad y oferta de plenitud. Es Dios, con su infinita misericordia, quien profundamente anhela que el hombre viva plenamente, tanto *aquí en la tierra como en el cielo*, aunque la plenitud que se nos ha prometido no se pueda dar en los estrechos límites de nuestra historia. Puesto que hemos sido amados (creados), todo será salvado y consumado. Ahora bien, la plenitud de la humanidad en Dios que aguardamos vincula el *escathon* con la antropología, la cristología y la historia de la siguiente manera: Con la *Antropología*, ya que el ser humano ha sido creado abierto al futuro⁴⁰⁵, esperando y deseando llegar a su realización plena, dentro del proyecto de Dios que la recibe como don y no como algo conquistado a base de esfuerzo por sí solo. Su Amor y su misericordia nos acogerán como seres humanos renovados y nos trascenderá por su gracia misericordiosa y gratuita tanto a nivel personal como comunitario, unidos a toda la creación. Con la *Cristología*, ya que Cristo es la única meta que esperamos, él es nuestro *escathon*; por lo tanto, la escatología es

⁴⁰² N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Escatología”, 663.

⁴⁰³ Cf. E. SCHILLEBEECKX, “Algunas ideas sobre la interpretación de la escatología”, op. cit., 46.

⁴⁰⁴ Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Escatología”, op. cit., 636.

⁴⁰⁵ Esa apertura al futuro se nos da desde la experiencia presente de salvación (escatología), a diferencia de la apocalíptica, que traslada al presente categorías míticas de futuro.

una cristología desarrollada hacia el futuro, proyectada hacia el fin. Y con la *Historia*, ya que es una escatología que mira al futuro dialogando en la historia desde el presente. Somos una historia que se escribe en biografías humanas, no solamente tiempo medido. El futuro que esperamos, ya está incoado en nuestra historia presente. La escatología, de esta manera concebida, mira el proceso histórico en su totalidad, cuenta con que somos seres en continuo proceso y sabe que será Dios quien tendrá la última palabra de sentido en nuestra existencia. Es en el presente donde el ser humano experimenta la salvación, y sólo desde esta experiencia nos es lícito pensar el futuro.

La resurrección hace vivo y palpable el amor y la misericordia de Dios, su amor misericordioso es un amor divino que es fiel y no falla en ningún momento de la existencia de Jesucristo y de la humanidad. Dios es amor creador por el que nosotros somos y amor redentor por el cual somos recreados en el Espíritu. Al entregar a su propio Hijo *por* nuestros pecados, *Dios* manifestó que su designio sobre nosotros es un designio de *amor*⁴⁰⁶. él es el amor revelado, puesto en práctica por Cristo (cf. Jn 13,1) y “derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (Rm 5,5). La fe en la resurrección nace como consecuencia de la Pascua, del kerigma: *Jesús, el Señor ha resucitado*; este será el artículo principal de nuestra fe del cual penderán el resto de afirmaciones.

Nuestra resurrección futura será considerada “la extensión de la misma resurrección de Cristo a los hombres”⁴⁰⁷; por lo tanto, todo pende de la resurrección de Jesucristo, por esto afirma conscientemente San Pablo, que si Cristo no ha resucitado vana será nuestra fe (1 Cor 15,14): “El cristiano que une su propia muerte a la de Jesús ve la muerte como una ida hacia él y la entrada en la vida eterna”⁴⁰⁸. El hombre creyente en el Señor Jesús, sabe desde los mismos comienzos de la Iglesia que el Dios misericordioso y compasivo mostró la “potencia de su amor incondicional al hombre en Jesucristo, por medio del cual se reveló a sí mismo como salvación del hombre”⁴⁰⁹.

Dios nos lleva y conduce hacia la plenitud de nuestra existencia mediante su amor que es todo misericordia y bondad: “Nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en

⁴⁰⁶ Cf. V. ATABA-S. BARCIELA-J.J. LÓPEZ, “Una lectura de Caritas in veritate” en *Corintios XIII*, n° 132, 2009, 180.

⁴⁰⁷ RECENTIORES EPISCOPORUM SYNODI, 2: AAS 71 (1979) 941. Cf. N. MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, “Escatología” en A. CORDOVILLA PÉREZ (ed), *La lógica de la fe*, op. cit., 679.

⁴⁰⁸ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n° 1020.

⁴⁰⁹ E. SCHILLEBEECKX, “Algunas ideas sobre la interpretación de la escatología” en *Concilium* 41 (1969) 43.

el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro (...) se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo”⁴¹⁰.

Tenemos entonces, que los hombres destinatarios de este amor, se convierten ellos mismos también en sujetos de caridad, y son “llamados a hacerse ellos mismos instrumentos de la gracia para difundir la caridad de Dios y para tejer redes de caridad”⁴¹¹. Si Dios creó todo por amor y también salva todo por amor; Él también conduce a sus criaturas a la plenitud por amor acogiéndolas finalmente en su presencia en Cristo: “Jesucristo mismo es el *amén*, el Testigo fiel y veráz” (Ap 3,14).

Él es el *amén* definitivo del amor del Padre hacia nosotros; él asume y completa nuestro *amén*: “todas las promesas hechas por Dios han tenido su *sí* en él; y por eso decimos con Jesucristo *amén* a la gloria de Dios” (2 Cor 1,20): “por él, con él y en él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos. *Amén*” (*Doxología después de la Plegaria eucaristía, Misal romano*)⁴¹².

⁴¹⁰ FRANCISCO, *Lumen fidei*, n° 4, op.cit.

⁴¹¹ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* n° 5, op.cit.

⁴¹² CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n° 1065.

BIBLIOGRAFÍA

I. DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

- BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, Palabra, Madrid 2009.
- BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, Palabra, Madrid 2005.
- BENEDICTO XVI, Discurso en el Aeropuerto Rafiq Hariri –Beirut, Septiembre 2012.
- BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, Palabra, Madrid 2007.
- BENEDICTO XVI, *Spe salvi, sobre la esperanza cristiana*, Palabra, Madrid 2007.
- BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, Verbo Divino, Estella 2008.
- CATECISMO IGLESIA CATÓLICA, Asociación de Editores del Catecismo, Madrid 1992.
- CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO (1983), BAC, Madrid 2010.
- COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Promoción humana y salvación cristiana*, Introducción por Lehmann K., Ediciones Vaticanas (1976).
- COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Comunión y servicio: la persona humana creada a imagen de Dios* en Elenco de publicaciones de la Comisión Teológica Internacional, Ediciones Vaticanas (2014).
- COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, *La Iglesia de los pobres* nº 22, EDICE, Madrid 1994.
- CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constituciones, decretos, declaraciones*, BAC, Madrid 1993.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, “La Iglesia, servidora de los pobres”, Instrucción pastoral del 24 de Abril 2015.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Constructores de la paz*, Febrero 1986.
- DENZINGER Heinrich – HÜNERMANN Peter , *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona 2006.
- FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, exhortación apostólica, San Pablo, Madrid 2013.
- FRANCISCO, *Lumen Fidei*, Libreria Editrice Vaticana, Roma 2013.
- FRANCISCO, Homilía del Papa en la canonización de nuevos santos de la Iglesia, Roma 23 Noviembre 2014.
- FRANCISCO, Homilía en la eucaristía, II Domingo de Pascua: Domingo de la Divina Misericordia, Abril 2015,
- FRANCISCO, *Misericordiae vultus*, Bula Jubileo de la Misericordia, San Pablo, Madrid 2015.
- JUAN XXIII, *Mater et Magistra*, BAC, Madrid 1961.
- JUAN PABLO II, *Familiaris consortio*, EDICEP, Valencia 1981.
- JUAN PABLO II, *Laborem exercens : El trabajo humano*, Ediciones Paulinas, Madrid 1981.
- JUAN PABLO II, *Reconciliatio et Paenitentia*, EDIBESA, Madrid 1984.

- JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, EDIBESA, Madrid 1987.
- JUAN PABLO II, Audiencia general, Diciembre 1987.
- JUAN PABLO II, Audiencia general, Diciembre 1987.
- JUAN PABLO II, *Centessimus annus*, BAC, Madrid 1991.
- JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, BAC, Madrid 1993.
- JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, Palabra, Madrid 1998.
- JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, Palabra, Madrid 1998.
- JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, Palabra, Madrid 1999.
- JUAN PABLO II, Homilía papal, Mayo 2015.
- LEÓN XIII, *Rerum Novarum* (1891) en DENZINGER Heinrich – HÜNERMANN Peter , *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona 2006.
- MISAL COMPLETO, Editorial Icergua, Guatemala 2007.
- MISAL ROMANO, Libros Litúrgicos Conferencia Episcopal Española, Madrid 2011.
- PABLO VI, *Ecclesiam Suam*, Ediciones Paulinas, Madrid 1964.
- PABLO VI, “Contra las desigualdades injustas entre ricos y pobres”, *Ecclesia* 28, 1968.
- PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, San Pablo, Madrid 1995.
- PÍO XI, *Quadragesimo anno* (1931) en DENZINGER Heinrich – HÜNERMANN Peter, *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona 2006.
- RECENTIORES EPICOPORUM SYNODI, 2: AAS 71 (1979).
- SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Instrucción sobre el bautismo de los niños*, 1980.
- SÍNODO DE LOS OBISPOS (XIV Asamblea General Ordinaria), *La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo* n°15, Ciudad del Vaticano 2014.

II. OTROS AUTORES

- AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarratio in Psalm.* en Luis ARIAS (ed), BAC 32, Madrid 1985.
- AGUSTÍN DE HIPONA, *La Trinidad* en Luis ARIAS (ed), BAC 39, Madrid 1985.
- AGUSTÍN DE HIPONA, *Las Confesiones*, Agustín UÑA JUÁREZ (trad), Tecnos, Madrid 2010.
- ALFARO Juan, “Fides, Spes, Caritas”, *Fides in terminología bíblica: Gregorianum* 42, Roma 1964.
- AMATO Angelo, *El Evangelio del Padre*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998.
- ATABA Vicente - BARCIELA Sergio, “Una lectura de Caritas in veritate” en *Corintios XIII*, n° 132. Madrid 2009.
- BOADA Jaume, *Peregrino del silencio*, Narcea, Madrid 1998.

- BOECIO Severino, *Sobre la persona y las dos naturalezas*, BAC, Madrid 1979.
- BROVETTO Constante, Cristianismo, historia, teología, confesiones, protagonistas, Biblia, reformadores, *Diccionario Enciclopédico*, San Pablo, Madrid 2009.
- BUENO DE LA FUENTE Eloy, “El Dios-misericordia ante la pobreza” en *Corintios XIII, La iglesia de los pobres* (1994), nº 143, 2012.
- CAAMAÑO José Manuel, *Moral fundamental. Bases teológicas del discernimiento ético*, Sal Terrae, Santander 2014.
- CALLEJA José Ignacio, “Ejes ético-sociales de la caridad política”: en *Corintios XIII* nº 79 (1996).
- CANO LÓPEZ Antonio José, *Las teorías de las pasiones en David Hume*, Tesis doctoral Facultad de Filosofía, Universidad de Murcia (2008).
- CHAUVET Louis Marie, *Símbolo y Sacramento, dimensión constitutiva de la existencia cristiana*, Herder, Barcelona 1991.
- CIRILO DE JERUSALÉN, *Catecheses mystagogicae II 4* en *Instrucciones Generales en forma de Catecismo*, F. A. POUGET Jean, Impresiones Cano, Madrid 1973.
- CODINA Víctor, “Sacramentos” en Ignacio ELLACURÍA - Jon SOBRINO, *Mysterium liberationis: Contextos fundamentales de la Teología de la Liberación I*, Trotta, Madrid 1990.
- CORDOVILLA PÉREZ Angel, “El misterio de Dios” en Angel CORDOVILLA PÉREZ (ed) *La lógica de la fe, manual de Teología Dogmática*, Comillas, Madrid 2013.
- CORDOVILLA PÉREZ Angel (ed), *La lógica de la fe, manual de Teología Dogmática*, Comillas, Madrid 2013.
- DE LA CRUZ Juan, “Dichos de Luz y de amor” en *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1988.
- FERNÁNDEZ CASTELAO Pedro, “Antropología Teológica”, en *La lógica de la fe*, Angel CORDOVILLA PÉREZ (ed) Comillas, Madrid 2013.
- FERNÁNDEZ IZAGUIRRE Samuel, artículo Passio Caritatis according to Origen in Ezechielem Homiliae VI in The light of Dt 1,31: *Vigiliae Christianae* 60, Roma 2006.
- FISICHELLA Rino, *Teología Fundamental*, Verbo Divino, Estella 2009.
- FLECHA ANDRÉS José Román, *Teología moral fundamental*, BAC, Madrid 1999.
- FORTE Bruno, *La Iglesia de la Trinidad*, Ed. Secretariado Trinitario, Valladolid 1996.
- GARCÍA LLATA Carlos, *María en el designio divino de la Revelación*, UNE, Vitoria 1999.
- GARRIGOU-LAGRANGE Réginald, *Dieu, son existence et sa nature*, Beauchesne, Paris 1950.
- GERARDI Renzo, “Signo sacramental” en Luciano PACOMIO (ed), *Diccionario Teológico Enciclopédico*, Verbo Divino, Estella 1995.
- GESTEIRA Manuel, *La eucaristía, misterio de comunión*, Cristiandad, Madrid 1983.
- GESTEIRA Manuel, *La resurrección de Jesús, Curso de Cristología*, Cátedra de Teología Contemporánea, Fundación Santa María, Madrid 1984.

- GNILKA Joachim, *Jesús de Nazaret, mensaje e historia*, Herder, Barcelona 1993.
- GONZÁLEZ DE CARDEDAL Olegario, *La entraña del cristianismo*, Salamanca 2001.
- GONZÁLEZ DE CARDEDAL Olegario, *Cristología*, BAC, Madrid 2001.
- GONZALEZ FAUS José Ignacio, “Vicarios de Cristo: Los pobres” en *Antologías de textos de la teología y espiritualidad cristianas*, Cristianisme i Justicia, Barcelona 2006.
- HARRISON Everett F. (ed) *Diccionario de Teología*, Libros Desafío, Michigan 1999.
- HENGEL Marc, “Hymns and Christology” (1980), recogido en ID., *Between Jesus and Paul. Studies in the Earliest History of Christianity*, Fortress Press, Philadelphia 1983.
- HIPÓLITO, Anáfora de Hipólito, “Canon Romano” en Dom B.BOTTE, Hippolyte de Rome, *Sources Chretiennes II*, Paris 1946.
- HUGUENIN Joseph, “La Iglesia de la misericordia”, en *Selecciones de Teología*, 33, (1994).
- IRENEO DE LYON, *Adversus haereses*, Apostolado Mariano, Sevilla 1999.
- IRENEO DE LYON, *Adversus haereses* en J. PRADES LÓPEZ, *Dios ha salvado la distancia*, Encuentro, Madrid 2003.
- JONAS Hans, *Pensar sobre Dios y otros ensayos*, Herder, Barcelona 2012.
- KASPER Walter, *El Dios de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca 2011.
- KASPER Walter, *La misericordia. Clave del evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2014.
- MADRIGAL TERRAZAS Santiago, “La Iglesia y su misterio” en A. CORDOVILLA PÉREZ (ed), *La lógica de la Fe*, Comillas, Madrid 2013.
- MARITAIN, Jacques, “Santo Tomás de Aquino y el problema del mal”, conferencia 1944, Milwaukee USA.
- MARTÍN VELASCO Juan, *El hombre y la religión*, PPC, Madrid 1990.
- MARTÍN VELASCO Juan, *La experiencia cristiana de Dios*, Trotta, Madrid 1995.
- MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ Nurya, “Virtudes teologales” en La *lógica de la fe* en Angel CORDOVILLA PÉREZ (ed), *La lógica de la fe, manual de Teología Dogmática*, Comillas, Madrid 2013.
- MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ Nurya, “Escatología” en A. CORDOVILLA PÉREZ (ed), *La lógica de la fe, manual de Teología Dogmática*, Comillas, Madrid 2013.
- MEIER John Paul, “Conceptos básicos: el Jesús real y el Jesús histórico”, en: ID., *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico*, Verbo Divino, Estella, 2003.
- MIRALLES Antonio, “sacramento/sacramentos” en Cesar IZQUIERDO (dir), *Diccionario de Teología*, EUNSA, Pamplona 2006.
- MOLTMANN Jürgen, *El Dios crucificado, la cruz de Cristo como base y crítica de la teología cristiana*, Sígueme, Salamanca 2010.

- NIETZSCHE Friederich, *Más allá del bien y del mal: prelude de una filosofía del futuro*, Alianza, Madrid 2012.
- ORIGÉNE, *Homélies sur Ézéchiél*, Les éditions du Cerf, París 1989.
- PIÉ-NINOT Salvador, *La teología fundamental*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2001.
- PLANELLAS BARSONELL Joan, *La recepción del vaticano II en los manuales de eclesiología españoles*, Gregorian University Press, Roma 2004.
- PRADES LÓPEZ Javier, *Dios ha salvado la distancia*, Ed. Encuentro, Madrid 2003.
- RAHNER Karl, *Dios que has de venir, en Palabras al silencio, oraciones cristianas*, Ed. Verbo Divino, Estella 1988.
- RAHNER Karl, “Principios teológicos de la hermenéutica” en *Escritos de Teología*, Cristiandad, Madrid 2002.
- RATZINGER Joseph, Conferencia en el congreso “Juan Pablo II: 25 años de pontificado. La Iglesia al servicio del hombre”, Pontificia Universidad Lateranense, Roma 2003.
- RATZINGER Joseph, “El fundamento sacramental de la existencia” en *Ser Cristiano*, Sígueme, Salamanca 1967.
- RODRÍGUEZ PANIZO Pedro, Teología fundamental, en *La lógica de la Fe*, A. CORDOVILLA (ed), Comillas, Madrid 2013.
- ROPERO BERDOZA Alfonso (ed), *Gran Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Clie, Barcelona 2013, 1915.
- ROSATO Philip, *Teología de los Sacramentos*, Verbo Divino, Estella 1994.
- RUÍZ DE LA PEÑA Juan Luis, *Antropología teológica fundamental*, Sal Terrae, Santander 1988.
- SAN VÍCTOR Ricardo de, La Trinité, *Sources Chrétiénne* 63, ed. de G.Salet, Paris 1999.
- SENECA, *De Sobre la Clemencia*, Alianza Editorial, Madrid 1990.
- SCHNACKENBURG Rudolf, *El mensaje moral del Nuevo Testamento*, Herder, Barcelona 1990.
- SCHILLEBEECKX Edward, “Algunas ideas sobre la interpretación de la escatología” en *Concilium* 41 (1969).
- SCHOLEM Gershom, *Las grandes tendencias de la mística judía*, Editorial Siruela, Madrid 2012.
- SCHÖNBORN Christoph, *Hemos encontrado la misericordia: el misterio de la divina misericordia*, Palabra, Madrid 2011.
- SCHÜRMAN Heins, *¿Cómo entendió y vivió Jesús su muerte? reflexiones exegéticas y panorámica*, Salamanca 1982.
- SESBOÛÉ Bernard, *Jesucristo el único mediador, ensayo sobre la redención y la salvación*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1990.
- THEISSEN Gerd – MERTZ Annette, *El Jesús histórico. Manual*, Sígueme, Salamanca 1999.
- TORNOS Andrés, *Escatología II*, Universidad de Comillas, Madrid 1991.

URIARTE Juan María, *Acoger y ofrecer la misericordia: Cuaresma 1995*, Monte Casino, Zamora 1994.

URIBARRI BILBAO Gabino, “Cristología-Soteriología-Mariología”, en A. CORDOVILLA PÉREZ (ed), *La lógica de la Fe*, Comillas, Madrid 2013.

VANHOYE Albert, *Tanto amó Dios al mundo*, San Pablo, Madrid 2005.

VIDAL Marciano, *Nueva Moral Fundamental, El hogar teológico de la ética*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2000.

III. DICCIONARIOS

COENEN Lothar – BEYREUTHER Erich - BIETENHARD Hans (eds), *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, I v., Sígueme, Salamanca 1998-1999.

Diccionario teológico, Ed. Clie, Barcelona, 2010.

Diccionario abreviado de Teología, Verbo Divino, Estella 2002.

Diccionario Teológico Enciclopédico, Verbo Divino, Estella 1995.

FERNÁNDEZ Aurelio, *Diccionario de Teología Moral*, Monte Carmelo, Burgos 2005.

HARRISON Everett (ed.) *Diccionario de Teología*, Libros Desafío, Michigan 1999.

IZQUIERDO César (dir), *Diccionario de Teología*, EUNSA, Pamplona 2006.

LACOSTE J. Yves, *Diccionario crítico de Teología*, Akal, Madrid 2007.

LATOURELLE René -FISICHELLA Rino, *Diccionario de Teología Fundamental*, Ed. Paulinas, Madrid 1992.

PACOMIO Luciano (ed), *Diccionario Teológico Enciclopédico*, Verbo Divino, Estella 1995.

ROPERO BERDOZA Alfonso (ed), *Gran Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Clie, Barcelona 2013, 1915.

